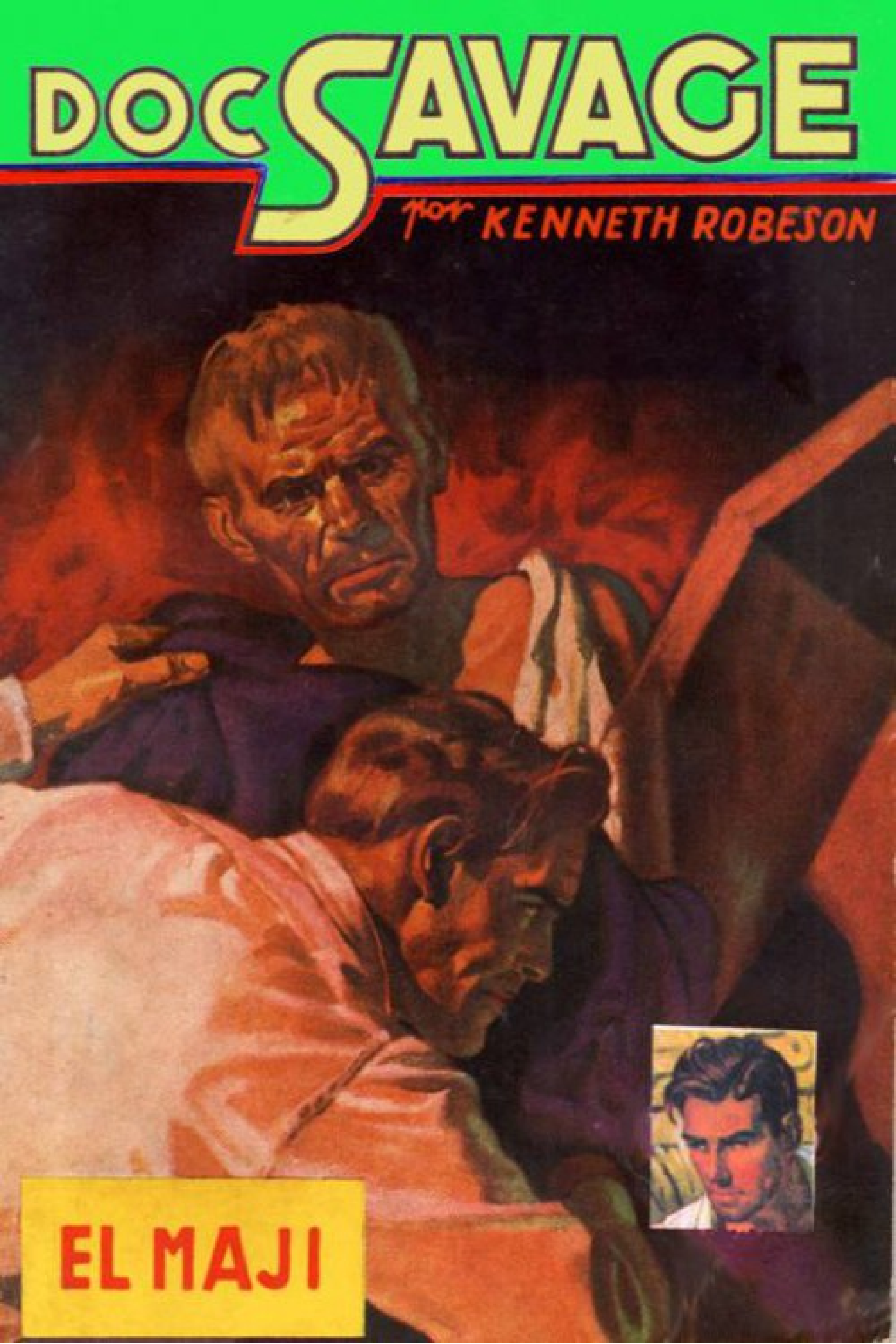

DOC SAVAGE
por KENNETH ROBESON
EL MAJI

El mají

Kenneth Robeson
Doc Savage/33

CAPÍTULO I

EL ARTÍFICE

—VAN a asesinarme —manifestó la desconocida.

El chófer a quien se dirigía había estado descabezando un sueño tras del volante del estacionado taxi, le sobresaltó la noticia y enderezó el cuerpo.

—¿Conoce a Doc Savage? —siguió diciendo la desconocida.

—¿Quién no le conoce en Nueva York? —murmuró el chófer—. Pero, dígame: ¿Qué es...?

—Llévenos a su casa. Dése prisa —dijo su interlocutora, interrumpiéndole.

EL chófer miró por encima de su cabeza y abrió una boca de a palmo, el cigarrillo se le cayó de los labios y le quemó la pechera. La mujer iba velada, mas no era esto lo que le había sorprendido y asustado.

Eran los cuatro hombres que la mujer tenía a la espalda. Cuatro individuos altos, de cabezas lanudas, vestidos de resplandecientes uniformes, los más llamativos que el chófer había visto en su vida.

Cada uno de ellos empuñaba a la sazón lo que parecía un rifle moderno; una ametralladora portátil, en realidad.

—Bueno —profirió vivamente la señora—. ¿Se ha quedado sin lengua?

—Claro, claro —declaró el chófer—. La cosa no es para menos. Voy a llevarla ahora mismo a casa de Doc Savage —Y agregó en voz baja:— ¡Qué mundo éste!

La desconocida dijo a continuación una frase ininteligible para el chófer, pero que, por lo visto, fue comprendida por los cuatro individuos uniformados, ya que se metieron en el coche.

Trataban con suma cortesía a la señora que iba envuelta en

amplia capa voluminosa. Sus tobillos eran finos.

El cigarrillo le quemó al chófer los pantalones, le llegó a la carne y le hizo dar un bote de un metro... luego estuvo a punto de desmayarse, porque con una soltura de movimientos que revelaba larga práctica, los cuatro individuos le apuntaron, a una, con las ametralladoras.

La desconocida les gritó una orden en idioma desconocido. La prisa que se había dado en proferirla y la alarma que expresaba su acento, le dijeron al chófer que se iba a hacer fuego sobre él. Por fortuna la dama había andado lista. Los hombres bajaron los cañones de los rifles automáticos.

Antes de recobrarse de su pánico, el chófer se halló a unas manzanas de distancia del punto de parada. Habíase desviado de la línea recta.

Rectificó la dirección y entonces le habló la dama.

—¿Doc Savage se encuentra actualmente en Nueva York? —deseó saber.

—Lo ignoro —confesó el chófer—. Por regla general no para mucho tiempo seguido en parte alguna.

El coche se dirigía hacia un conjunto de edificios situados en el centro mismo de Manhattan y sobre él sobresalían los contornos del rascacielos más elevado de la ciudad.

—¿Y qué se piensa en Nueva York de Doc Savage? —siguió interrogando la dama.

—¡Oh! Que es todo un caballero. Es un moderno Don Quijote, sediento de aventuras.

—Siendo así, infiero que le interesará salvar mi vida, la vida de otros, y, muy posiblemente la suya propia.

—Yo también lo creo así —dijo el chófer, que en su fuero interno juzgaba ya a la dama una persona “comme il jaut”.

Ella no dijo nada más y el chófer prestó atención al volante, reflexionando al propio tiempo que, aun cuando se expresaba en un correcto inglés, la desconocida parecía ser extranjera; ahora bien: como no era filólogo no hubiera podido decir de qué país era oriunda.

En aquellos momentos bajaban por un distrito comercial cuyas calles aparecían desiertas a aquella hora.

—¡Deténgase! —dijo de súbito la dama extranjera.

Había dado la orden con voz aguda, singularmente rara. El chófer aproximó el coche a la acera, luego se quedó mirando a sus pasajeros que apresuradamente se apeaban y penetraban en una calle lateral, en la cual les perdió de vista.

No le habían pagado, pero no les reclamó nada. La verdad era que estaba contento de haberse desembarazado de ellos, porque presentía que podían ocasionarle un disgusto.

Pero, una voz ronca y velada le murmuró al oído de manera capaz de quitarle a cualquiera el resuello:

—¿Dónde han ido, pimpollo?

El chófer volvió rápidamente la cabeza y vió que en la calle, detrás de él, se había parado un segundo taxi, en cuyo interior había lo menos tres hombres.

Su interlocutor tenía el cuerpo voluminoso y adoptaba la actitud dominante del que está acostumbrado a tratar a la gente a zapatazos.

—¿Adónde han ido? —volvió a preguntar—. ¿Adónde les llevaba usted?

Y así diciendo dobló hacia fuera la solapa de su americana como para mostrarle algo que él no vió claramente, pero que tomó por la placa de un detective.

—AL despacho de Doc Savage —replicó el chófer balbuceando, pues era hombre pacífico y no le agradaba meterse en complicaciones.

La noticia impresionó, sin duda, desagradablemente al desconocido porque puso cara de vinagre y pareció dispuesto a soltar una tanda de juramentos.

Pero se contuvo y miró furtivamente a derecha e izquierda.

Después se metió la mano en el bolsillo y la sacó de él sin volver la palma.

Entre los dedos extendidos sostenía un billete que entregó al chófer. Mas, cuando este último hubo extendido el brazo para cogerlo, la mano se dirigió, súbita e inesperadamente, a su garganta.

EL rostro del infeliz expresó un terror infinito y cayó retorciéndose mientras la sangre, le salía a borbotones y caía en forma de cascada sobre su pecho.

El desconocido corrió a meterse en su taxi. Por el camino limpió

cuidadosamente la navaja de que se haba valido para verificar el asesinato y se la metió en el bolsillo.

—¡A escape! Dirígete al Sur —ordenó a su chófer.

Evidentemente el hombre no era un profesional y parecía tan duro como sus tres acompañantes.

—¿Qué me cuentas? —dijo por encima del hombro.

—La raní se dirige a casa de Doc Savage —le explicó el hombre gordo.

Mientras el taxi pasaba por las calles solitarias, en su interior reinaba la animación de un teatro en día de ensayo.

—No veo el momento de abandonar este feo negocio —observó con franqueza uno de sus ocupantes—. Y quisiera que nos apoderásemos de un aeroplano, una embarcación o algo por el estilo.

—Tranquilízate —le dijo el asesino del chófer—. Ling se encargará de Doc Savage.

—Sí, que lo haga —gruñó el otro—. No, no quiero meterme con él…

El asesino se echó a reír, pero sin alegría.

—No temas, Lingh nos protegerá…

La frase dejó pensativos a los tres hombres, cuyos pensamientos tenían poco de agradables, a juzgar por la expresión de sus semblantes.

—¿Por qué has matado al chófer del taxi? —inquirió uno de ellos finalmente.

—Ese individuo sabía que sus ocupantes se dirigían a casa de Doc Savage —replicó el hombre rechoncho—. Por consiguiente, hubiera podido identificar sus cadáveres y relatar lo ocurrido, con grave peligro de que se enterase de ello el propio Savage. Por ello le he quitado de en medio.

El taxi doblaba la esquina y sus ruedas patinaron.

—¿Adónde vamos?

—A la estación subterránea de Times Square. Es menester que nos adelantemos a la raní y sus guardias de corps.

La estación del subterráneo de Times Square es, quizá, la más concurrida de la metrópolis, mas también tiene sus momentos de quietud y aquél era uno de ellos.

Al pasar los coches brillantemente iluminados por delante de los

tres hombres, según penetraba silbando el tren en la estación, se dieron cuenta de que en él iban poquísimos pasajeros.

En aquel momento les separaba de él toda la longitud del andén, dos manzanas de casas, y se le acercaron con calma, dos por un lado, y tres por el otro, mirando cuidadosamente al interior de cada coche respectivo antes de meterse en él.

Así fue como convergieron, al cabo, en el coche que les interesaba.

El que hacía las veces de jefe advirtió a sus dos acompañantes:

—Lingh quiere que viva la raní. Tenedlo en cuenta.

—¿Sabes tú por qué?

—No, y tal vez lo ignora también Lingh. Parece ser que la orden emana de un superior.

—Ea, entremos —gruñó uno de los dos hombres.

Bajaron por el pasillo, con las manos metidas en los abultados bolsillos del pantalón.

Sentados en el asiento de rejilla que corría de un extremo a otro del coche, la mujer velada y sus flamantes guardias de corps permanecían callados y a la expectativa.

También parecían estar algo confusos a causa de los traqueteos y resoplidos del tren en marcha.

Antes de que se les aproximaran el hombre rechoncho y sus dos acompañantes, se levantaron movidos por un mismo impulso.

La uniformada escolta de la dama maniobró a la manera del soldado al apoyar sobre su pecho las ametralladoras.

—¡Calma, calma! —les aconsejó el hombre gordo.

Y al propio tiempo le puso una mano en el brazo a la raní. Aquella acción prendió fuego a la pólvora. Los guardias de corps apoyaron, a una, en el hombre, las ametralladoras.

—¡Carguémonos a todos, con excepción de la raní! —les gritó el hombre rechoncho a sus acompañantes.

Los fogonazos y estruendo de los revólveres desgarraron el bolsillo de los tres. Eran armas de cañón corto y carecían de llave que pudiera engancharse en dichos bolsillos, de manera que las dispararon tan rápidamente como se lo permitieron los dedos. Los tres estaban tranquilos y confiaban en el buen éxito de su misión.

Era evidente que esperaban acabar así con la oposición de los tres uniformados guardias de corps a la primera descarga. Pero, se

equivocaban.

Los guardias se tambalearon ante los impactos sin caer, por ello, al suelo.

Después sonaron gemidos y el fragor de la contienda en el tren subterráneo.

Dos de los altos guardias de corps se quedaron hechos un montón de trapos en el asiento que ocupaban.

Los otros dos se mantenían delante de la dama velada, escudándola con sus cuerpos, haciendo fuego sin cesar, gritando en su extraña lengua extranjera.

Cinco hombres, en total, estaban tendidos en el suelo, gravemente heridos, cuando un entendido en materia de mecánica logró manejar una palanca y detener el coche, mitad fuera, mitad dentro de una iluminada estación.

La mujer velada y sus dos acompañantes saltaron entonces del coche y echaron a correr por el andén. El hombre gordo se dispuso a seguirles con el único de sus camaradas que había sobrevivido a la lucha, pero hicieron fuego sobre él, que asustado, retrocedió, agachándose.

Los heridos y moribundos gemían o se retorcían en el suelo del coche y esto pareció hacerle caer en la cuenta de algo al asesino del chófer porque, deliberadamente, se aproximó a ellos, vió que uno solo de los guardias uniformados estaba en disposición de seguir viviendo, y le pegó un tiro en la cabeza.

Entonces salió corriendo de la estación en pos de su acompañante.

La mujer velada y los dos guardias de corps habían desaparecido.

Antes de que hubiera transcurrido la noche apareció una versión de estos sucesos en todos los periódicos de la ciudad. Era aquel un asunto endiablado, enredadísimo, y la policía confesaba, francamente, que no lo entendía.

Lo que se podía asegurar es que había identificado a tres de los hombres muertos en la refriega, como tres bribones de marca ya conocidos de antiguo.

A las doce, sobre poco más o menos, hallábase el encargado del “comptoir” del Hotel Vincent —pequeño y pretencioso albergue que únicamente alojaba a gentes de posición, haciéndose pagar por ello

precios exorbitantes,— con un periódico en la mano.

Tan ensimismado se hallaba por la lectura que hubiera perdido la noción del lugar donde estaba, de no haber sonado unos golpecitos junto a él. Eran unos dedos impacientes, que tabaleaban sobre el mostrador.

Lo primero que le llamó la atención fueron las uñas de aquellos dedos.

Estaban teñidas de azul y pertenecían a una mano de mujer. El encargado levantó la vista. La mujer que tenía delante era una incógnita gracias a los pliegues del negro velo y a la capa voluminosa en que se envolvía. Cuando habló, lo hizo con acento extranjero.

—Quisiera ver a Rama Tura —dijo al encargado.

EL encargado arqueó las cejas, luego hojeó el libro de entradas.

—Lo siento —contestó al cabo,— pero aquí no se aloja ningún caballero de ese nombre...

Temblaron un poco los pliegues de la capa en que iba embozada la desconocida, y los ojos del encargado se abrieron desmesuradamente cuando le vió sacar de entre aquellos la boca de un revólver.

—¡Condúzcame a la habitación de Rama Tura! —le ordenó—. Ya sé que tiene usted orden de decir que no se encuentra en el hotel...

Tras ella entraron en el vestíbulo del hotel, precedentes del exterior donde habían estado ocultos hasta entonces, dos individuos altos, con los abrigos puestos, cuyas cabezas le recordaron los frutos del cocotero al encargado.

Al momento se hizo cargo de la situación y como no era ni tonto ni héroe, salió de detrás del mostrador y la mujer velada y sus dos acompañantes le siguieron al ascensor.

En él subieron hasta el sexto piso y allí el encargado se puso a la cabeza del grupo y le condujo a un hall alfombrado por rica alfombra persa a cuyo fondo veíase una puerta con adornos de metal.

Se disponía a llamar a ella cuando uno de los altos individuos de color extendió el brazo armado y le dio un golpe en la oreja con el revólver.

Al propio tiempo, el otro individuo de color se apoderó de él y

entre ambos le sujetaron mientras llamaban a la puerta de los adornos de hierro.

—¿Quién es? —interrogó desde el otro lado de la puerta una voz soñolienta, con acento extranjero.

—Le traigo un cablegrama, señor —dijo la mujer velada, en voz baja y fingida de manera que cualquiera la hubiera confundido con la de un muchacho.

El sujeto que les abrió la puerta pertenecía a la misma raza que los acompañantes de la desconocida. Su cabeza tenía la misma redondez y el mismo cabello fibroso y castaño.

Al ver a sus visitantes quiso lanzar un grito que no llegó a salir de sus labios. Se lo impidió un culatazo que le asestaron, con una de las armas de fuego. Y también a él le acogieron antes de que cayera al suelo.

—Es tan solo un servidor; no le hagáis daño —ordenó la dama velada.

Se había expresado en lengua inglesa, debido, sin duda, a la excitación del momento mas, enseguida, se apresuró a traducir el mandato con objeto de que los dos hombres la entendieran.

En la habitación se abrían tres puertas. Evidentemente la dama no había estado nunca en ella porque abrió dos y descubrió dos armarios; luego empujó la tercera y descubrió que conducía a lo que parecía ser el dormitorio en aquella serie de habitaciones.

Sin vacilar entró en él empuñando un diminuto revólver, y parpadeando deslumbrada por el brillo suave de una lámpara de pie situada junto al lecho.

Sobre éste vio un hombre, un muerto, a juzgar por las trazas.

Era un ser esquelético, tan desmesuradamente flaco que apenas se dibujaba su cuerpo bajo las sábanas. Su cabeza, por el contrario, era voluminosa en grado sumo, algo así como una brillante esfera de roble, de la cual tenía también el color.

La piel lustrosa hacía las veces de barniz. El hombre tenía cerrados los ojos, estaba inmóvil y le rodeaba un halo ultraterreno.

La dama se detuvo y sus ojos, a través del velo, se clavaron en él.

Sus acompañantes penetraron en el dormitorio. Habían cerrado con llave la puerta del departamento y dejado en el suelo al desvanecido encargado del "comptoir", junto al sujeto que les

abriera la puerta. Ambos miraron al ser que yacía en el lecho y lea pareció que tenían delante a una deidad.

En consecuencia, se hincaron de rodillas y apoyaron las frentes en el suelo.

—¡Bobos! —les gritó la mujer.

—Ese hombre es Rama Tura, discípulo predilecto del mají —murmuró en respuesta uno de ellos en su lengua vernácula.

—Es un viejo fakir —replicó la mujer.

Los dos guardias de corps se inclinaron a discutir aquel punto de vista, si bien lo hicieron con todos los respetos.

—Tiene poder para morir y para resucitar a nueva vida, a voluntad —declaró uno de ellos—. Como ves, ahora está muerto. Ya recordarás que se le trajo aquí desde nuestro país en un ataúd.

La capa de la dama velada se agitó levemente, como si ella se hubiera estremecido. Avanzó unos pasos y tocó el cuerpo que descansaba sobre el lecho.

—Debe de estar frío —dijo el segundo guardia de corps—. Es lo mismo que si fuera un cadáver. Por ello, opino que no debemos permanecer aquí mucho tiempo.

Los ojos de la dama adquirieron súbito brillo a través del velo.

—Es decir que ¿ya no queréis servirme? —interrogó.

Los dos hombres se levantaron del suelo.

—Nuestras vidas, nuestros cuerpos son tuyos, oh, raní —dijo con melancólico acento el primero de los hombres—. Nuestros pensamientos vuelan libremente como las aves en el bosque. ¿Deseas que les enjaulemos?

—Cortadles las alas para que habiten en tierra firme —replicó la desconocida—. Cortad también las orejas de ese bribón con vuestros cuchillos. Ya veréis cómo resucita de entre los muertos con tiempo suficiente para impedíroslo.

Los dos guardias asintieron a aquellas palabras con un movimiento de cabeza; de sus bolsillos sacaron unos grandes cuchillos de negra empuñadura y avanzaron hasta situarse junto al inerte Rama Tura.

Al dominarle con toda su estatura se detuvieron, sin embargo, titubeando.

—Es el discípulo predilecto del mají —dijo uno de ellos, atragantándose—. Ni siquiera han podido probar lo contrario los

grandes sabios americanos. Nadie más que él es capaz de tomar un pedazo de vidrio entre las manos y por el solo esfuerzo de su voluntad convertirlo en una joya por la posesión de la cual pagan los hombres una fortuna.

—Es un fakir —repitió la dama velada—. Un lioso, un ser molesto. Hace años que se dedica a la prestidigitación, que divierte a los forasteros con sus zalemas cuando no pide limosna.

—Posee un poder sobrenatural —dijo el guardia, persistiendo, testarudo, en su idea—. Transforma en gemas pedruscos insignificantes.

—Ea, cortadle de una vez las orejas y veremos si puede lograr con su magia que le vuelvan a crecer —dijo la dama—. Justamente deseo hablarle respecto a esas joyas que decís.

El grotesco saco de huesos abrió los ojos.

—Soy un muerto que recobra la vida a voluntad —manifestó—. ¿Qué quieres de mí?

CAPÍTULO II

EL HACEDOR DE HORRORES

LA dama velada bajó hasta él la mirada y produjo un leve sonido que, en su tierra significaba disgusto y la idea del ridículo.

—¿Lo veis? —exclamó—. Ha recobrado la vida antes de perder las orejas.

La cabeza redonda y pulida que descansaba sobre la almohada no expresaba emoción alguna. Tenía los ojos abiertos, pero fijos. Asimismo, tenía abierta la boca; sin embargo, sus labios no se movían cuando hablaba.

Era lo mismo que un cadáver de cuya boca, se estuviera sirviendo un ventrílocuo. Se expresaba en lengua inglesa.

—Abusar de la muerte es un sacrilegio —declaró—. Pero tu pecado queda perdonado. No posees inteligencia suficiente para comprender todo mi poder, todas mis dotes, todo mi estado actual. Para ti soy el enigma de la omnipotencia, el...

—Veo que eres un pillo muy vivo —replicó, interrumpiéndole, la dama—. Y con excepción de que eres más feo no te diferencias del resto de los hombres. Ahora dime la verdad con respecto a esas joyas, o mis hombres te cortarán las orejas según la moda de mi país.

—¿Eres de Jondore? —le preguntó RamaTura.

—Soy, su raní, la viuda del Nizam, rey de los reyes, señor de Jondore.

—Tu voz me sonaba de un modo familiar —murmuró desde el lecho aquel ser extraño—. ¿A qué has venido?

—¡Voy a decírtelo, viejo fakir! —replicó irritada, la mujer—. Estoy dando la vuelta al mundo y por ello me hallo, de paso, en Nueva York. En ella he oído hablar de tus habilidades. Le

cablegrafié a Kadir Lingh, hermano de mi difunto esposo y señor actual de Jondore, que trataba de averiguar quién eras tú, porque…

Se interrumpió, titubeando.

—Porque albergo una sospecha muy negra —terminó.

Rama Tura dio ligera muestra de vida.

—¿Qué sospecha es esa? —deseó saber.

Sin responderle directamente la mujer profirió con viveza:

—Tu organización es muy amplia y tengo mis razones para sospechar que mi cable no ha llegado a Jondore. Me siguen los pasos, mis movimientos son espiados por naturales de Jondore, por tus hombres. ¡Ellos se han atrevido a tirar sobre mí!

—Eso no puede ser verdad —murmuró Rama Tura.

—Justamente esta noche pensaba hablar con el hombre que puede arreglar todo esto —siguió diciendo la raní,— pero he sido atacada. Más tarde he descubierto que se vigilaba la casa de la persona a quien me proponía visitar. También esta vez se trataba de tus hombres.

—¿A quién has tratado de ver?

—A Doc Savage pero, ya lo sabes.

—¡Ah! —murmuró Rama Tura.

—Eres un demonio encarnado bajo la forma de un ser humano —dijo a Rama Tura la raní, con acento sombrío—. Intentas quitarle la vida a muchos seres a fin de llevar a cabo un plan, propio de un loco.

Pero a Rama Tura interesaba sobre todo Doc Savage.

—De todos los seres vivos es Savage el que posee más vastos conocimientos —declaró—, científicos, creo que se llaman, pero son de un orden material. No ha sondeado el mundo abstracto e invisible, el poder de la concentración de ideas considerada como una concreta entidad.

—¡Hum! ¡Qué bobada!

—¿Sabría Doc Savage convertir los guijarros en piedras preciosas?

—No, ni tú tampoco —replicó la mujer velada—. ¡Y vas a dejarte de eso! De lo contrario, pondré a la policía y a Doc Savage sobre tu pista. Les diré lo que se oculta, realmente, detrás de tanta comedia.

—Sepamos qué es ello.

La mujer tragó con dificultad.
—El mají —dijo luego.
Fue lo mismo que si le hubiera asestado un golpe a Rama Tura, a juzgar por el efecto que la declaración le produjo.
—¿Conque, te has dado cuenta de ello? —murmuró con voz velada.
Esto, produjo a su vez profunda impresión en el ánimo de la raní. Era evidente que su primera idea había sido únicamente una sospecha vaga, pero las palabras de Rama Tura la convencieron de que había adivinado la siniestra verdad.
—¡Apoderaos de él! —gritó a sus dos acompañantes—. Quitándole ahora de en medio salvaremos miles de vidas humanas.
Rama Tura se había sentado en el lecho de súbito. Su cuerpo era un lastimoso montón de huesos. Su pecho se parecía a la rama nudosa, morena, delgada de un árbol. No podía ser más repelente.
—Me parece —confesó,— que ha llegado la hora de probaros quién soy.
Después de proferir tales palabras se inmovilizó en la postura y si en un principio había sido repugnante, un seco manojo de sarmientos, se convirtió, a la sazón, en un ser más repugnante todavía, del cual emanaba un indescriptible magnetismo animal.
AL propio tiempo pareció transformarse la habitación en una tumba, la sensación muy real y no obstante imposible de que los ocupantes estaban en la presencia de los que ya no viven.
La raní se esforzó en vano por borrar la impresión.
—¡Ave de mal agüero! —le dijo a Rama Tura—. Eres un gran sugestionador y no lo extraño, ya que vienes dedicando a la materia toda tu vida.
Rama Tura no dijo nada. Sus ojos no se habían movido. Su boca no se había cerrado.
De súbito, apareció en un extremo de la habitación un ser increíble, un monstruo informe, un ogro fantástico.
La raní y sus dos guardias le contemplaron asombrados. La luz de la lámpara era insuficiente para iluminar aquel rincón del dormitorio y, por lo tanto, no lograron distinguir la forma limpia y clara del monstruo.
Lo que sí vieron fueron sus ojos y su tamaño tan colosal, que con trabajo cabía en la habitación. AL propio tiempo se enrareció el

aire, adquirió un olor vago, repulsivo, se calentó como por el aliento del ser que acababa de surgir ante ellos y les estaba contemplando.

—Es mi servidor —dijo inexpresivamente el inmóvil Rama Tura —. Yo le he llamado.

La raní seguía contemplándole.

—Es mi guardián —siguió diciendo Rama Tura—. Mi amo, el mají, me lo ha prestado. Y su influencia es maléfica para los hombres.

Y como una demostración de la verdad que encerraban tales palabras, ambos guardias de corps hicieron ahora una cosa increíble, disparatada.

Apoyaron en las sienes respectivas las armas que empuñaban y se suicidaron.

Un solo, prolongado suspiro pudo lanzarse entre el tiempo empleado por el primero para caer al suelo y el desplome del cuerpo del segundo.

La raní lanzó una exclamación sibilante de horror, dio media vuelta y emprendió carrera. No se dirigió a la puerta y hacia el monstruo instalado delante de ella, sino que eligió una segunda puerta y la abrió de pronto descubriendo detrás una pieza lujosa, una salita de recibo.

Se coló en ella de rondón y fue a dar con otra puerta que, afortunadamente, no estaba cerrada con llave. Por ella salió a un corredor del cual la recogió a su paso un ascensor y la dejó, silenciosa y temblando, en la calle.

En ésta, se la engulleron las tinieblas.

CAPÍTULO III

ELEGIDO POR EL MAJI

A la mañana siguiente todos los periódicos insertaban en sus columnas la noticia de los acontecimientos de la noche.

"LOS LADRONES ATACAN A RAMA TURA"

La incursión realizada en el departamento del místico misterioso, finaliza con la muerte de dos hombres.

"Anoche murieron dos hombres, evidentemente dos ladrones, en las habitaciones de Rama Tura en el hotel Vincent. Rama Tura ha tenido que luchar mano a mano, desesperadamente, con los cacos para defender su vida. Estos eran tres: dos hombres y una mujer, que escapó más tarde.

"El propio sirviente de Rama Tura y el encargado del "comptoir", confirman.

la declaración de Rama Tura. Los ladrones obligaron al encargado a llevarles hasta la habitación del huésped extranjero."

Y a continuación seguía un resumen detallado de los esfuerzos hechos por los bandidos, según Rama Tura, para obligarle a revelar la manera de transformar en piedras preciosas los guijarros del camino. Era un cuento bien urdido y perfectamente lógico.

De entre todos los periódicos, uno en particular le dedicaba un artículo de fondo, redactado por el Director, que iba encabezado por el siguiente epígrafe:

¿QUIEN ES ÉL?

"Rama Tura procede de oriente. Es oriundo de Jondore, una pequeña provincia montañosa.

"Rama Tura toma las piedras del camino y las transforma en diamantes, rubíes, esmeraldas... en legítimas piedras, que han adquirido varios joyeros. No puede darse mejor testimonio.

Un tercio del valor de estas piedras, una vez adquiridas, se destina a obras de beneficencia; dos tercios van a engrosar los fondos públicos de Jondore, país de origen de Rama Tura. El no necesita dinero.

"¿Qué se propone? ¿Es un impostor? No, nada de eso. Un redactor de este periódico ha entrevistado a dos grandes joyeros de la ciudad y los dos se han mostrado unánimes en afirmar que las piedras creadas por Rama Tura son de la mejor calidad.

"Pero, ¿de qué se vale para realizar su transformación? Porque, en caso de tratarse de una superchería, ella ha engañado a los mayores escépticos de Nueva York.

Rama Tura se dice discípulo del mají, un antiguo guerrero que vivió siglos ha y que conquistó la mayor parte del mundo oriental que hoy conocemos. El mají era, también, un mago que después de morir en el campo de batalla se resucitó a sí mismo. Era cruel. De una sola ojeada mataba a miles de hombres.

"Muchos historiadores opinan que es un ser legendario. Mas, Rama Tura no lo es. ¿Quién es, entonces?

Y por el mismo estilo se manifestaban todos los periódicos, basando sus relatos sensacionales en la singular personalidad de Rama Tura. En uno de ellos se relataba, asimismo, que había llegado a los Estados Unidos dentro de un ataúd.

Aquella misma tarde salió un discreto anuncio en los mismos periódicos:

"Esta noche se exhibirá Rama Tura en Temple Nava".

Para sus abonados y para todos aquellos lectores que habían ido siguiendo el relato de los acontecimientos, el anuncio significaba únicamente una cosa: que aquella noche, en Temple Nava, Rama Tura llevaría a cabo la misteriosa transformación de los guijarros en piedras refulgentes.

Ahora bien: Temple Nava no era un edificio, sino una antigua pensión instalada en el último piso de un edificio de la Park Avenue.

La instalación fue obra de un grupo de ricachones que andaban a la caza de emociones y que excesivamente ocupados cuando sobrevino la depresión del país para manifestarse caprichosos la habían abandonado.

Todavía quedaban, intactos, los ricos muebles con que habían ornado el piso, ya que nadie era, a la sazón, suficientemente

acaudalado para quedarse con ellos y así y con objeto de producir una mayor sensación, Rama Tura la había alquilado tal y conforme estaba.

Por ello, aquella noche la elegante Temple Nava convirtióse en punto de reunión de muchos nababs habitantes de la metrópoli. También se codeaban con ellos muchos plateros y diamantistas y varios hombres de ciencia.

Rama Tura les invitaba a demostrar que era un impostor.

También deambulaban en torno del edificio los aficionados a experimentar fuertes emociones, mas, a éstos no se les permitía la entrada en el piso.

En la calle se habían aumentado los agentes encargados de regular la circulación y para entrar en el edificio de Temple Nava, agentes alquilados por Rama Tura en las agencias de detectives, habíanse encargado de requerir una tarjeta especial, cubierta de signos cabalísticos, que se habían distribuido a las personas ya designadas.

Es costumbre que las señoras vayan durante todo el año con los guantes puestos y por ello no llamó la atención que una invitada determinada presentara su tarjeta con la mano calzada por un guante.

Nadie, naturalmente, podía imaginar que lo hacía para ocultar sus uñas pintadas de azul.

Mas, aun así, llamó poderosamente la atención. Su vestido negro realzaba el cuerpo gentil de la desconocida y sus hermosos ojos negros miraban altivos, desde su rostro perfecto cuyo solo defecto lo constituían los pliegues dibujados a la sazón en torno de la boca.

Por su actitud se deducía también que desempeñaba una misión desagradable en alto grado. Su tez tenía el color de la oliva.

Fue admitida en Temple Nava sin dificultad, sin duda porque su tarjeta estaba en regla.

Poco después una viuda colérica se quejó de que había perdido su invitación… si no se la habían robado. Mas, era conocidísima y por consiguiente pudo entrar en el edificio sin que le pusieran dificultades.

Delante de ella marchaba la majestuosa desconocida con aire resuelto.

Muchos hombres la vieron y admiraron.

Otros la vieron y sintieron la singular impresión de que acababa de entrar un tigre en la sala. Los hombres que así sentíanse impresionados eran todos servidores de Rama Tura que, al parecer, los poseía en número crecido.

Del grupo que componían, se destacó apresuradamente uno de ellos y fue a avisar a Rama Tura.

Este acababa de entrar en Temple Nava metido en un sencillo y negro ataúd y se dejaba fotografiar por los reporteros.

Estos no le ocultaron que consideraban ridículo, una superchería, aquella entrada en Temple Nava pero, como con ella iban a comunicarle al público una noticia, se apresuraron a tomar las fotografías.

A una seña furtiva del mensajero fueron dispersados.

Rama Tura había permanecido inmóvil como muerto dentro de su caja.

Algunos fotógrafos le habían tocado y le habían hallado frío, privado de vida, al parecer.

El mensajero se inclinó sobre la caja y le comunicó:

—La raní está aquí.

Rama Tura abrió los ojos, abrió la boca y ésta se quedó abierta.

—Ya lo sé —dijo en la lengua de Jondore.

—¡Ah! ¿Te lo han dicho ya? —exclamó el mensajero.

—No me lo habían dicho. Yo lo sé todo —fue la respuesta de Rama Tura.

Como no había manera de refutar semejante declaración el mensajero se atragantó.

—A lo que parece, no hemos logrado amedrentarla y así no ha dejado Nueva York —observó—. Ha venido aquí a fin de crearnos mayores dificultades.

—Sí. Es valiente y atrevida.

—Temple Nava está lleno de agentes y esperará que la protejan.

—Pues, se equivoca.

El mensajero se mostró agitado.

—Es la raní —balbuceó.

—El mají, mi maestro, ha aguardado treinta siglos antes de poner en práctica lo que ahora va a realizar —murmuró Rama Tura —. El mají tiene un plan de tal magnitud, que no lo comprenderías, siervo. Y si la raní se empeña en intervenir, la apartará de su

camino. Nadie puede oponerse a él.

El mensajero afirmó con una inclinación de cabeza y después hizo una pregunta muy natural, dadas las circunstancias:

—¿Cómo se verificará eso?

—Con la ayuda de mi magia —le contestó Rama.

Poco después fue levantado en vilo por seis corpulentos naturales de Jondore, desnudos hasta la cintura, y trasladado al interior de Temple Nava, en cuyo suelo le depositaron dentro de la caja. La entrada no podía ser más sensacional.

De ella se dedujo que Rama Tura no deseaba actuar en terreno tan vulgarizado como el escenario de un teatro.

En torno al espacio desocupado del templo se colocaron, cómodos asientos para los invitados... posiblemente futuros clientes de Rama, se tendió sobre él un paño rojo y encima se depositó a Rama Tura después de haberle sacado de la caja.

Muy lentamente, como si en realidad despertara de entre los muertos, se puso de pie y en excelente inglés dirigió la palabra a la concurrencia:

—No voy a distraer vuestra atención con un largo, místico discurso —declaró con voz hueca—. Sé que no le daríais crédito. Tampoco deseo cuidarme de averiguar si me tomáis por loco, vivo o pura y simplemente por un ilusionista. Esto no tiene importancia, en el fondo.

Pausadamente se volvió como en obediencia a un impulso maquinal y contempló, uno tras otro, a todos los espectadores. De su cráneo pelado y voluminoso se destacaban de manera impresionante las hundidas, oscuras pupilas y más de un espectador se estremeció al encontrarse con ellas.

—Tal vez os habréis preguntado más de una vez, sobre todo después de haber oído hablar de las fabulosas colecciones de los Rajalis, por qué la India es, y siempre ha sido, depositaria de todas las piedras preciosas de la Tierra. Ello se debe, sencillamente, a la importancia que se le da en Oriente a las joyas. Se las tiene en gran estima desde muchísimos siglos ha, y esta estima comenzó con el conocimiento de la existencia del mají. El mají podía hacerlo todo.

Hizo una pausa, sin duda para producir más efecto, y enseguida reanudó de esta suerte su monólogo:

—El mají fue la base de la historia de Aladino y de su lámpara

maravillosa. El mají es el Genio que se apareció al muchacho tras del frote de la lámpara. Para resumir: lo que hasta aquí ha pasado por un cuento es una realidad.

Tornó a hacer una pausa.

—Ahora bien: el Genio no se halla aquí ni allá. No voy a tratar de explicarles mis métodos. Me limitaré a decirles sólo aquello que sus inteligencias poco desarrolladas puedan comprender. Supongo no admiten que el pensamiento puede transformarse en materia, que la esencia de la mente está por encima de todas las demás cosas. Sin embargo, esto es cierto, el fundamento de los milagros.

"Desde luego, cuesta creer en ello. Bien. No lo pretendáis. Tampoco el salvaje africano puede comprender cómo de la mezcla de una pintura amarilla con otra azul se origina una pintura verde, ya que desconoce la ciencia de la luz. Pero, lo ve. Miradme, pues, y asistiréis a la creación de una gema sin que, a pesar de ello, podáis comprender cómo la creo.

La arenga fue acogida con creciente interés por la reunión y mientras se pronunciaba, dos ayudantes de Rama Tura le habían dado una vuelta a la sala y habían atrapado a dos personas en el acto de ir a operar con dos cámaras fotográficas en miniatura.

Dichas dos personas fueron llevadas a la primera fila de butacas y con no poco embrazo por su parte invitadas a operar allí, abiertamente, con las cámaras.

Un olor particular había invadido la atmósfera de la sala. Era algo así como la humedad de una tumba. AL público se le crisparon los nervios.

—¿Quiere alguien tener la bondad de prestarme un objeto para que le transforme? Las substancias duras, cristalinas, son las más a propósito. También las joyas de similor son materia excelente para una transformación. Otros objetos requerirían más tiempo y mayores esfuerzos.

Un espectador se levantó presuroso y entregó a Rama Tura un rubí artificial de gran tamaño, confesando al propio tiempo que lo había adquirido por la mañana en una joyería.

—Conviértalo en una perla —gritó a Rama Tura otro espectador.

El mago se había puesto la piedra en el hueco de su mano huesuda.

—No, porque no son gemas, en realidad —replicó,— sino el

producto, la secreción de una ostra enferma.

Y ya no habló más. Se dispuso a actuar. Aquellos espectadores que ya habían estado en Temple Nava se inclinaron sobre sus conocidos o vecinos y les susurraron al oído la explicación de lo que iba a suceder, o les explicaron lo que ellos habían visto. Dos señoras dieron quejas a sus acompañantes.

Las dos se sentían molestas por el olor indefinible que llenaba la sala.

En ella entraron dos corpulentos jondoreanos, de tez oscura, llevando entre ambos un objeto muy semejante a un hornillo de ladrillo refractario que colocaron sobre el trípode de metal, al nivel de la cintura del mago.

La piedra falsa fue depositada a continuación sobre aquel hornillo.

Rama Tura clavó en él una mirada absorta, fija, enervante. Las pupilas se le desorbitaban. Sus finos labios crispados se levantaban descubriendo los feos dientes de un viejo.

Un descarado murmuró al oído de su vecino.

—¡Puesto que es mago debía confeccionarse una dentadura postiza!

Si la observación llegó a oídos de Rama Tura, el mago hizo caso omiso. A la sazón, se retorcía como abrumado por un dolor espantoso.

Gemía, murmuraba y gesticulaba. Repetidas veces tomó la gema y la calentó con las manos.

De súbito lanzó un grito estridente.

El auditorio reparó en la acumulación, en distintas partes de la sala, de extraños vapores que flotaban, en la dirección de Rama Tura. Aquellos vapores eran parecidísimos a jirones de niebla de olores diversos.

Comenzaron a reunirse en torno del negro hornillo que contenía la piedra, se acumularon, se aglomeraron allí.

Espantosos crujidos y espeluznantes chasquidos llenaron, al propio tiempo, los ámbitos de la sala.

Los espectadores provistos de cámaras fotográficas se dieron prisa en sacar fotografías de la escena.

En torno a la gema comenzó a resplandecer el vapor. Más y más cálido se iba tornando cada vez, despidiendo una luz tan cegadora

como la de un arco voltaico. El calor se hizo insoportable.

Luego pasó, con él desapareció la luz enceguecedora y las pupilas deslumbradas de los espectadores distinguieron el hornillo refractario colocado sobre el trípode de metal.

Sobre él había un bello diamante en bruto tan grande como un huevo de paloma.

Rama Tura observó con calma:

—Ved ahí el poder de concentración del pensamiento.

Un natural de Jondore, envuelto en sedoso ropaje, colocó la piedra sobre un almohandocito de satín y con él en la mano circuló por entre la concurrencia, explicando a ésta que el diamante estaba en venta y que un tercio del precio de costo estaba destinada a favorecer los centros locales de beneficencia, y los otros dos tercios, los fondos públicos de Jondore.

A la representación asistían varios afamados joyeros. Ellos sometieron la piedra a una prueba, y estuvieron unánimes al declarar que "sin duda era legítima". Se trataba de un diamante blanco azulado muy perfecto.

Inesperadamente se puso en pie una señora y pidió en voz alta:

—¡Dejadme examinar esa piedra!

Era la raní. El portador de la gema le dedico un saludo, se acercó a ella y le permitió que examinara el diamante con una lente de aumento.

El examen le produjo un efecto extraordinario. Agitó los brazos con objeto de llamar la atención y gritó a voz en cuello:

—¡La policía! ¡Que venga la policía! ¡Pido que se arreste a Rama Tura!

Todas las miradas fueron a converger en su persona.

—¡Es un impostor! ¡Lo que intenta, en realidad, constituye una amenaza para la vida de todos los presentes! ¡Planea asesinarles en masa!

Mientras se expresaba de esta suerte, paseó en torno la mirada y lo que vió la dejó poco satisfecha.

Las expresiones que reflejaban todos los rostros le dio a comprender que se la juzgaba una histérica.

—¡Bobos! —exclamó despechada—. ¡Lo que hoy hace Rama Tura le ocasionará la muerte a muchos espectadores!

El mago no se había movido. Desde el puesto que ocupaba en

mitad del templo comenzó, de súbito, a pronunciar palabras ininteligibles, inexpresivas.

—Perdónenla ustedes, señores —dijo refiriéndose a la raní—. Veo que padece una forma de locura muy corriente en mi país.

Así diciendo avanzó unos pasos, lentamente, semejante a un cadáver movido por hilos invisibles.

La raní le miraba fijamente y el horror se pintaba en sus pupilas. Estaba temblando. Todavía tenía la piedra entre los dedos, pero la dejó caer al suelo inesperadamente.

El diamante rodó hasta debajo del asiento y se produjo un revuelo entre los espectadores que pretendían recuperarlo.

Luego gimió la raní, súbitamente se aflojaron todos los músculos de su cuerpo y quedó tendida en el suelo.

Rama Tura se detuvo.

—¡Qué pena! —dijo en inglés—. Esa pobre señora está muy mala y no tardará en morir.

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE DE LA CAMILLA

DOS hombres se inclinaron sobre la raní en la tarde del día siguiente. Uno de ellos, el del cabello cano, era de exigua estatura y vestía de blanco; el otro era un sujeto de macizas formas, de rostro perruno y amable.

La raní estaba, a la sazón, en una habitación casi desprovista de mobiliario, limpísima, toda ella encalada de blanco. Reposaba en un lecho muy elevado en el que se revolvía de vez en cuando.

Los dos hombres le administraban estimulantes con objeto de que hablara y cada vez que pronunciaba alguna palabra se inclinaban, ansiosos, sobre ella.

—Doc Savage —había articulado ya en varias ocasiones. Y no decía más.

—Doc Savage —tornó a repetir.

EL de los cabellos canos se enderezó de pronto.

—¿Ha enviado a buscarle? —interrogó a su compañero.

Este hizo un gesto afirmativo.

—Le he llamado por teléfono —explicó—. Ya debe estar en camino.

Ambos cambiaron un gesto de satisfacción y como la mujer guardaba silencio se apartaron del lecho para no molestarla.

—¡Extraño caso! —comentó uno de ellos.

El otro gruñó:

—Y maravilloso. Me choca que llame al único ser capaz de sacarla de este estado.

El hombrecillo de los cabellos canos le dirigió una sonrisa a su compañero.

—Tengo entendido que fue usted su maestro ¿no? —dijo.

El de rostro perruno asintió en silencio. Era el director de aquella institución, uno de los hospitales, dedicados a la psiquiatría, más importantes de la ciudad y posiblemente del mundo entero.

—Savage estudió bajo mi dirección, en efecto —admitió—. Pero, ya hace años. Hoy sabe más que yo, más que todos los psiquiatras de la nación. Es un talento.

—Doc Savage ha llegado —les comunicó un ordenanza.

—¿Le conoce usted personalmente? —preguntó al de los cabellos canos el director.

—No, señor.

—Pues prepárese si no quiere demostrar su sorpresa. Savage tiene un tipo tan poco vulgar como su inteligencia.

En efecto: el individuo que de allí a poco penetró en la habitación les pareció un gigante en el momento de cruzar el umbral pero, cosa rara, a medida que se les acercaba iba disminuyendo de estatura.

Debíase el fenómeno a la simetría de su desarrollo muscular, a las justas proporciones de sus miembros que le prestaban el aspecto de un ser corriente mientras no se le comparaba con un objeto que sirviera de punto de referencia.

—¿Sucede algo malo? —inquirió al entrar en la habitación con voz cálida y bien timbrada.

—Vea aquí, a esta mujer, doctor Savage —le dijo el director del hospital—. Repetidas veces ha pronunciado su nombre.

Y a continuación el director y el caballero de exigua estatura se enredaron en una sucinta explicación de sus observaciones respecto al caso que tenían delante. La desconocida había ingresado la noche anterior en el hospital.

Procedía de Temple Nava, donde se había desmayado en medio de una diatriba en contra de Rama Tura, el misterioso mago a quien se atribuía la propiedad de convertir en diamantes piedras de ínfimo valor.

De momento se había creído víctima a la mujer de un vulgar ataque de nervios o de un desmayo corriente mas, luego se había descubierto que no respondía a los medicamentos y estimulantes usados en tales ocasiones.

—El caso me tiene perplejo —confesó a Savage el director—, porque esa mujer no tiene nada. Su organismo está sano.

Desde aquí la discusión asumió un carácter científico y técnico y los tres hombres se sirvieron de una terminología que hubiera parecido griego al poco entendido en materia de medicina.

—Voy a examinarla —manifestó al cabo Savage.

Exactamente una hora y veintiocho minutos después, concluía el análisis microscópico del fluido medular, operación que estaba llevando a cabo en el bien equipado laboratorio del hospital.

En calidad de observadores tenía a su lado a la sazón a una media docena de estudiantes de medicina que aprovechaban la ocasión para ver operar a un maestro.

Una vez terminado el análisis Doc permitió que le sometieran a un examen las personas que le rodeaban.

—Ustedes han visto ya otra pruebas —dijo—. ¿Qué deducen de ello?

—Que son prácticamente normales —dijo un estudiante.

—Eso es —dijo el hombre de bronce con aire de aprobación—. De todos los análisis llevados a cabo se deduce que la mujer está perfectamente sana.

Otro estudiante, quiso decir:

—Pero, el corazón… la respiración.

—Son síntomas, síntomas y nada más. Ella respira lentamente porque no se mueve y sí encuentra que se han acelerado un poco los latidos de su corazón es a causa de su estado mental…

—Así ¿usted cree?…

—Que el mal que la aqueja es puramente mental —replicó Doc —. O por lo menos tiene su asiento en el cerebro.

—¿Algún desarreglo, tal vez?

—Sí y no. Debe haber otra cosa.

El hombre de bronce se apartó del microscópico.

—Dicen ustedes que esta mujer han venido de Temple Nava, que ha repetido mi nombre varias veces y que por ello me han llamado ustedes. ¿Es eso cierto?

—Ciertísimo —le replicaron.

—¿Nadie ha intentado verla hasta ahora?

—Nadie.

—Comprendo.

Un sonido apenas perceptible, suave, dulcísimo como el canto de la alondra se dejó oír después en la habitación. Fue una vibración

que recorrió toda la escala musical sin que se adivinara de dónde procedía.

Varios presentes demostraron asombro. No sabían que aquel sonido era producido inconscientemente por Doc Savage en sus momentos de acción.

—¿Tiene alguna idea? —le preguntó la persona que había oído en otras ocasiones el sonido y sabía lo que significaba. Aludimos al director del hospital.

—Sí, la tengo —confesó Savage—. Una idea fantástica pero no imposible.

—¿Tendría inconveniente en explicarse?

—Es difícil ya que se sale de todas las teorías existentes en materias de medicina —repuso Doc Savage—. Se trata de una teoría basada más en estudios hechos en el Oriente. Si fuera cierta como me figuro es tan repelente que no podrían ustedes oír su explicación sin horrorizarse.

Su reserva desilusionó, evidentemente a sus oyentes.

—Voy a examinar otra vez a esa mujer —dijo Doc de pronto.

Y en compañía del personal del laboratorio se encaminó a la habitación de la raní.

En su suelo yacía la enfermera dejada al cuidado de la paciente. A la vista estaba que le habían asestado un golpe en la cabeza.

La enferma había desaparecido.

Se hallaba muy próximo el anochecer cuando Doc Savage atravesó el vestíbulo ornamental del rascacielos donde tenía instalado su despacho, y entró en lo que en apariencia formaba parte de un panel de la pared: en realidad en su ascensor particular.

Luego el aparato se elevó llevándole en su seno con velocidad maravillosa, y al cabo de algún tiempo, se detuvo de manera tan brusca, que, el hombre de bronce continuó ascendiendo todavía unas pulgadas, luego cayó al suelo.

Salió al pasillo del piso ochenta y seis y se aproximó a una puerta sencilla donde se había escrito en menudas letras de bronce:

"CLARK SAVAGE, hijo"

Antes de llegar junto a ella se abrió en silencio, fenómeno mecánico que se llevaba a cabo mediante un disco indicativo que llevaba en el bolsillo y de un electroscopio sumamente sensible conectado a intermedio.

En cuanto se hubo abierto la puerta se escaparon del otro lado sonidos procedentes al parecer por una reyerta.

—¡O te comes esa manzana o te despellejo vivo! —decía una voz temblorosa, llena de ira.

Fueron volcadas varias sillas. Sonaron golpes sordos, gruñidos, jadeos, muchos puñetazos...

Doc entró en el piso.

Los combatientes saltaban uno frente al otro buscándose las vueltas. Cada uno de ellos hacía lo que podía por derrotar al adversario y ya se habían hecho daño mutuamente, cosa rara si se considera que uno de ellos era sumamente delgado, de cintura flexible, mientras que el otro pesaría bien doscientas sesenta libras y era un coloso, al que podía confundirse fácilmente por un gran orangután.

EL caballero de la flexible cintura era Ham, el abogado.

El orangután, Monk, químico industrial famoso en el mundo entero. Ambos eran miembros del grupo de cinco hombres extraordinarios que se habían asociado, desde largo tiempo atrás, al hombre de bronce en su famosa tarea de enderezar entuertos y de prestar ayuda al desvalido.

Conforme a las apariencias, cualquiera hubiera dicho que Monk y Ham pasaban, en aquellos momentos, por una de las fases características de su eterna contienda.

Nadie recordaba haberles oído dirigirse una palabra cortés en todo el tiempo que llevaban conviviendo pero, a decir verdad sólo contadas veces llegaban a las manos.

—¿Qué os pasa ahora? —les preguntó Doc sin tomarse particular interés por la situación.

—Ese picapleitos —explicó Monk señalando a Ham con el pulgar —, ha tratado de darle a comer a Habeas una manzana rellena de pimienta.

—Deseo escarmentarle a fin de que no me registre los bolsillos —dijo el abogado, entre dientes.

—¡Pero, antes vas a comerte la manzana! —le dijo Monk.

Habeas Corpus, el objeto de aquella meleé, estaba debajo de una silla y asomaba el largo hocico y las grandes orejas.

Eran éstas tan descomunales que parecía imposible que le cupieran sin esfuerzo debajo del mueble. Habeas era el favorito de

Monk.

—Bueno, amigos ¿os interesaría un poco de jaleo? —les preguntó Savage a los dos hombres.

La rapidez con que ambos dieron de lado a sus disensiones particulares les hizo traición. La riña entablada no era, en realidad, sino una diversión habitual a que ambos se entregaban a pesar de que pareciera que con frecuencia deseaban asesinarse mutuamente.

Savage les explicó la escena habida en el hospital y les habló del estado de la desconocida repitiéndoles sin perder una coma todo lo que sabia respecto a ella.

—¡Qué extraño es todo eso! —murmuró Monk cuando el hombre de bronce hubo concluido su relato.

—Es más que eso —manifestó Doc con aire de convencimiento —. Es horrible lo que se ha hecho con esa infeliz mujer sin duda para cerrarle la boca, quizá con intención de matarla.

—¿Qué ha sido? —preguntó Monk. Tenía una voz débil, infantil, ridícula en un ser de su aspecto y volumen.

—Prefiero no decirlo… todavía —respondióle Doc—. Sobre todo porque dudo mucho de saberme explicar de manera suficiente clara para que convengas conmigo en la posibilidad de lo que creo.

—¡Ya! —dijo el químico.

Ham murmuró:

—¿De manera que vamos a mezclarnos en ese asunto?

—Así parece. ¿Habéis reparado por casualidad en que hasta ayer noche rondaron en torno de este edificio gentes de color, sumamente sospechosa?

—¿Eh? —exclamó Monk extrañado.

—Pues, sí, rondaban por aquí —siguió diciendo su jefe—. Sin que se dieran cuenta les estuve observando pero, al parecer no se fijaban expresamente en nosotros. Anoche desaparecieron justamente después de haber caído desmayada la desconocida durante la sesión celebrada en Temple Nova por el misterioso Rama Tura.

Ham se aproximó a la maciza mesa que formaba parte del mobiliario del recibidor, y se apoderó de un bastón inofensivo en apariencia que había dejado sobre el tablero. Al separar la caña del puño demostró lo que era en realidad: un bastón estoque.

—Dijiste hombres de color —observó—. Rama Tura lo es

también si no mienten los diarios...

—Exactamente.

—¡Hum! La cosa empieza a olerme a chamusquina —exclamó Monk.

Por un pelo no dejó de asistir, aquella noche, a la sesión de Temple Nava.

Motivó la cosa su horrible vestimenta que con gran disgusto de Ham se había puesto.

Y no era sólo que el traje —un traje a cuadros— fuera impropio para la ocasión sino además que lo llevaba sucio y usado, quemado en varios puntos por sus experimentos en el laboratorio. Además no se había afeitado.

Por suerte tenían invitaciones que les habían proporcionado personas acaudaladas conocidas de Doc Savage. Monk argumentó y al final le admitieron en el templo.

A Ham no le habían dicho nada. Como de costumbre estaba hecho un figurín. Más de cuatro le envidiaron el traje de etiqueta que vestía.

Consigo llevaba el estoque de negra caña.

El y Monk aguardaron, con la multitud de invitados delante del ascensor y ni a uno ni a otro se les ocurrió mirar en dirección de la puerta de entrada.

De haberlo hecho hubieran divisado a Doc Savage que se mezclaba al grupo de mirones desprovistos de invitación.

No tenía por costumbre unirse a la multitud. Mas, a la sazón lo hacía por razones sólo de él conocidas. Se había puesto un sobretodo claro de color y un sombrero de alas anchas y llevaba lentes.

AL andar se inclinaba hacia adelante. Por suerte no había mucha luz y por ello nadie reparó en su tez bronceada.

Cuando le pareció bien se apartó del grupo y poco después se hallaba junto a la trasera de un hermoso roadster de color oscuro. AL dejarle llevaba en la mano una caja de metal poco mayor que un saco de mano.

Sin dejarla se aproximó a la parte posterior del edificio del templo. Como había supuesto encontró allí una puerta excusada, desierta a la sazón, y la tarea de abrirla valiéndose de una ganzúa, fue cuestión de un instante para él.

Entonces cerró la puerta tras de sí y uno de los montacargas le subió hasta Temple Nava. El mismo manejaba el ascensor.

Este le dejó en un pasillo que a su vez desembocaba en el templo. En la puerta estaba de guardia un flaco, atezado jondoreano.

Por suerte se había colocado de tal manera que no veía el hueco destinado a los montacargas ni tampoco oyó ascender a Doc en uno de ellos debido al continuo ron ron que salía del interior de Temple Nava donde ya era mucha la concurrencia.

Doc avanzó en la oscuridad y no se detuvo hasta no haber llegado junto al vigilante jondoreano. Entonces hizo entrar en acción a los músculos de su pecho y garganta.

Llevaba practicando el arte de la ventriloquia y a la sazón era un adepto.

Asimismo hablaba el idioma de Jondore, lengua muy común en el Oriente.

Por ello el jondoreano se sorprendió en extremo cuando le llamó desde el templo una voz gutural.

—¡Eh, tú, el de la puerta, ven aquí! —decía.

El jondoreano obedeció al requerimiento y se alejó. Doc se aprovechó de su retirada para meterse en el templo.

Cuando regresó el hombre desconcertado, Doc Savage estaba ya en el escenario, situado a un extremo de la casa, del cual Rama Tura no había querido servirse para su presentación.

EL escenario estaba vacío y a oscuras y tenía corridas las cortinas substitutivas del telón. Doc se encaramó hasta él sin abandonar la caja de metal. Al cabo de unos minutos se hallaba agazapado muy arriba y había abierto un agujero en la parte alta de una de las cortinas.

También había atado la caja de metal a un barrote sirviéndose de una gruesa cuerda, la abrió y de ella sacó una pequeña cámara cinematográfica que únicamente se diferenciaba de otras cámaras en la lente de tamaño más que regular.

Doc la suspendió delante del agujero que acababa de abrir y la dejó junto a él. Casi no hizo ruido alguno al ponerla en movimiento.

Los rollos de la película eran muy grandes y ella correría por espacio de una hora, si no más, actuando tan deprisa, además su lente operaba incluso a la luz débil de una bujía.

Después de hecho esto, Doc procedió a abrir un agujero para él.

Rama Tura principiaba en aquel momento el discurso que precedía a su actuación en la sala valiéndose, sino de las mismas palabras, de los mismos giros empleados la noche anterior.

Monk y Ham —Monk era quien se las había compuesto para que así fuera— ocupaban dos asientos adyacentes. Como era de esperar el discurso no produjo en Ham el efecto que en otras personas.

Le pareció la insulsa charla de un vendedor callejero cuando trata de colocar sus baratijas, e involuntariamente crispó los labios.

—Por lo que veo agrada mucho a esos caballeros de las almidonadas pecheras —observó Monk—. Y por ello debiera agradarte.

Por toda respuesta Ham le pisó en el empeine. De ordinario Monk hubiera soportado en silencio la acometida mas, esta vez no tuvo tanta paciencia.

Dejó escapar un alarido tal de dolor que hizo botar de sus asientos a por lo menos media docena de espectadores.

En el acto se acercaron a él con el ceño fruncido dos robustos jondoreanos.

—¡Ay, ay, que me van a echar! —dijo Monk en voz baja.

—Ojalá lo hagan —replicó Ham sin compasión.

Pero, los dos jondoreanos se limitaron a situarse junto a ellos y a permanecer así alerta.

Rama Tura seguía con su monólogo. Las blancas luces de la sala estaban apagadas y en su lugar se habían encendido otras rojas que prestaban mayor misterio a la escena.

Rama Tura se disponía a verificar la transformación prometida cuando se promovió un disturbio en el templo.

Por el opuesto extremo acababan de surgir cuatro naturales de Jondore, llevando turbantes en las cabezas, llevando entre ellos una camilla sobre la cual aparecía un cuerpo tendido y envuelto en un pedazo de paño arrancado al parecer a las cortinas que ornaban la sala.

La camilla era llevada en dirección de la puerta de entrada.

—Mil perdones, señores —dijo la voz sepulcral de Rama Tura—. Se trata de una persona desmayada a la que se lleva al hospital.

Monk asió a Ham por un brazo y le susurró al oído:

—Oye: esa camilla sale del escenario y es muy posible que Doc

haya entrado por ahí...

—No la perdamos de vista —replicó sombríamente Ham.

Mas, aunque ambos alargaban el cuello no vieron apenas nada. Únicamente un brazo desnudo, musculoso, sobresalía por debajo del paño que la cubría.

La piel de aquel brazo tenía un matiz bronceado.

—¡Es Doc! —dijo el impulsivo Monk.

El y Ham se levantaron a la vez de su asiento y corrieron a la puerta de la sala.

Inconscientemente se llevaron las manos al sobaco pues debajo, enfundadas, estaban las pistolas ametralladoras cargadas con los "tiros de gracia" cuyo impacto originaba un rapidísimo estado de inconsciencia, sin abrir por ello más que una levísima herida.

Nadie les dijo nada. Los dos se metieron en el ascensor donde se había colocado ya la camilla y aparte de ellos dos y del artefacto sólo iban en aquel momento en el ascensor los cuatro naturales de Jondore.

Monk sacó la pistola ametralladora y se la mostró a los hombres como quien no quiere la cosa.

—¡Arriba las manos!

Los jondoreanos le dirigieron miradas fulminantes mas, obedecieron al punto.

Ham cerró la puerta del ascensor, movió la palanca de manera que la caja descendiera varios pisos y entonces la detuvo.

—Ahora veremos lo que han hecho con Doc —manifestó resueltamente.

Y al propio tiempo tiró del paño que cubría la camilla.

El hombre que estaba en ella tendido no era Doc Savage sino un jondoreano de rostro delgado y dientes de lobo que empuñaba una pistola en cada mano.

En cuanto fue descubierto apuntó con ambas a Ham y Monk y oprimió los gatillos.

Dos chorros sibilantes de un liquido desconocido, corrosivo y mal oliente, rociaron los rostros de los dos camaradas. Estos retrocedieron dando un salto pero ya era tarde. Aquel líquido mal oliente les había cegado dolorosamente.

Monk trató de disparar su pistola. Sonó en el ascensor la queja de un violón.

Mas, cegado como estaba no podía hacer blanco y por ello sus disparos se perdieron en el vacío.

Entonces cayó desplomado y Ham le imitó poco después.

Uno de los jondoreanos observó en su idioma con acento seco:

—Se nos ha dicho que estos hombres eran zorros; pero a mí me parecen cachorrillos recién nacidos.

Originado sin duda por un movimiento de reflejo se crispó el dedo de Monk y la pistola gimió de nuevo después de lo cual el químico se quedó inmóvil.

CAPÍTULO V

"HOMBRE PRECAVIDO"

EL gemido producido por la pistola de Monk no era pequeño, así ascendió desde el ascensor a las regiones superiores de la escalera y aunque algo ahogado llegó a Temple Nava y por consiguiente a oídos de Savage.

Ya el hombre de bronce había oído las detonaciones precedentes y se hallaba en camino dispuesto a investigar de qué se trataba. Pero, el segundo pistoletazo le movió a apretar el paso.

Subido el cuello de la americana, encajado el sombrero hasta las orejas e inclinándose un poco para no parecer tan alto, Doc rodeó con la velocidad del rayo el círculo formado por los espectadores y se dirigió a la puerta.

No esperaba poder pasar desapercibido y no pasó.

Rama Tura tenía vista de lince. Él vió a Doc. Por primera vez en su vida dio muestras, inequívocas de alarma y dijo unas palabras en su dialecto.

AL instante convergieron hacia Doc varios naturales de Jondore. EL hombre de bronce aceleró la marcha.

Los jondoreanos corrieron para ponérsele delante, Doc se apoderó de una silla, se la arrojó a la cabeza al primero que intentó obstruirle el paso. El hombre cayó.

Gimió una señora. El templo convirtióse al punto en un pandemonium. Con sus puños detuvo el hombre de bronce a dos asaltantes.

Sonó un disparo. Una mujer se arrojó al suelo y trató de avanzar, a rastras, por debajo de las butacas chillando con toda la fuerza de los pulmones.

Guardó silencio cuando se hubo desmayado.

Rama Tura gritaba en inglés:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! Ese individuo ha robado, sin duda, alguna de las joyas que acabo de transformar.

Era, pura y simplemente, una mentira destinada a poner en conmoción a los detectives que había en la sala. En efecto, echaron a correr en pos de Doc y los agentes de Policía sacaron las armas.

Savage se tiró al suelo. La eficacia en materia de tiro de la policía neoyorquina le inspiraba siempre respeto. Además de que ella no sabía, en aquel momento, quien era él.

Delante de sí tenía a los jondoreanos que, al cabo, se habían salido con la suya de cortarle la retirada. Justamente se habían detenido sobre una alfombra oriental de las que ornaban la sala.

Doc tiró de ella hacia sí y aunque no cayeron, por lo menos se bambolearon.

Mientras procuraban recuperar el equilibrio les pasó por delante y salió al pasillo.

Se sabía al dedillo el plano de aquella clase de edificios y con ello sabía cómo se había instalado en ellos la luz eléctrica. Por eso, tras de desatornillar corta —circuitos y tirar de enchufes dejó a oscuras el templo.

También se quedó sin luz la escalera hasta el primer rellano. Doc no se detuvo en él. Siguió bajando. Hizo alto cinco pisos más abajo y allí pulsó vigorosamente el timbre de un ascensor. La caja llegó a poco.

En la calle todo eran idas y venidas. Reinaba en ella una agitación desusada.

La muchedumbre se apiñaba en torno de un agente tendido en el suelo en mitad de un charco de sangre. Doc no tuvo que hacer preguntas.

Los comentarios de la gente le hicieron saber lo que pasaba.

Varios jondoreanos acababan de salir del edificio llevando prisioneros a dos caballeros desmayados —Monk y Ham— Un agente —el mismo que estaba tendido en mitad de la acera— había tratado de detenerlos y le habían descerrajado un tiro en el pecho.

Luego los asaltantes habían escapado en un coche con los dos prisioneros.

Doc corrió al punto donde había dejado el roadster. No había tiempo que perder.

Lo primero que hizo una vez dentro de él fue llamar por radio a Long Tom, uno de sus cinco ayudantes. Long Tom debía estar a aquellas horas en su laboratorio.

—Estoy haciendo el equipaje —confió a Doc—. Me voy a Sud América. Allí me ofrecen la bonita suma de cincuenta mil dólares por un trabajo de instalación.

—¡Ah! En este caso no te importará perder una aventura —insinuó Doc hábilmente.

—¿De qué se trata? —El altavoz acentuaba la natural acrimonia de la voz de Long Tom.

—De Rama Tura. Ese constructor de piedras preciosas trama algo malo.

—¡Claro! Es un engaña bobos. Deja que le saque el dinero a la gente.

—El caso es que sus hombres acaban de raptar a Monk y Ham. Y no sólo esto. Hay de por medio una mujer a la que ha sucedido algo terrible y misterioso. Me llamaba sin cesar, mas, ha desaparecido de pronto.

Long Tom vacilaba.

—La Compañía me ofrece cincuenta mil dólares por mi trabajo —dijo titubeando—. Es una ganga.

—Pues aprovéchala.

—No, no. ¿Dónde estás?

—Ven a buscarme al departamento de Rama Tura —replicó Doc. Y le dio la dirección.

El vestíbulo de color amortiguado del Hotel Vincent en que residía el mago jondoreano estaba desierto y apenas iluminado por una luz pálida cuando Doc Savage pasó en el roadster por delante de él.

Lo estacionó en un punto adecuado desde el cual podía vigilar la entrada del hotel y aguardó a que apareciera Long Tom.

Por delante pasó un chiquillo vendedor de periódicos voceando su mercancía. Doc le compró un ejemplar.

En él no se hacía mención del incidente acaecido durante la sesión de Temple Nava. Esto era de esperar ya que acababa de ocurrir.

Doc le recorrió de una ojeada. Dos gacetillas atrajeron de pronto su atención.

Con la sola excepción de los nombres y domicilio ambas eran idénticas.

En ellas se notificaba el asesinato de dos hombres perpetrado, al parecer, por unos ladrones. En ambos casos se había empleado el arma blanca.

Ambas víctimas poseían un saneado capital; también eran las dos ávidas aficionadas a la fotografía.

Doc se apeó del roadster, entró en una farmacia y allí llamó por teléfono a la agencia de detectives que se encargaba de despachar las invitaciones para las sesiones de Rama Tura. Esta agencia era de las más formales y competentes.

Una vez obtenida la comunicación pidió al encargado nocturno del teléfono que le leyera la lista de invitados a la sesión de la noche anterior.

Como había supuesto, en ella figuraban los nombres de los dos asesinados.

Desde luego no poseía la prueba, mas estaba convencido de que era muy posible que Rama Tura hubiera adoptado sus medidas a fin de que jamás se revelaran las fotografías sacadas durante una representación de las suyas.

Savage volvió al coche. Ya iba siendo hora de que apareciera Long Tom, sin embargo no lo vió por ninguna parte.

Lo mismo que el roadster, su coche iba provisto de un aparato de radio. Doc se puso el casco y buscó la onda del aparato de Long Tom.

No estaba éste muy lejos y tenía abierto el transmisor, mas aunque Doc le llamó repetidas veces no obtuvo respuesta. ¿Qué le habría pasado al mago de la electricidad?

Doc entró en el Hotel Vincent, cruzó el desierto, mal alumbrado vestíbulo y reparó en el encargado que dormía con la cabeza apoyada sobre la mesa.

Doc no le dirigió la palabra, se acercó a él y le sacudió.

Evidentemente le habían narcotizado.

Alguien le había sujetado a juzgar por el ligero desorden de sus ropas y uno de sus brazos presentaba un pinchazo hecho por la aguja hipodérmica.

Valiéndose de una pluma Doc trazó unas palabras ininteligibles sobre la mesa. Eran jeroglíficos pertenecientes a la lengua maya que

únicamente eran capaces de leer poquísimos habitantes del mundo civilizado.

Long Tom era uno de los afortunados, pues había adquirido tal habilidad en el transcurso de un viaje a la América Central.

Así cuando llegara vería los jeroglíficos y sabría por ellos que Doc estaba arriba.

Un rápido examen del libro registro del hotel enteró a Doc de lo que deseaba saber: en qué piso se hallaba el departamento de Rama Tura.

Subió hasta él en un ascensor. Dentro, también narcotizado, descabezaba un sueño el encargado de su funcionamiento, por lo cual tuvo Doc que mover él mismo la palanca.

AL llegar, junto a la puerta del departamento se detuvo y aplicó el oído. No se oía nada. Puso la diestra en el pomo, descubrió que la puerta no estaba cerrada y se coló al otro lado.

La luz eléctrica estaba encendida en la habitación. En la chimenea ardía un fuego que se apagaba por momentos. Sus cenizas le parecieron a Doc poco naturales y se acercó a examinarlas.

Procedían al parecer de documentos que alguien había quemado recientemente.

Millones de fragmentos indescifrables a la sazón aparecían convertidos en pavesas. Nadie hubiera podido descifrarlos dado el estado en que estaban.

Doc penetró en otra habitación y de allí pasó a la siguiente. En las dos encontró el mismo desorden.

Volcados en el suelo vió los cajones de cómodas y armarios y en torno a las puertas de estos últimos diseminadas todas sus perchas. Por doquier se veían idénticas muestras de una partida precipitada.

Dentro de una papelera halló varios periódicos enteros, papel de envolver, bramantes y un lío de ropa. Doc se apoderó de él y le desenvolvió.

Era una bata blanca y llevaba el nombre del hospital de donde desapareciera la misteriosa dama de las uñas pintadas de azul.

En esta bata, sobre un brazo, había una mancha húmeda todavía. Doc se la llevó a la nariz. Exhalaba un olor pronunciado a colonia.

Una botella de esta agua se había roto en el cuarto de baño y sus pedazos permanecían aún en el suelo.

Doc examinó prueba tan convincente según la cual la mujer misteriosa había estado poco antes en el departamento; se dio a continuación una segunda vuelta por el departamento, no descubrió nada más digno de interés y descendió la escalera.

La telefonista del Hotel Vincent ocupaba ella sola una pequeña habitación y evidentemente era poco activa porque leía plácidamente al entrar Doc Savage en la pieza como si no se hubiera enterado todavía de que ocurría algo anormal.

Tras de sostener con ella una ligera discusión Doc consiguió que le permitiese leer sus apuntes. Toda llamada telefónica dirigida al hotel la cargaba en cuenta al huésped correspondiente y por ello se anotaban diariamente el número de llamadas y el precio de cada una.

Esta lista era la que Doc deseaba ver.

Ahora bien: aquella misma noche se había dirigido una llamada telefónica desde el departamento de Rama Tura. Esta llamada databa de una hora antes.

Doc estudió el número, y de su garganta se escapó la ligera nota que le era peculiar. Mientras la telefonista miraba en torno sorprendida, llamó a aquel mismo número.

Le contestaron desde la oficina de una Compañía aérea de navegación. El encargado era, casualmente un joven despierto que instintivamente recordaba la llamada a que aludía Savage.

Habíala dirigido una voz con pronunciado acento extranjero para interrogarle al encargado si él sabía si a medianoche llegaría o no el aeroplano de San Francisco y si en él viajaba un tal Kadir Lingh.

—Desde luego nosotros no podemos dar tales informes —dijo para concluir el encargado.

Doc se dio a conocer y rogó que se le permitiera hablar con uno de los socios de la Compañía que le reconoció al instante por la voz.

—¿Quiere contarme lo que sepa de ese Kadir Lingh? —le pidió una vez obtenida la comunicación deseada.

—Efectivamente viene a bordo del aeroplano de San Francisco —le dijeron—, y no sólo esto; el gobierno americano ha dado orden de que se le trate con toda deferencia pues, al parecer, es Señor de un estado oriental.

—Sí, es Nizam de Jondore —replicó Savage—, provincia situada

bajo el protectorado de Inglaterra. Su población es algo menor que la de los Estados Unidos. Por ello de sucederle algo a Jondore le sucedería igualmente a todo el lejano Este.

—¿Qué le induce s afirmarlo? —interrogó curiosamente su conocido.

Savage no respondió. Colgó el auricular.

En vista de que nadie tenía noticia del éxodo de Rama Tura y de su séquito, salió del hotel. Además del aparato de radio su roadster iba equipado de otros accesorios Indispensables para poder localizar el coche cuyo transmisor estuviese abierto; en este caso se trataba del de Long Tom.

En pocos segundos, Doc pudo encontrar la onda que buscaba, luego marchó en esa dirección. La tarea no era fácil ya que la presencia de los grandes edificios falseaban, en ocasiones, las indicaciones señaladas en sus aparatos.

No obstante, prosiguiendo su búsqueda llegó a feliz término.

El coche de Long Tom se hallaba estacionado en una oscura calle lateral, situada de través en el arroyo. Tenía una rueda aplastada y el radiador hundido bajo el peso de un poste de telégrafo. De él salía agua todavía.

Unos cuantos espectadores le contemplaban soñolientos cuando llegó Doc junto a él. En respuesta a sus preguntas declararon que ignoraban cómo se había producido la catástrofe o lo que había sido de su ocupante.

Habían descubierto el coche en tan lastimoso estado y nada más.

Doc describió una vuelta en torno. Su identidad comenzaba a ser reconocida y varias personas cuchichearon entre sí, sumamente excitadas, o le señalaron con el dedo.

Pero él no les prestó atención. Su carácter tímido en el fondo motivaba el embarazo que sentía, en ocasiones, cuando reparaba en que llamaba la atención y por ello procuraba siempre pasar desapercibido.

AL no hallar nada en el interior y exterior del coche retrocedió unos pasos y describió otra vuelta, llevó a cabo un nuevo examen sin separarse mucho del punto donde había quedado. La gente le seguía, murmurando, llena de expectación.

A unos cincuenta pasos de distancia, Doc halló una mancha sobre el pavimento que al ser expuesta a los rayos de su lámpara le

pareció de un tinte rojizo.

¿Se originaría aquella sangre de una herida? Fuera lo que fuese había sido limpiada con cuidado, pero aun estaba húmedo el sitio donde había caído.

Doc no hubiera podido decir si procedía o no del cuerpo de Long Tom. De lo que sí estaba cierto era de que algo le había ocurrido al mago de la electricidad.

Se aproximó al roadster y consultó la hora en el cronómetro. Eran las doce y diez de la noche. Ahora bien; él se daba cuenta de la habilidad que poseía para manejar el volante; pero, por más que se esforzara no conseguiría llegar a tiempo al aeródromo para recibir allí al aeroplano procedente de San Francisco, el mismo por el cual se había interesado Rama Tura, el que llevaba a bordo a Kadir Lingh, señor de Jondore.

Claro es que siempre hay que contar con la casualidad. Tal vez el aeroplano llegara con retraso.

CAPÍTULO VI

HOMICIDIOS AD LIBITUM

POSIBLEMENTE a causa de la excesiva carestía de las tierras que circundan la ciudad de Nueva York, o tal vez porque la aviación en su infancia no poseía el tesoro de Midas de que echar mano, los lugares más baratos habíanse escogido para desempeñar las veces de aeropuertos.

Y por terreno barato aludimos a aquél que se halla lejos de lugar habitado, frecuentemente al margen de una marisma.

El que utilizaba la Compañía transcontinental por que se interesaba Doc Savage, era así y estaba rodeado de zarzales.

Distaría Doc Savage del aeropuerto en cuestión cosa de una media milla cuando oyó el tiroteo. Ante todo distinguió cuatro detonaciones débiles que le parecieron disparadas por un revólver.

Luego se dejó oír algo parecido a la detonación de una escopeta. A continuación sonó un grito varonil. Todos estos ruidos eran suficientemente grandes para sobresalir por encima del zumbido del motor de un aeroplano.

Doc apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el acelerador y el pesado roadster comenzó a ganar terreno de manera sorprendente y maravillosa.

Doc vigilaba. Esperaba tener que afrontar uno o dos coches llenos de enemigos pero, nada de eso sucedió y al cabo desembocó en el aeropuerto.

En él imperaba una gran agitación. Los hombres corrían por su recinto procedentes de distintas direcciones e iban a convergir a los hangares.

Todas las luces estaban encendidas. Por lo menos dos cuerpos yacían dentro del radio que alcanzaban sus rayos. Doc se adelantó a

la carrera.

—¡Una maldita banda de gangsters ha asaltado el aeroplano! —oyó decir a su alrededor—. Parece ser que iban tras de uno de sus pasajeros.

—¿Y lo han cogido? —interrogó Savage.

—Oh, no —le informaron—. El pasajero llevaba una escolta de hombres armados.

—¡Menudo tiroteo han armado!

—¿Ha muerto alguien?

—Sí, el segundo piloto ¡pobrecillo! quiso echárselas de héroe. El segundo fiambre es uno de los gangsters. Le han atravesado de un tiro en el segundo piso.

Doc hizo un gesto de aquiescencia y tornó a preguntar:

—¿Hay heridos?

—El individuo a quien están interrogando en este instante.

—¿Quién es?

—Otro salteador. Uno de los guardas de corps del pasajero le cogió por su cuenta y tiene una cuchillada que le atraviesa los dos ojos. ¡Está aviado!

—¡Diantres! Se los habrá saltado...

—Así parece.

—¿Dónde se hallan ahora el pasajero y su escolta?

—Pues, cogieron un coche y salieron tras el resto de la banda. Para hacerlo así tuvieron que quitárselo a un pobre chófer.

El informante de Doc estaba dispuesto a darle toda clase de pormenores rápida y concisamente, como ya se habrá notado.

—¿Hace mucho que partieron?

—Tanto que dudo que pueda alcanzarles. Hará cosa de cinco minutos. Los caminos de Long Island van a todas partes, sin embargo.

Doc Savage reflexionó breve rato.

—No diga a nadie que he estado aquí —recomendó al hombre —, pero haga el favor de proporcionarme una entrevista particular con el encargado de este aeródromo.

—O. K.

El miembro de la banda que había sido abandonado se había quedado ciego a causa de la cuchillada que le habían dirigido a los ojos.

La hoja del cuchillo le había rebanado ambas pupilas lo mismo que si hubiera sido el corazón de una manzana y a la sazón gemía y se retorcía de dolor. Desde luego podía afirmarse que no volvería a ver la luz del día.

Cerca de él estaba el encargado del aeropuerto dirigiéndole miradas, de compasión.

El caso no era para menos, sin embargo, nadie le hubiera compadecido tanto de saber que era el mismo que había perseguido a la raní la noche anterior y por consiguiente el mismo también que había dado muestras de tanta insensibilidad al asesinar al pobre chófer solamente porque sabía que la raní iba en busca de Doc Savage.

Siempre había dado muerte a otros a sangre fría y así probablemente había recibido un castigo menor del que se merecía en realidad.

Los empleados del aeropuerto trataban de interrogarle pero el hombre gemía y se lamentaba. Los empleados, naturalmente, eran poco entendidos en materia de heridas y no sabían que todavía no padecía mucho.

Lo que estaba tratando era de evadir el interrogatorio.

Había éste empezado cuando una voz aguardentosa dijo desde la puerta del hangar:

—¡El primero que se mueva no volverá a hacerlo otra vez!

Todos iniciaron una media vuelta. Lo que vieron no movía a risa ni inspiraba el deseo de actuar con demasiada precipitación.

Pues en la puerta había un hombre desconocido envuelto en una gabardina negra. El casco del aviador le cubría la cabeza y llevaba antifaz.

—¡Arriba las manos he dicho! —dijo entre dientes—. Apoyad las espaldas en la pared y luego dad media vuelta.

Así lo hicieron los empleados y él los registró. Las armas que halló sobre ellos fueron lanzadas al suelo de asfalto tras de haber sido descargadas.

Luego se aproximó al ciego y le asió por un brazo.

—¡He venido a sacarte del compromiso, pimpollo! —le dijo—. ¡Ahuequemos el ala!

Partieron rápidamente, el enmascarado guiaba al ciego.

—Permaneced cinco minutos arrimados a la pared y sed buenos

—dijo el enmascarado a los que se quedaban en el hangar.

Un piloto que se arriesgó a desobedecer y sacó la cabeza al exterior motivó el disparo de un arma de fuego. De la pared, por encima de su cabeza, cayó un enorme trozo de estuco.

Después de esto nadie se atrevió a moverse y desde sus puestos respectivos todos oyeron la partida de un coche que se perdió zumbando en las tinieblas.

El enmascarado guiaba furiosamente, alcanzó la carretera, torció luego a la izquierda, dobló un recodo, el primero de mano derecha, y se mantuvo a razón de setenta millas por hora.

Más tarde se metió por un sendero tortuoso que cruzaba la isla y aflojó la marcha ya que nada es más sospechoso que un coche que corre a una velocidad desusada.

El dolor hacía guardar silencio a su acompañante, pero ahora dijo:

—¡Gracias, compañero! ¿Quién eres?

El enmascarado no respondió.

—Acabas de hacerme un favor —gruñó el ciego—. ¿Tienes conmigo algún resentimiento?

—Ninguno —replicó el enmascarado—. ¿Qué tal los ojos? ¿Te duelen mucho?

—Bah, no mucho. Si quisieras examinarlos…

El enmascarado detuvo el coche, le quitó la venda provisional y le dirigió una ojeada a las heridas pupilas. No había salvación para ellas.

—¿Qué te parecen? —quiso saber el ciego tragando saliva.

—Te diré: podrían estar peor —repuso evasivamente el desconocido.

—Eso creo. De aquí a una semana confío, en poder estar bueno y en mirar a las damas. —El ciego se dejó caer sobre los almohadones del coche con un suspiro de alivio—. Oye: ¿de dónde sales? ¿Cómo es que no conozco tu voz?

—Porque soy nuevo —replicó el enmascarado—. Intervengo ahora en la vida de los negocios.

—¿Vale la pena de que lo hagas?

—Tú lo has dicho.

—¿Son provechosos?

—Ya lo creo. Y de gran envergadura.

—En ese caso se ve que les conoces más a fondo que yo —declaró el ciego—. Todavía ignoro de qué se trata.

—De algo grande —repuso secamente el enmascarado.

EL coche marchaba a la sazón, traqueteando y dando tumbos, por una parte del camino que necesitaba de reparación.

Sus faros saltaban a intervalos delante de él. Pero corría suavemente a pesar de ello. Sus muelles estaban bien engrasados.

—¿Figuras en la nómina o tienes parte en el negocio? —interrogó al ciego el enmascarado, al cabo de un rato.

—En la nómina, ¿y tú?

—También. ¿Quién ha alquilado tus servicios?

—Un caballero llamado Kadir Lingh —gruñó el ciego.

—Hombre, pues tiene gracia —exclamó el otro—. Kadir Lingh es el pájaro que llegaba esta noche en aeroplano de San Francisco, el mismo a quien tenías orden de atrapar.

EL otro se cogía la cabeza con ambas manos y lanzó un gemido.

—Sí, es gracioso —dijo—. Nos habían dado sus señas y después de apoderarnos de su persona debíamos llevarle a casa del caballero que nos tiene alquilados. Pero la cosa no ha salido bien.

El coche ascendía por una loma escarpada a la sazón.

—Descríbeme a ese caballero —le rogó el enmascarado.

El ciego había sido observador y sin duda iba a echar de menos el perdido uso de la vista Claro es también que la persona que describió al enmascarado no era vulgar y corriente ya que correspondía exactamente a Rama Tura, el hacedor de piedras preciosas.

El enmascarado se echó a reír cuando hubo terminado la descripción.

—Ese es Rama Tura —dijo al ciego,— el sujeto que convierte los guijarros o piedras falsas en diamantes y otras piedras preciosas.

—¿Y él te ha alquilado?

—Hará cosa de una hora que me he separado de él.

—Pues no lo entiendo —murmuró el ciego—. A mí me ha dicho que se llamaba Kadir Lingh y que era un potentado: el señor de una provincia que se halla en la India o sus alrededores.

—Rama Tura es muy vivo. Sin duda te ha dicho que es Kadir Lingh para que la policía busque a otro en el caso de atraparte y obligarte a cantar.

—¡Es que no cantaré!

—¡Claro, claro! Sin embargo se ve que ese ilusionista no quiere dejar suelto ningún cabo.

—Me agradaría saber qué es lo que proyecta.

—Ah, pero ¿no lo sabes?

—¡No, caramba! Se me ha dicho que se trata de un buen negocio, de un gran negocio que vamos a ganar varios millones de dólares y que antes de acabarle se incluirá en él al Asia entera, No sé más. Si realmente es Rama Tura quien ha contratado mis servicios… no me ha dicho más.

—¿Cómo ha llegado a ponerse en relación contigo?

—De la manera más sencilla del mundo. Has de saber que formo parte de una banda que se dedica a prestar pequeños servicios. Es muy conocida, por consiguiente todo aquel que desea un favor acude a nosotros. El amo; me refiero a Rama Tura, se ha traído consigo varios jondoreanos, pero necesitaba también varios americanos y por ello vino a buscarnos.

—¿De manera que esto es todo lo que sabes? —interrogó el enmascarado.

Su voz sonó de una manera singular. Había cambiado notablemente. Ya no era la misma de poco antes. El ciego se dio cuenta de esto.

—Oye: ¿quién eres? —exclamó—. ¿Cómo te llamas?

—Doc Savage —replicó el enmascarado.

CAPÍTULO VII

SOSPECHAS

ESTABA muy disgustado porque no obstante haber adoptado el papel de salvador del bandido ciego, sabía poquísimo de lo que le interesaba averiguar.

Por ello se encaminó a la ciudad y una vez en ella se dirigió directamente a una casa cuyo negocio consistía en proporcionar ambulancias para el transporte de enfermos o heridos fuera de la ciudad.

Allí, en manos de personal competente, dejó al ciego dando órdenes de que se llamase a un doctor y determinadas instrucciones. A continuación pidió comunicación con un punto distante.

Como resultado se trasladaría al ciego a la parte septentrional del estado, donde una segunda ambulancia saldría al encuentro de la primera.

Nada más de él sabrían los compañeros del paciente una vez que se hubiera trasladado de una a otra.

Entraría en una institución que Doc había fundado en las montañas, en un centro benéfico donde se operaría el cerebro del hombre de manera tan delicada, que se borraría de él todo recuerdo del pasado.

Al entrar en su despacho del rascacielos se aproximó Doc a un aparato ingenioso, registrador de toda llamada telefónica que se hacía durante su ausencia, y descubrió dos mensajes desagradables por demás.

El aparato funcionaba mecánicamente y consistía en una placa de gramófono, ya grabado, que decía así:

"Este es un aparato instalado en el despacho de Doc Savage. Él registrará todo recado que tenga la bondad de confiarle".

Tras de lo cual otra placa registraba el mensaje librado por teléfono.

Los dos registrados a la sazón eran igualmente importantes.

El primero procedía del hospital adonde había ido a ver a la dama desaparecida más tarde y por él supo que tres hombres —el interno y los dos doctores— que habían asistido a la mujer desconocida, habían muerto de una puñalada en el corazón.

Al ser descubiertos todavía sobresalía la empuñadura de la navaja de sus pechos respectivos.

Al oír aquello el hombre de bronce dejó escapar la nota emotiva, palpitante, que le era peculiar, mas el sonido que emitió en esta ocasión, era tan frío, tan impersonal, como el viento que sopla allá en las regiones polares entre las agujas de un campo de hielo.

Le desagradaba sobremanera lo que acababa de oír.

Primero los dos fotógrafos de afición, ahora el interno y los dos operadores del hospital.

Por lo visto Rama Tura quitaba de en medio a todo aquel que sabía algo de él.

El segundo mensaje le fue librado por la voz del propio Rama Tura.

"Long Tom, Monk y Ham van a decirle algo —le comunicó por medio del aparato parlante—. Según ellos, usted no accederá nunca a concederme lo que deseo pedirle... pero aguarde. Ante todo quiero demostrarle que los tengo en mi poder."

Y la voz de Ham quiso advertirle a continuación...

—Doc, están planeando... —tras de lo cual se le apagó súbitamente la voz como si le hubieran puesto una mano en la boca.

La sucedió el acento áspero de Long Tom. Este no pronunció palabra. Se limitó a gruñir airado cerca del teléfono. Tal vez le estuvieran pegando.

El simiesco Monk fue quien mejor se aprovechó de la oportunidad que se le ofrecía. Se expresó en lengua maya y dijo a su jefe:

—Ve a ver a un tal Kadir Lingh... antes de que le obligaran a callar por fuerza.

—No creo que hayan podido decirle nada de particular —siguió diciendo a continuación la voz inexpresiva de Rama Tura—. Y desde luego me parecía necesario que usted se diera cuenta de que

les tengo a mi lado.

"De aquí a unas doce horas recibirá usted una caja. Ella le recordará que debe cuidarse de sus propios asuntos ya que contendrá la cabeza de uno de sus tres camaradas.

El semblante del hombre de bronce no demostró emoción alguna visible mientras guardaba las placas impresionadas y tornaba a preparar el aparato para la próxima vez.

Esto no quería decir, sin embargo, que no estuviera disgustado.

Todos sus movimientos denotaban una prisa siniestra cuando pasó a la habitación contigua donde tenía instalada la biblioteca y de ésta al laboratorio que la seguía.

De uno de sus armarios extrajo una chupa de malla de acero, sumamente fina y provista de muchos bolsillos pequeños y colocados de manera que una vez puesta la chupa pasaban desapercibidos.

Servían de recipiente a objetos innumerables cuyo uso era conocido únicamente de Doc Savage.

Esta vez salió del departamento bajando en el ascensor exprés hasta la planta baja y penetrando allí en un pasillo que por espacio de varios metros corría en dirección de una puerta de bronce.

De ella se pasaba a un túnel subterráneo del Broadway. A pie y apartándose cada vez que pasaba un tren por la vía, se dirigió a la estación más próxima del ferrocarril y allí tomó un taxi.

Todo estaba en calma en las inmediaciones de Temple Nava cuando se paró delante del edificio que le alojada.

De la entrada habían desaparecido los agentes de policía. Únicamente unos cuantos curiosos paseaban, hablando, por el vestíbulo. Tampoco vió en parte alguna a los naturales de Jondore.

Subió al templo exactamente de la misma manera que la noche anterior. Es decir, valiéndose, del montacargas instalado en la parte trasera de la casa.

El templo presentaba un aspecto desastroso, pues por lo visto Rama Tura había vuelto a dar una nueva representación tras de los episodios pasados.

Todavía había sillas volcadas o diseminadas por la sala.

Doc se dirigió al escenario sin distraerse un instante y se encaramó hasta el punto donde dejara instalada la cámara fotográfica. La máquina continuaba en el mismo sitio oscuro, de

cara a la sala.

Doc la examinó sirviéndose para ello de una lámpara de bolsillo que despedía un chorro de luz blanca muy intensa, cuyo grosor no excedía del de un lápiz corriente. Lo que descubrió no pareció satisfacerle mucho.

Descendió de lo alto de las bambalinas y examinó el suelo así como la espesa capa de polvo, microscópica en varios puntos, que le cubría.

Alguien habíase encaramado hasta la cámara fotográfica, alguien, que, desde luego, no era él.

Usando de infinitas precauciones y sin abrirla, sin tocarla tampoco, envolvió la máquina en un trozo de tapiz que arrancó de la pared y se la llevó consigo.

Veinte minutos después la exponía a los rayos X en su laboratorio.

El carrete estaba vacío. Rama Tura o alguno de sus hombres lo habrían substraído con objeto, sin duda, de que no le valiera a Doc su estratagema.

Los cierres y asa de la máquina estaban impregnados de una espesa capa oleosa que podía haber rezumado de su interior, pero... que no había rezumado en realidad.

Doc la analizó. Era un tóxico muy potente. Un líquido corrosivo debía abrirle paso al tóxico quemando la piel de la persona que se pusiera con él en contacto y el veneno se filtraba después en su sangre.

Por ello quien se atreviera a tocarle moriría indefectiblemente.

Doc invirtió la cámara. Buscaba las huellas de unos dedos. Mas, como ya había supuesto no halló ninguna.

Volvió al recibidor y allí se sirvió del teléfono para llamar a la Jefatura de Policía. Deseaba averiguar si se habían hallado los huellas dejadas por Kadir Lingh, Señor de Jondore, después de su desaparición del aeropuerto.

Le respondieron que en el barrio de Brooklyn acababa de ser hallado el taxi que él había tomado en unión de su guardia de corps sólo que vacío.

Es decir, no vacío del todo: sentado en el asiento posterior estaba un jondoreano que padecía los efectos inevitables de un balazo que le había atravesado el cráneo.

—El tal Rama Tura —dijo a Doc, el jefe de Policía para acabar— ha desaparecido. Nuestro intento era interrogarle respecto al alboroto promovido anoche en Temple Nava así como respecto a los dos ladrones muertos en su departamento, pero se nos ha escurrido de entre las manos. No está en sus habitaciones del hotel y nadie sabe dónde se encuentra a la sazón.

Doc le dio cortésmente las gracias por sus informes y colgó el receptor.

El ingenioso aparato de su invención no había vuelto a registrar ninguna llamada durante su ausencia obligada y su permanencia en Temple Nava, y de ello dedujo que ni Long Tom, ni Monk, ni Ham, habían logrado escapar todavía.

En consecuencia siguió llamando por teléfono a varias casas y en todas tuvo que oír los enfurruñados comentarios de las personas a quienes despertaba a tan avanzada hora de la noche, sin embargo, a la sola mención de su nombre y apellido ponían punto en boca, cesaban en sus lamentaciones o exabruptos. Habeas Corpus, el favorito de Monk, se encontraba a su lado en el despacho.

Mientras él telefoneaba había salido de la biblioteca y luego se colocó a su lado mirándole atentamente y gruñendo de vez en cuando de un modo vago.

Así demostraba el disgusto y cuidado en que le ponía la prolongada ausencia del químico. Doc interrumpió su tarea para obsequiarle con una manzana de la que hizo caso omiso.

AL cabo le proporcionó los informes que deseaba el empleado del "Better Business Bureau", agencia de información dedicada a la investigación general de las empresas un tanto dudosas y a procurar los datos relativos al funcionamiento de las mismas de ser ello posible.

Por ello, pues, no se le había escapado la actuación de Rama Tura durante sus fantásticas sesiones demostrativas de su poder mágico.

—Desde luego es dudoso e increíble —le dijeron desde ella a Doc Savage—, que ese jondoreano cree gemas por arte de encantamiento, pero la verdad es que no cabe duda acerca de su valor. Esas piedras preciosas son legítimas y se han pagado por ellas sumas fabulosas. Una tercera parte de la ganancia dejada por su venta ha sido destinada a obras de beneficencia dentro del país y los

otros dos tercios a centros benéficos de Jondore.

—Esto es, justamente, lo que más me interesa —confesó Doc con presteza—. Cómo se invierten las sumas destinadas al extranjero.

—Pues componen un fondo que será administrado por varias personas muy conocidas de Jondore —le explicaron.

—¿Se ha enviado ya a Jondore dicha cantidad?

—No. Lo hemos impedido.

—¿Ustedes? ¿Por qué razón?

—Verá: sugerimos a las autoridades que se retuviera el dinero unas cuantas semanas en los Estados Unidos para asegurarnos de que Rama Tura tiene legítimo derecho a disponer de esas gemas.

—¡Hola! ¿Creen acaso que puedan ser gemas robadas?

—Precisamente.

—Yo no lo creo robado. Aunque es posible que se hayan vuelto a tallar las piedras preciosas del tamaño que él ha exhibido, son muy características y por ello, de haber sido robadas, alguien las hubiera reconocido.

—Cierto, más ¿cuál es su procedencia? Porque supongo que no creerá usted que las crea él como afirma.

Doc respondió a esta pregunta con otra.

—¿Dónde se encuentran a la sazón esos dos tercios que se destinan a Jondore?

—En el Oriental National Bank y en dinero contante y sonante —le replicaron.

—¿En moneda, ha dicho usted?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Ah, pues lo ignoro. Únicamente sé, porque lo he visto que se halla depositado en varias cajas de caudales.

—¡Qué complicado me parece todo esto! —observó secamente Doc.

—También a mí.

Y aquí concluyó la conversación.

Doc Savage se las arregló de manera que al cabo obtuvo que se colocara en el Banco Oriental y en torno de las cajas que guardaban el dinero, un grupo compacto de agentes de policía.

Para tal concesión fue eficaz el cargo que ejercía de miembro honorario del Cuerpo.

Mientras charlaba todavía del asunto mencionado, llamó el timbre de la primera línea de teléfonos instalado en el despacho donde tenía varios. Tomó el receptor.

—Creo —le dijo una voz con marcado acento extranjero aun cuando se expresaba en correcto inglés—, que debe darse prisa si desea salvarme la vida.

Doc inquirió:

—¿Con quién hablo?

—Kadir Lingh, el Nizam de Jondore —replicó la voz—. En este momento estoy conteniendo a mis asaltantes, pero no creo que podré resistirles mucho tiempo.

Clara y distintamente corrieron por la línea telefónica y llegaron a oídos de Doc las detonaciones de varias armas de fuego seguidas de otras muchas próximas al aparato.

—¿Dónde se encuentra usted? Preguntó al Nizam.

—Pues no lo sé muy bien. Tenía prisa por llegar hasta aquí, que la verdad, no me he fijado.

—Mire por la ventana si es que hay una en la habitación donde se halla —le aconsejó Doc—. ¿Qué ve usted?

—Estoy en una casilla de botes —replicó la voz tranquilamente, después de haber sonado otras dos detonaciones—. Desde la ventana no veo más que bosques, el coche que acabo de abandonar y de vez en cuando el fogonazo de un arma de fuego.

Doc le propuso:

—Mire al agua y dígame lo que ve en ella.

Sonó otro disparo.

—Una luz verde —replicó Kadir Lingh—, que se enciende con un intervalo de diez segundos. Detrás de ella veo una segunda luz blanca que parpadea con un intervalo de un segundo. Si tuviera usted a mano un mapa, sabríamos…

—Voy con usted al instante —le dijo Doc interrumpiéndole.

Creía en la teoría de que las diversas habilidades desarrolladas por el ser humano, pueden alcanzarse mediante una larga práctica y la concentración del pensamiento.

Por esta razón destinaba dos horas diarias a la práctica de varios ejercicios a propósito. Dichos ejercicios mantenían su cuerpo en actividad y le desarrollaban de manera extraordinaria los sentidos de la vista, del oído, del olfato, del tacto, etcétera.

Y también la memoria, aunque tal vez la parte más importante de ellos se remontara a sus primeros años.

Ya desde la cuna habíasele enseñado a no olvidar cosa alguna digna de interés poniendo en la tarea el empeño que otros hubieran dedicado a evitar que el niño se chupara el dedo, por ejemplo.

Así, desde el instante en que abrió sus ojos a la luz se le había venido preparando para la carrera especial que seguía a la sazón.

Esto explica cómo, sin consultar una carta de mar, sabía que parpadeaban dos luces, una blanca y otra verde, lejos de High Point en el estuario de Long Island.

Ahora bien: High Point se ve poco favorecido por las visitas de los neoyorquinos.

¿Sabéis por qué? Pues a causa de la mal oliente marisma que se extiende al oeste de tierra firme. Ella es la que les repele cuando sopla el viento en determinada dirección.

Para llegar a High Point tuvo Doc que recorrer un camino poco frecuentado y por lo mismo en pésimas condiciones.

El roadster saltaba, daba tumbos, traqueteaba, a pesar de llevarle él tan bien como de usual. AL propio tiempo patinaba en el suelo de asfalto que habíase tornado escurridizo por el rocío nocturno.

Doc mantuvo captada la misma longitud de onda de que se servía comúnmente la policía, con objeto de sorprender toda noticia digna de atención.

Poco a poco iban llegando a sus oídos nuevas de algún robo, lucha, o la pérdida de alguna criatura a la que siguió una larga lista de coches robados, pero no prestó particular atención a ninguna de ellas, no tomó nota y sin embargo, horas después las recordaba todavía.

Estaba dispuesto a rememorar la que pudiera servirle de utilidad.

Justamente en el momento de llegar a High Point se dio cuenta de que no eran tan inútiles como le habían parecido en un principio.

Lo pensó así al divisar un coche estacionado en el camino. Era un roadster que había patinado sin duda después de un viraje demasiado rápido, y se había metido en la cuneta. Tenía rotas las dos ruedas delanteras y el radiador había ido a parar detrás del

coche. Doc miró el número de la matrícula.

Era uno de los robados durante la noche, conforme a las últimas noticias oídas por radio.

El motor estaba caliente todavía. Vió el agujero hecho por una bala en la parte trasera de la carrocería y dos más en los cristales de las portezuelas.

Entonces se apeó del roadster, y echó a andar. Avanzó sin hacer el menor ruido, deslizándose por entre la espesura.

De allí a poco descubrió el cuerpo tendido de un hombre. Estaba muerto.

Era un individuo de raza negra; algo más lejos yacía en el suelo un turbante voluminoso como si se le hubiera desprendido de la cabeza en el momento de desplomarse y hubiera rodado unos pasos más allá.

Le habían disparado un tiro por la espalda.

Le sacó de su abstracción el estampido de una escopeta.

Rápido como el pensamiento emprendió carrera. Por doquier abundaban las gotas de rocío y ellas cayeron sobre él mientras apartaba las ramas de los arbustos con objeto de abrirse paso. Al cabo oyó otro disparo más cerca esta vez.

Describió un amplio círculo y se acercó al lugar de la lucha, mas no desde el camino sino por el contrario, desde la playa. Era ésta una dirección acertada, ya que no era probable que se aguardara la llegada por ella de un importuno.

Mientras avanzaba resueltamente tornaron a dispararse varios tiros en rápida sucesión. Los fogonazos se produjeron a menos de cincuenta pies de distancia del hombre de bronce.

Doc aguardó. El tirador, fuera quien quisiere, disparaba sobre lo que a él le pareció ser a la luz de la luna, una casilla de botes.

Y momentos después surgió de ella en respuesta otro disparo. Doc aguardó un instante. Ya no sonaron más tiros. Entonces reanudó el avance.

Se movía en silencio, hasta que tropezó con algo inesperado. A su izquierda fue sacudida con vigor la rama de un árbol.

Doc comprendió al momento que el tirador era astuto Era él quien había atado la cuerda de un árbol a otro del camino para evitar que le cogieran de sorpresa por detrás.

Se alzó del suelo a pocos pasos de Doc. La luna le iluminaba de

lleno. Era un sujeto alto y delgado provisto de un rifle. Sin que se le hubiera echado al hombro previamente, salió de él humo y fuego.

Doc se tiró al suelo con objeto de dejarle paso franco al proyectil y mientras la detonación despertaba los ecos del bosque, llegó, rodando sobre sí mismo, junto a la cuerda, la rompió de un tirón y sin soltar el cabo que había asido, se colocó rápidamente a la izquierda del camino.

El silencio más profundo sucedió a su acción. En la casilla sonó nuevo disparo. Luego volvió a imperar el silencio. Las olas venían a chocar con estrépito en la playa cercana.

Doc tiró de la cuerda. Ella agitó la rama del árbol. El tirador, excitado, le largó tres proyectiles.

Doc volvió a tirar de la cuerda y como la rama hiciera mucho ruido, el tirador disparó otra vez tras de lo cual se le oyó abrir la recámara del rifle.

Cargaba el arma.

Doc encendió su lámpara de bolsillo y al propio tiempo se lanzó al ataque sin pérdida de tiempo.

La luz le descubrió a un individuo magro, de color, que era, lo recordaba muy bien, uno de los ayudantes de Rama Tura a quien había visto en funciones durante la pasada sesión en Temple Nava.

La luz le deslumbró, lanzó una ahogada exclamación, giró presuroso sobre los talones y trató de correr disparando el rifle al propio tiempo.

Dadas las circunstancias era lo mejor que podía hacer.

Y sin duda le hubiera el éxito acompañado de no haberse disparado un tiro en aquel momento desde la casilla de botes.

El hombre dio un salto de liebre, hirió el suelo con la cabeza y tras de dar una voltereta —habilidad que le hubiera envidiado un acróbata— corrió hasta una docena de pasos, luego quedó tendido sobre la hierba y no se movió más.

Doc le hizo un examen de los más breves. El jondoreano estaba muerto. Lo habían matado desde la casilla de botes.

Levantaron la barra que atrancaba la puerta y por ella salió al exterior un hombre bajito.

—¡Cuidado! —le advirtió Doc.

—No hay peligro —replicó el hombrecillo—. Me han atacado sólo tres hombres y ya había despachado a dos.

Se acercó al hombre de bronce.

—Aunque quizá no lo parezca —agregó—, soy Kadir Lingh, Nizam de Jondore.

CAPÍTULO VIII

LA EXPLICACION DEL NIZAM

—NIZAM quiere decir soberano en su idioma, ¿no? —le preguntó aquél.

El hombrecillo le mostró los blancos dientes.

—Aproximadamente —replicó sonriendo—. Es más que un rey constitucional, pero no creo que esto deba entretenernos ahora.

Doc le enfocó con la luz de su lámpara.

Iba vestido a la europea, mas así y todo, el traje que vestía debía haberle costado muchos dólares. Ni siquiera Ham el elegante, compuesto abogado, había vestido tan lujosamente en su vida.

Se había escondido el turbante debajo de la americana. A la sazón lo sacó y se lo puso. Sobre la frente lucía una soberbia esmeralda tan valiosa como por lo menos un diamante del mismo tamaño.

—¿A qué casualidad debe el hallarse aquí? —interrogóle Doc con seco acento.

—A la raní. Esta es la viuda de mi difunto hermano, Hijo del Tigre, último Nizam de Jondore. Recibí un cable de ella hace días cuyo contenido me trajo a escape a América.

"Nueva York me ha dispensado esta noche una acogida violenta durante la cual han sido asesinados todos mis guardias de corps. Me ha costado trabajo escapar, pero al cabo he logrado refugiarme ahí dentro, en la casilla, tras de haber destrozado el coche de que me había apoderado. Por suerte la casilla está provista de un aparato telefónico y he podido pedirle socorro. Ya había oído hablar de usted.

—¿En dónde?

—En Jondore. Su fama se extiende a las cinco partes del mundo.

El Nizam estaba bien educado evidentemente y hablaba un inglés fluido, natural que no se parecía en nada al literario de manual, común a los extranjeros bien nacidos.

Doc le preguntó:

—¿Dónde están los hombres que le han perseguido?

—Sus cuerpos querrá usted decir... —el Nizam hizo un gesto—. Pues allá.

Eran dos satélites de Rama Tura y estaban muertos y bien muertos. Uno de ellos estaba apoyado en el tronco de un árbol; el otro detrás de un matorral.

Ambos habían recibido un tiro en el cuerpo.

—Como ve no tengo mala puntería —observó el del turbante.

Doc no replicó, sin embargo, pensó en el difunto tirador. La bala se le había alojado en el cerebro y sólo un movimiento reflejo le había mantenido corriendo una fracción de segundo después de haber sido tocado.

El Nizam le preguntó con visible ansiedad:

—¿Cree que esta hazaña mía me ocasionará disgustos? ¿Tendré que habérmelas con la Policía?

Doc meditó una respuesta.

—No es preciso que lo sepa —dijo al cabo.

—¡Ya! —dijo el Nizam, sonriendo—. Lo que no se sabe no perjudica. ¡Gracias!

—Usted sabrá a qué ha venido todo esto, ¿eh?

El hombrecillo asintió con una inclinación de cabeza.

—Desde luego —respondió.

—¿Tendría la bondad de comunicármelo?

—Es muy sencillo. Se dice que soy el hombre más rico del mundo. Naturalmente, usted habrá oído decir que el más rico no es Rockfeller, ni Ford, ni Mellon, sino...

—El Nizam de Jondore —concluyó Doc.

—¡Ah! ¿Lo sabía ya?

—Lo han traído todos los periódicos. Se ha mencionado en todas las revistas.

—¿Y se ha dicho también, en unos u otras, en qué consiste?

—En oro y joyas. En joyas sobre todo.

—Justamente —dijo el Nizam—. Es un capital heredado que ha pasado de mano en mano generación tras generación. Su último

posesor fue mi hermano, el Nizam de Jondore. Repare en que he dicho el último.

—¿Lo cual significa?…

—Que se ha evaporado. Desaparecieron esos varios billones de dólares.

Doc guardó silencio.

—No he leído nada de eso en los periódicos —observó al cabo.

—¡Claro que no! —exclamó el Nizam—. Tengo buenas razones para impedir que se propale la nueva. Primera y principal: esa fortuna es, hasta cierto punto, un símbolo, el prestigio de que gozo en mi país. De saberse que la he perdido dejaría al punto de ser un personaje. Precisamente varias tribus de Jondore saltarían sobre mí en cuanto se les proporcionara el más nimio pretexto…

Doc comenzó a verificar un registro de los bolsillos de los jondoreanos muertos en las cercanías sin hallar en ellos nada de particular.

El pequeño Nizam se colocó a su lado y siguió diciendo rápidamente:

—En las galerías subterráneas de mi palacio de Jondore construidas exprofeso y bajo la custodia de mis guardias de corps, ce encontraban el oro y las joyas de que acabo de hablarle. De ellas es de dónde ha desaparecido.

—¿No se habrá sobornado a los guardias?

—No es probable. Son fieles. Además, para un jondoreano, es un gran honor pertenecer a la guardia real. Lo prefieren a ser jefes de su propia tribu —El Nizam se sonrió levemente—. Por otra parte se les trata como a príncipes. Ello se hace con objeto de que estén contentos, como ya comprenderá.

Doc había comenzado a despojar de sus ropas exteriores a los secuaces muertos de Rama Tura.

Sin embargo, sin dejar la faena dijo a su acompañante:

—¿Quizá hayan entrado ladrones en las galerías del palacio? ¿Vieron si se habían utilizado herramientas a propósito o explosivos?

—Ostensiblemente, no —replicó el Nizam—. Las galerías se hallaban vacías e intactas. El hecho es increíble porque sólo existe un hombre en el mundo que conozca la combinación que abre las cajas de caudales.

—¿Quién es ese hombre?

—Yo mismo.

Doc le quitó los zapatos, los pantalones, las chaquetas y los turbantes a los jondoreanos, volvió del revés a cada prenda por separado, las enrolló y ató a continuación todas juntas sirviéndose de un cordón de seda.

—Mi hermano, el difunto Nizam, Hijo del Tigre, conocía también la combinación —siguió diciendo el despabilado Señor de Jondore—. Me la confió antes de morir.

—¿Murió de muerte natural?

—De resultas de un balazo disparado por un individuo que sólo disgustos le ocasiona a la familia real de Jondore —replicó el Nizam.

—¿Es decir, de Rama Tura?

—De Rama Tura, sí —El Nizam inquirió parpadeando:— ¿Cómo lo sabe?

Cuando los dos llegaron al rascacielos donde estaba instalado el despacho de Doc, el hombre de bronce le había hablado a su compañero de la raní.

—Descríbame a esa mujer otra vez —le suplicó el Nizam.

El hombre de bronce obedeció.

—Es indudablemente la raní, la viuda de mi hermano —declaró el del turbante.

Doc llevaba en la mano el lío de ropa substraído a los difuntos jondoreanos y la depositó en el laboratorio. Luego volvió a la biblioteca y comenzó a examinar los legajos colocados en sus estanterías.

Los había allí a cientos. Doc no les preparaba por sí mismo. Casi todos procedían de una agencia dedicada a la información.

Entre otras cosas contenían recortes de diarios concernientes a todo cuanto ocurría de particular en el mundo entero.

En uno de ellos había impresa una fotografía. Doc la comparó con el hombre descubierto en la casilla de botes de Long Island. Debajo del retrato había un epígrafe. Decía así:

"El nuevo Nizam de Jondore".

El hombrecillo se acercó a Doc y miró la fotografía por encima del hombro del hombre de bronce. Su vista le arrancó una sonrisa que puso de manifiesto los blancos dientes.

—Es usted prudente —murmuró,— y se dice que el tigre prudente es el que vive más tiempo. Estoy parecido, ¿verdad?

—Sí, no está mal —asintió Doc; y guardó el recorte.

Pasó de la biblioteca al laboratorio. Allí se despojó de la americana, se vistió la bata impermeable, se calzó los guantes de goma y se caló el casco provisto de grandes aberturas para los ojos.

Antes de ponerse a trabajar dirigió al Nizam una sola pregunta:

—¿Qué se oculta tras del enredo que acaba usted de contarme?

El otro pareció sorprenderse.

—Es muy simple —dijo—. Rama Tura es el ladrón de las joyas y dispone de ellas a su antojo.

—Sospecho —le confió Doc—, que no se trata de eso solo.

Su vida entera se hallaba dedicada a la singular ocupación de enderezar entuertos y de castigar a los malhechores. Por ello mismo había dedicado mucho tiempo al estudio de los métodos detectivescos.

Asimismo se servía de originales procedimientos científicos. Varios de estos habían sido adoptados por el Cuerpo de Policía de diversos estados, pero otros eran complicados en demasía para ser generalizados.

Entre otros había perfeccionado un aparato destinado al análisis espectroscópico capaz de indicarle en el transcurso de unos segundos los componentes químicos de toda substancia digna de estudio.

Además, este aparato ingenioso tenía la ventaja de ser capaz de manejar partículas de una pequeñez microscópica.

Doc invirtió una hora en el examen de las prendas de ropa de que había despojado a sus enemigos.

—Me parece —le dijo el Nizam,— que le preocupa mucho la suerte corrida por sus camaradas Long Tom, Monk y Ham.

—Ya lo creo —replicó tranquilamente Doc Savage—. Y por ello hago cuanto está en mi mano para dar con ellos.

En cuanto hubo transcurrido la hora mencionada, sabía cuánto había que saber con respecto a la ropa que estaba examinando.

Sabía dónde había crecido el algodón de que estaba hecha, qué fábricas habían tejida aquellas prendas, qué casa las había confeccionado.

Lo que todavía le restaba saber, era dónde habían sido vendidas.

Esto iba a llevarle mucho tiempo, un tiempo precioso e inútil, tal vez.

En cada prenda había polvo. Doc lo estudió. Había más de una especie. Con toda seguridad procedía de las calles distintas de la ciudad.

Lo que más le llamó la atención fueron unas partículas blanquecinas. Las colocó para estudiarlas bajo un potente microscopio y tras de haberlo hecho consultó un mapa del suelo de la región.

Entre los objetos almacenados en el laboratorio, había miles de frascos pequeños que contenían gangas, muestras de rocas, de arcilla de tierra vegetal con su etiqueta correspondiente. Doc las consultó también.

Aquel polvo procedía de determinada capa rocosa del subsuelo que se hallaba a treinta pies de la superficie de la ciudad de Nueva York, en dirección Este.

Doc llamó por teléfono a determinada persona, la hizo levantar de la cama y por ella se informó de que en aquella parte de la urbe se estaba construyendo precisamente un edificio. Justamente estábase excavando la tierra, a la sazón, para fijar en ella los cimientos de una gran casa de vecindad destinada a sustituir los famosos y malsanos "albergues" de los barrios bajos.

—Usted va a permanecer aquí —le dijo al Nizam.

—¿Por qué? —deseó saber.

—Parece ser que los hombres de Rama Tura se alojan cerca de ese distrito en construcción —le explicó el hombre de bronce—. De no ser así no impregnaría ese polvo sus ropas, incluso en su interior, en tal cantidad. Justamente el tiempo se ha mantenido invariablemente seco y por ello se ha acumulado en ellas tanto polvo.

El Nizam murmuró:

—¡Me sorprende usted, palabra de honor! —Y pareció contento de quedarse en el rascacielos.

Doc se despojó de la bata, del casco y de los guantes de goma. Substituyó por otros, determinados objetos de los que llevaba en los bolsillos, y se puso la chaqueta.

—Sepa y entienda que queda usted convertido en mi prisionero —advirtió noblemente al señor de Jondore,— porque esa puerta —

por la del piso— carece de llave y únicamente se abre en obediencia de cierto invento conocido por mí y por mis hombres.

El del turbante titubeó.

—Me parece —dijo—, que así estaré más seguro.

Doc le entregó una de sus pistolas —ametralladoras y le mostró cómo funcionaba.

—Gracias —le dijo el Nizam.

Doc salió a la escalera. La puerta se abrió por sí sola para que él pasara y volvió a cerrarse cuando se hubo alejado unos pasos.

Entonces hizo algo inesperado para el observador. Bajó corriendo por el pasillo exterior, dobló una esquina y allí aplicó ambas manos sobre la pared.

Las mantuvo así aplicadas mientras contaba hasta diez; una vez hecho esto las separó de la pared, volvió a contar hasta diez y las aplicó de nuevo sobre el muro del pasillo.

La pared se abrió en silencio a unos pasos de distancia. Su mecanismo actuaba en obediencia a un aparato termostático incrustado en el yeso de la pared. El calor de las manos de Doc había bastado para ponerle en movimiento.

Detrás se extendía un espacio hueco que encerraba varios aparatos. En un punto determinado brillaba una diminuta luz roja. Doc se aproximó a ella, desenganchó de su gancho el receptor de un aparato telefónico que allí había e insertó el cordón en un cric, bajo la luz. Lo que acababa de hacer era, en realidad, empalmar una de las líneas telefónicas usadas por él mismo.

Escuchó un momento con el oído pegado al receptor y dejó escapar la nota vibrante que ya conocemos.

Mas, esta vez sonaba de un modo vago, sombrío y distante. Tras de llenar los ámbitos del hueco abierto se extinguió rápidamente.

Movió una palanca. Ella abría la línea telefónica desconectándola, al propio tiempo, del exterior.

Otra puerta hábilmente disimulada le admitió en el interior del laboratorio.

Sin hacer ruido penetró con la velocidad del huracán en la habitación y de ella pasó al recibidor.

Sorprendió al del turbante en el momento en que movía, con impaciencia, el gancho del receptor de uno de los teléfonos que allí había con objeto de obtener la paralizada comunicación.

Por lo visto, creía que se trataba tan sólo de una interrupción momentánea.

No se movió hasta que Doc se llegó junto a él y le asió con ambas manos por la garganta. Y como entonces era tarde tuvo que contentarse con retorcerse, pernear y lanzar sonidos ahogados.

—¿Sabes que todo el tiempo he estado sospechando que me engañabas; bribón? —le dijo el hombre de bronce.

CAPÍTULO IX

DOC SUFRE UN DESCALABRO

LOS morenos pies y manos del individuo se agitaban locamente; su garganta producía raros sonidos como si estuviera haciendo gárgaras o tosiera secamente y el color tostado de su rostro asumió un purpúreo matiz inquietante, que amenazaba convertirse en la negrura del carbón.

—Y también suponía que harías lo que hacías cuando te he sorprendido: prevenir del peligro a tus compañeros.

Así diciendo, aflojó la presión que ejercían sus dedos en el cuello de su prisionero y el hombre cayó, ahogándose, en una silla, sin oponer resistencia cuando quiso registrarle. Su rostro recuperaba ya el color habitual.

—¿Quieres saber cuándo te has descubierto? —siguió diciendo Doc sin inmutarse.

El sujeto lanzó varios juramentos en idioma jondoreano. Su rostro moreno era, en aquellos momentos, muestra elocuente de lo que interiormente sentía: el odio, el miedo, el desencanto luchaban por enseñorearse de él.

—Pues, cuando has matado tu compañero, al hombre que fingía sitiarte en la casilla de botes —le explicó Doc—. Temiste que pudiera charlar demasiado si yo le capturaba, ¿eh?

El del turbante le lanzó por toda respuesta una mirada fulgurante.

—Representaste muy bien la comedia, aunque debo decirte que has estado algo flojo en determinadas ocasiones. Lo que no entiendo es por qué no me has matado. Pudiste hacerlo.

El jondoreano tornó a lanzar unas cuantas blasfemias antes de responder, entre dientes:

—Te hubiera matado si hubiese sabido, como ahora, que sabes muy poco de lo que se trama.

El hombre de bronce le dirigió una mirada escudriñadora.

—Naturalmente, deseabas asegurarte de lo que sabía yo —dijo, — y de las medidas que pensaba adoptar en contra vuestra. No está mal. Por fortuna, te ha salido el tiro por la culata.

El del turbante repuso en inglés: —No comprendo.

—Quiero decir, que vas a cantar. Supongo que podrás explicarme muchas cosas, porque eres despabilado y, por consiguiente, no es improbable que un mocito tan listo como tú ocupe un alto cargo en la organización.

El otro se sonrió con malicia.

—Apostaría cualquier cosa —murmuró—, a que ni siquiera tú lograrás hacerme cantar.

—Me has dicho ya que detrás de todo este asunto está el robo de las joyas —le recordó Doc,— lo cual prueba que no es ese robo el verdadero motivo de aquél. Es algo, posiblemente, mucho más... horrible.

El del turbante se inmovilizó en su silla, con la mirada perdida en el espacio.

Se le agrandaron las pupilas y profundas arrugas se marcaron en las comisuras de sus labios; tras de un momento, se le humedeció la mirada y lanzó un sollozo.

—¡Esto es espantoso! —dijo con voz ahogada.

Al propio tiempo inclinó el cuerpo hacia delante y sepultó el rostro entre las manos; sollozos convulsivos le agitaban, a juzgar por el movimiento de sus hombros.

Rara vez se había dejado Doc engañar por una comedia, mas el hombre que tenía delante era un buen actor y le tuvo engañado... unos diez segundos sobre poco más o menos.

Luego, se dio cuenta, de pronto, de lo que estaba sucediendo; entonces, con vertiginosa rapidez asió al hombre por la muñeca y le enderezó. Pero ya era tarde. Sobre la inmaculada manga de su americana se destacaba, húmeda mancha, algo así como si se la hubiera estado chupando en aquel punto.

Doc le volvió la manga del revés.

Entre el forro y la tela divisó, entonces, una mancha de un verde amarillento. Chupando y masticando, el jondoreano se había metido

algo en la boca a través de la tela.

Le miró, y vió que comenzaba a enturbiársele la mirada.

—No me matarán —dijo, haciendo alusión a la droga que acababa de ingerir,— pero me privará durante horas y más horas de conocimiento. Nada de lo que hagas logrará reanimarme.

Y se quedó dormido.

Tenía razón. Aun cuando Savage no quiso rendirse a la evidencia hasta haber trabajado para reanimarle por espacio de unos veinte minutos.

EL estado en que se había sumido no era común, se asemejaba más a una semisuspensión de la vida y ningún estimulante conocido lograría sacarle de tal estado.

Doc llenó la agua hipodérmica en el laboratorio y le administró su contenido al jondoreano, vigilando con atención el resultado de la inyección que acababa de administrarle para asegurarse de que no se producía una fatal reacción.

El líquido aplicado consistía en una droga que privaría al hombre de conocimiento por espacio de varios días... o hasta que se le administrase el reactivo adecuado.

Satisfecho, le colocó en un ventilado departamento de la casa del cual nadie podría sacarle a menos que se derrumbara el edificio.

Luego volvió a entrar en el laboratorio y consultó un mapa meteorológico automáticamente registrado por sus instrumentos. Justamente hacía días que venía soplando un fuerte viento del Noroeste sobre la ciudad.

El hombre de bronce se valió de otro de los coches que encerraba en un garaje secreto instalado en los bajos del rascacielos para salir de éste.

Era un pequeño y sencillo vehículo de los que se usan generalmente para la entrega de paquetes a domicilio y lo escogió entre todos porque a aquellas horas circulaban más que otro cualquiera por las calles de Nueva York.

Lo que él quería era no llamar la atención. Así, una vez que hubo llegado cerca de la casa en construcción se apeó de él y le dejó estacionado junto a la acera.

Todavía era de noche y el relente nocturno humedecía las aceras y el arroyo como si hubiera llovido. Los "tugs" hacían sonar las sirenas allá, en el río, y en el puente de Brooklyn transitaban carros

y coches con gran estrépito.

La casa en construcción se hallaba cerca del barrio habitado por extranjeros, y en él vio a varias personas extrañamente vestidas. Ni que fuera hecho de encargo hubiera sido el barrio más a propósito para servir de escondite a los naturales de Jondore, ya que en él ni el color de su tez, ni su traje tan poco común podía llamar la atención.

A sabiendas de que el viento del Noroeste debía llevar el polvo de la excavación en una dirección determinada, Doc inició la búsqueda.

Avanzaba rápidamente porque no dudaba de que Monk, Ham y Long Tom corrían un peligro de muerte. También era muy posible que ya no vivieran.

Pareciéndole a propósito una hilera de casas antiguas para servir de escondite a los jondoreanos, se acercó a ellas sin vacilar.

Se hallaban desocupadas en su mayoría y justamente pertenecían a la especie que se trataba de eliminar con la construcción del edificio vecino.

AL extremo de la manzana de casas descubrió una escalera de escape en caso de incendio y tras de asegurarse de que no era espiado trepó por ella hasta el tejado de la casa… o casi hasta el tejado.

Pero no se dirigió inmediatamente al antepecho que le rodeaba. Se detuvo en la escalera y se valió para examinar el tejado de un diminuto periscopio que llevaba en prevención.

Esta medida había estado acertada. Sobre el tejado y tendidos en catres de tijeras vió a dos sujetos desconocidos.

La cosa no era inusitada, pues a menudo duermen los habitantes de las casas de vecindad en los tejados. Mas, los individuos en cuestión eran de color: ello saltó a la vista después de encender uno de ellos un cigarrillo.

Los dos se hallaban colocados junto a la ventana de una bohardilla y cerca de ellos no había chimeneas ni ventiladores, por lo cual le pareció a Doc imposible acercarse a ellos sin ser sorprendido.

Pero, así y todo, se atrevió a hacerlo. Veloz como un rayo saltó al tejado y logró recorrer treinta pasos en dirección de los hombres, luego a la izquierda, y refugiarse tras de una gran chimenea sin que

se dieran cuenta de su presencia.

Una vez a cubierto, se situó de cara a la calle, colocó debidamente los músculos de su garganta y comenzó a hablar en jondoreano, con una voz de ventrílocuo, de manera que sus palabras parecieran venir de considerable distancia.

Fueron unas palabras de alarma que sonaron como si, desde abajo, un excitado jondoreano les gritara a los hombres, desde la calle, una advertencia.

Los dos fueron engañados. Lanzáronse de un salto fuera de los catres, hablando animadamente entre ellos y se acercaron al pretil para mirar a la calle. Los dos pasaron junto a Doc sin molestarse en mirar detrás de la chimenea.

Doc se había descalzado. Su ataque fue silencioso. Cogió al primero por detrás. No le pegó porque los golpes hacen ruido. Le asió simplemente por la nuca y puso en acción su fuerza y su destreza. La víctima no dejó oír lamento alguno antes de quedar fuera de combate.

Ahora debía atacar al segundo jondoreano. A éste lo tomó por la nuez y con la otra mano buscó los centros medulares del individuo. Al conseguirlo, el hombre dejó instantáneamente de luchar.

Doc les colocó, uno junto al otro, detrás de la chimenea. Llevaban revólveres.

Doc se valió de la culata del uno para romper el gatillo del otro; luego colocó en el suelo las dos armas, de manera que pareciera que las había escondido pero, sin que fuera difícil encontrarlas y hecho esto saltó por la ventana al interior de la bohardilla.

La casa estaba sumida en una total oscuridad y olía a incienso, a maderas de Oriente y a comestibles condimentados con especies.

Doc descendió al piso bajo sin pisar los peldaños, o sea, escurriéndose barandilla abajo, ojo avizor, y con los brazos extendidos para evitar un choque.

Sobre los peldaños se habían derramado granos de maíz, granos que producen un chasquido característico al ser pisados, y del pomo que remataba la baranda pendía balanceándose suavemente una botella.

En el hall tosió un hombre con voz fuerte.

La voz infantil de Monk dijo claramente:

—¡Así te ahogaras!

—¡Calla, simple! —le rogó Ham.

—Entre ti y ese tío que tose…

Doc corría desatinado cuando sucedió lo imprevisto. Ladrando, se le echó encima un perro, con el alboroto consiguiente.

Una carga de dinamita que acabara de estallar no hubiera producido tal pandemonium. Simultáneamente sonaron varios gritos en partes distintas de la casa y alguien disparó un tiro accidentalmente.

Doc seguía avanzando velozmente. El perro ladraba, saltaba, y sus uñas hacían un ruido fantástico sobre la baranda cada vez que trataba de alcanzar al hombre de bronce.

De la habitación donde sonara la voz de Monk salió un individuo de color.

Iba armado de revólver y provisto de una lámpara de bolsillo. Mas, Doc no le dio tiempo de usar uno u otra.

Estiró un brazo, más duro y tieso que un ariete y le pegó al hombre en mitad del estómago. De él salió el aire con una fuerza tal que amenazaba reventarle los costados. Doc continuó pegándole, sin compasión. La habitación estaba iluminada por una luz de aceite, pues aquellas casas de vecindad carecían generalmente de instalación eléctrica. En ella estaban, bien atados. Long Tom, Monk y Ham.

Monk dejó escapar un aullido de placer, rodó sobre sí mismo y levantó los atados tobillos con objeto de que pudiera Doc cortar sus ligaduras.

El hombre de bronce sacó prontamente del bolsillo una navaja y a poco Monk quedó libre. El químico, puesto en pie, comenzó a hacer cabriolas con objeto de restablecer la paralizada circulación de su sangre.

El perro entró en la habitación, se detuvo, patinando, y miró a Doc. Pausa.

Al cabo, al perro se le alisaron los pelos del espinazo y casi meneó la cola.

Monk pisaba fuerte entre tanto. Más que nunca se parecía a un simio en aquellos momentos.

—¡Fuera, vagabundo!

El perro dejó escapar un aullido y echó a correr.

—Es un perro que, sin duda, han robado de la calle. Debía

guardar alguna casa —observó Monk cuando hubo desaparecido.

Doc estaba desatando a Ham. La elegante ropa del abogado había padecido durante la noche. Corriendo, se acercó a una vasija situada cerca de la puerta y volvió blandiendo su estoque con aire de triunfo.

Una vez en libertad dijo Long Tom a Doc Savage:

—Iban a matarnos.

El hombre de bronce se acercó a la puerta del cuarto, extrajo, veloz, de sus bolsillos unas pequeñas esferas de cristal y las arrojó lejos de sí.

Estaban llenas de gases lacrimógenos. Al esparcirse por el corredor se oyó chillar a los hombres que allí, había.

Doc se acercó entonces a la ventana. Estaba tapiada al exterior. Se apartó de ella, mediante un movimiento maquinal de retroceso.

—¿Cuántos hombres hay ahí fuera? —preguntó a sus camaradas.

—Veinte —le contestó Monk—. Tal vez más.

—Bien. ¡Vigiladlos!

De uno de los bolsillos de su chaleco extrajo otra bola de metal, esta vez, poco mayor que el huevo de un ave de gran tamaño, manipuló en ella, y la arrojó sobre la ventana.

Se produjo un relámpago, una detonación, y polvo, yeso y madera volaron por los aires. Parte del techo se desplomó sobre las cabezas de los cuatro.

Pero, allí donde se habla abierto la ventana había, un enorme boquete a la sazón. Doc penetró por él y encendió la luz de su lámpara de bolsillo.

—Podéis bajar —manifestó a sus camaradas.

Ham, a quien alegraba la aventura, se deslizó por el boquete. Luego le imitó Long Tom. Monk iba a dar el salto, pero, cruzó por su mente una rápida idea y se detuvo, bruscamente, y por poco se cae al suelo por no dar el salto requerido. Pero pronto recobró el equilibrio.

—¡Esa mujer! —exclamó poco gramaticalmente—. ¡Está aquí, prisionera!

—¿Dónde? —interrogó Doc.

Monk le indicó un punto con el brazo tendido.

—Por ahí —respondió—. Ignoro dónde se encuentra, exactamente. Ese bribón de Rama Tura se ha apoderado de ella.

—Bueno, sal.

Monk se atragantó.

—Oye: ¿es que no piensas...? —comenzó a decir.

—Sal —interrumpióle Doc.

Monk obedeció. Gruñó con voz recia en cuanto hubo pisado las losas de la calle y juró que se había roto las dos piernas, mas su acento indicaba lo contrario. Un herido no suele hablar con tales bríos.

En lugar de seguir a sus compañeros, Doc les volvió la espalda.

Dentro de la casa seguían sonando gritos y muchas blasfemias en el idioma de Jondore. Sin embargo, el gas lacrimógeno contenía a los hombres de Rama Tura.

Doc pescó unos anteojos de camino que llevaba en el fondo de uno de los bolsillos de su chaleco.

Aquellos anteojos estaban destinados a varios usos distintos. Eran excelentes para nadar y también una protección contra los gases de toda especie... siempre que Doc contuviera el aliento.

Se los puso, respiró con fuerza varias veces, luego retuvo el aire de sus pulmones a la manera de los pescadores de perlas de los mares del Sur... y salió escapado al corredor.

Por él bajó una bala disparada, sin duda, al azar. Otras la siguieron como si los tiradores invisibles hubieran hallado excelente la idea del primero.

A oídos de Doc llegó ruido de golpes. AL propio tiempo distinguió un ruido particular. Era como si alguien pretendiera arrancar los listones de la pared.

Tales ruidos procedían de una habitación que salía al pasillo. Su puerta estaba cerrada. De su parte baja sobresalía un trozo de tela que se había colocado allí para evitar, sin duda, que penetrase el gas en el interior de la habitación.

Doc dio media vuelta, volvió sobre sus pasos y empujó aquella puerta, sacudiéndola con fuerza. AL cabo de mucho golpear logró hacer saltar un panel aunque el marco quedó en pie, y a escape se apartó de ella para evitar que le cayeran encima los fragmentos de madera astillada. La habitación hallábase ocupada por cuatro desconocidos, tres de los cuales arrancaban, en efecto, el maderamen de la pared para salir, sin duda, a otro pasillo sin tener que atravesar el invadido por los gases lacrimógenos.

Uno de ellos era bajito y musculoso. Iba impecablemente vestido. Le recordó a Ham, con la sola excepción del color más oscuro de la piel y las asiáticas facciones.

Tenía puesta en la boca una mordaza. Gruesas cuerdas le sujetaban tobillos y muñecas.

Sus tres acompañantes habíanse guardado el revólver en los bolsillos mientras trabajaban en la pared.

Trataban de sacarlas al lanzarse Doc sobre ellos. Sólo uno, situándose, astutamente, de un salto fuera de su alcance, lo consiguió, pero fue derribado por el hombre ligado que le embistió a las piernas.

Los otros dos luchaban a brazo partido para sacarse a Doc de encima, valiéndose de llaves y otras estratagemas que demostraban un conocimiento a fondo del jiujitsu.

Doc permitió que uno de ellos le asiera por un brazo y después se sirvió de él para derribar al otro.

Simultáneamente cayó sobre ambos y les ciñó en estrecho abrazo, cuyo resultado fue un ¡bomb! sonoro. Sus cabezas acababan de chocar entre sí.

El tercer individuo, armado, habíase ya levantado del suelo y a puntapiés trataba de desembarazarse del hombre ligado. Al propio tiempo le apuntaba a Doc con el revólver.

Naturalmente, el esfuerzo combinado le llevó tiempo y tenía poco que perder. Trató de escapar en el momento en que Doc le alcanzaba, pero ya era tarde.

El hombre de bronce le descargó sobre la oreja un puñetazo tan violento que le obligó a girar sobre sí mismo como una devanadera sin poder valerse de las manos. Tras de caer al suelo se quedó inmóvil.

Doc se acercó al prisionero.

—Cierre los ojos, contenga el aliento —le ordenó.

Juntos salieron al pasillo, escaparon de dos proyectiles disparados al azar, que había originado el ruido producido por su salida y penetraron en la habitación ocupada previamente por los camaradas de Doc Savage.

Monk, Ham y Long Tom, estaban debajo de la ventana gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Llamaban a Doc y a la policía.

—¿Dónde está la mujer? —interrogó Doc al hombre ligado,

arrancándole la mordaza de tela y esparadrapo—. La que está presa.

—Abajo —le dijo el cautivo en correcto y puro inglés.

—¿Quién es usted?

—Kadir Lingh, Nizam de Jondore —repuso el hombrecillo.

Doc le obligó a saltar por la ventana. Monk le recogió en sus brazos.

Más proyectiles silbaban en el pasillo cuando volvió Doc a entrar en él.

Procedían de su parte alta y de la baja y surgían, al parecer, de la boca de un rifle automático.

Doc corrió, agachado, junto a la pared, alcanzó la escalera y bajó montado sobre la baranda.. El procedimiento era más rápido y silencioso que si hubiera descendido los peldaños.

AL llegar al pie de la escalera tropezó con un hombre. Este le golpeó con el puño. Doc le pegó a su vez, le tocó en la garganta y el hombre cayó hacia atrás, boqueando. Doc prosiguió su camino.

Abajo estaba impregnado el aire de un olor particular, el mismo que ya había notado en Temple Nava durante la representación dada por Rama Tura.

Mas no debía hacer mucho de aquello, pues, de ser así, hubiera trascendido al primer piso.

Ante sí tenía una puerta abierta. Del interior de la habitación se escapaba una luz rojiza. Doc se llegó a ella, titubeó un instante y, al cabo, asomó la cabeza, fisgoneando. La acción parecía imprudente.

En realidad, no lo era, porque Doc había aprendido desde largo tiempo atrás a arriesgarse a sacar por una puerta la cabeza y a retirarla espontáneamente antes de que se hiciera fuego sobre ella.

A la sazón no había ningún tirador dentro del aposento.

En uno de sus extremos vió el ataúd de Rama Tura y dentro de él al propio taumaturgo que hubiera parecido muerto de no tener los ojos abiertos.

Doc le contempló fijamente largo rato, concentraba a medias su atención en él, a medias, en los gritos y tiroteo que continuaban sonando en la otra parte de la casa de vecindad.

Por lo visto, los morenos naturales de Jondore hacían ejercicios de tiro sobre las sombras nocturnas.

Doc penetró con cautela en la habitación. Le parecía increíble que se hallara allí Rama Tura, dentro de su caja, como un cuerpo

muerto, mientras reinaba tan grande excitación en torno suyo.

¡Cosa rara! Parecía muerto y, sin embargo, podía moverse como lo hiciera durante la representación dada en Temple Nava.

Las pupilas doradas giraron en todas direcciones, examinaron el suelo, las desnudas paredes. Ni en uno ni otra descubrió nada sospechoso.

AL cabo, se halló junto a la caja mortuoria donde, semi horizontal, se hallaba el fantástico oriental.

Rama Tura dejó oír su voz.

—Hombre de bronce —le dijo—. Te estás entrometiendo en cosas, de las cuales nada sabes, a pesar de toda su sabiduría.

Sus palabras eran un hueco susurro, tan tenue, que apenas las oyó Doc.

El no dijo nada en respuesta. Extendió ambos brazos con objeto de sacar a Rama Tura del macabro receptáculo en que estaba metido.

—No —le advirtió con voz débil el mago—. ¿Quieres morir?

Doc varió de idea. Pensaba que era muy posible que estuvieran envenenadas las ropas de Rama Tura.

En consecuencia, se despojó de la americana, se la echó encima a Rama Tura y se preparó a asir el magro cuerpo envuelto en los pliegues de la americana.

Entonces ocurrió un fenómeno singular. Rama Tura, aquel cadáver viviente, se desvaneció, se transformó en vago fantasma.

Estaba dentro de la caja todavía, pero como una de esas imágenes que obtienen los cameraman mediante una doble exposición cuando quieren que aparezca un espectro en la pantalla.

¡Era increíble! Doc fue a asirle, rabioso, y estrechó algo horrible en los brazos. Simultáneamente sintió correr por ellos algo semejante a una corriente eléctrica que se esparció al resto de su cuerpo.

Era igual que si acabara de apoderarse de una materia venenosa, de una substancia capaz de matar instantáneamente.

Retrocedió unos pasos. La habitación, su contenido, transformábanse en sombras, en algo irreal bajo su mirada, como si tuviera desenfocadas las pupilas. AL propio tiempo acentuábase el cosquilleo en todo su cuerpo.

Agitó la cabeza, y se dio de bofetones en la cara.

Haciéndolo estaba cuando perdió, de repente, la memoria.

CAPÍTULO X

MAESTRA EN EL ARDID

FUERA, en la calle desierta donde comenzaba a apuntar la luz del amanecer, Long Tom, Monk, Ham y el moreno Nizam de Jondore, que decía llamarse Kadir Lingh, se mantenían inmóviles, inactivos, devanándose los sesos por no saber qué hacer.

Los tres camaradas habían despojado al Nizam de sus ligaduras y se estaba frotando pies y manos cuando volvemos a encontrarles.

Sus gritos de socorro habían sido oídos y no lejos de ellos sonaban ya las bocinas de los coches de la policía.

Monk saltó aullando en el momento en que una bala le rasgó la chaqueta y pasó rozándole la piel del costado derecho. El tiro procedía de una ventana de la casa de vecindad. Otras le siguieron. Mas, por entonces, corría Monk a toda velocidad y los proyectiles no dieron en el blanco.

Sus compañeros imitaron el ejemplo que les daba. Las casas situadas al otro lado de la calle estaban provistas de huecos de ventilación situados al nivel de la acera y resguardados por su reja correspondiente.

Ellos arrancaron una de estas rejas y se metieron en el piso. Aquello era lo mismo que una trinchera.

Monk no hizo más que sentar la planta en la habitación cuando ya gritaba:

—¡Yo me vuelvo ahí enfrente!

—¡Idiota! —le dijo Ham—. A Doc le agrada resolver por sí solo sus asuntos.

Pero Monk se encocoró. Un proyectil vino a incrustarse al propio tiempo en la pared de la casa con ruido sordo.

Detrás de ellos se desprendió de la pared un polvo rojizo que

procedía de los ladrillos. Monk se aplacó como por encanto. Manso como un cordero se sentó en el suelo y se palpó la cabeza cubierta de rojas cerdas.

Ham miró en torno. Buscaba la bala que a poco más penetra en el cráneo del químico y cuando hubo dado con ella la acarició cariñosamente.

—Amiga —le dijo—. Has estado en un tris que no hayas prestado al mundo un gran servicio.

Monk le dijo, en son de amenaza:

—¡Me están entrando ganas de echarte de aquí a puntapiés! —Y hablaba seriamente.

Kadir Lingh, Nizam de Jondore les advirtió, muy nervioso:

—¡Por Dios, caballeros! Creo que no vale la pena de que riñan por semejante nimiedad.

—Siempre están dispuestos a hacerlo por cualquier cosa —replicó Long Tom con lánguido acento—. ¡Ah! ¡Escuchen ustedes!

Llegaban los coches de la policía. EL tiroteo había cesado. Los cuatro asomaron la cabeza y esta vez no atrajeron las balas sobre tan excelente blanco.

Instantes después salió un coche saltando al arroyo desde una calle lateral anexa a la casa de vecindad que tenían delante y a poco le siguió un segundo vehículo. Luego un tercero. Al pasar por debajo del farol de la esquina distinguió Monk a sus ocupantes.

—¡Son los hombres de Rama Tura! —exclamó—. ¡Se escapan!

—¡Doc! —dijo Ham, a su vez—. ¿Qué habrá sido de Doc?

Todavía trataban de averiguarlo media hora después de haber llegado a la calle la policía y de haberse registrado en vano toda la casa de vecindad. Mas, no se descubrió nada. Doc había desaparecido. No sólo se habían puesto en salvo los hombres de Rama Tura, sino que, para colmo, se habían llevado a los compañeros puestos fuera de combate durante la incursión de Doc.

Monk y sus compañeros recorrieron la vecindad en su busca y, al cabo, tropezaron con el coche que Doc había dejado estacionado no lejos de allí.

Transcurrió una hora antes de que se hubieran decidido a dejar aquellos parajes mas, como no les restaba ya nada que hacer en ellos, se metieron en el coche abandonado y emprendieron el regreso a la parte alta de la ciudad.

—Bien, ¿no tiene nada que decirnos? —preguntó Monk a Kadir Lingh, señor de Jondore, al cabo de un rato.

El oriental les contó su historia. Tenía una hermosa voz. Su relato era idéntico en, todo al que le había hecho a Doc Savage el astuto individuo que se fingía Nizam de Jondore. Únicamente se diferenció el final.

—Una banda me atacó en el aeropuerto a mi llegada —dijo el Nizam—. Y logré escapar, pero sólo de momento. La banda me alcanzó, mató a mis guardias de corps y me metieron en la habitación donde fui descubierto, más tarde, por mister Savage.

—¿Por qué cree usted que se le ha secuestrado? —inquirió muy oportunamente Monk.

—Sin duda, para evitar que procediera a abrir una investigación relativa a Rama Tura —replicó el Nizam.

Ham le examinó detenidamente. El Nizam parecía interesar al elegante abogado, si no es que le llamaba la atención su correcto atavío, pues le volvían loco las personas bien vestidas.

—Scarborough e Hijo de Bond Street —dijo—. ¿Me equivoco?

El Nizam le miró perplejo de momento, luego se sonrió.

—¡Ah! ¿Se refiere a mi sastre? —exclamó—. En efecto ése es. Corta bien...

Monk lanzó un gruñido de desaprobación.

Long Tom se había sentado tras del volante y guiaba con cierta nerviosidad de más.

En una ocasión introdujo el coche tan bruscamente entre dos tranvías que se cruzaban a la sazón que les dio un empujón y los dos se estuvieron parados cinco minutos antes de que recobrasen el aplomo perdido por sus dos respectivos conductores.

—¡Vaya una manera de conducir! —gruñó Monk—. Tienes menos sentido que Ham.

Long Tom no replicó. Mas, al llegar a la primera esquina, le dio el susto mayor de su vida al chófer de un camión de transporte.

Monk hizo de tripas corazón y con objeto de distraerse y apartar el pensamiento del paso que llevaban, comenzó a interrogar activamente al Nizam de Jondore.

—Se dice que es usted más rico que Creso —insinuó—. ¿Es eso cierto?

—Lo era —replicó el Nizam—. No sé si sabe que he sido robado.

—¿Sucedió eso mucho tiempo después de haber fallecido su hermano el Nizam anterior de Jondore?

—Unas seis semanas después.

—¿Y no ha tratado de recuperar su fortuna?

—¡Oh ya lo creo! He removido cielo y tierra. Mi entera… ¿cómo le llaman ustedes?… digamos guardia real está hoy en la cárcel aguardando una ejecución en masa.

—¡Qué bonito! —murmuró Monk en un tono que expresaba su desaprobación.

—Me propongo solamente asustarla, no tema —observó sonriendo el Nizam—, para, ver si así obtengo algún dato digno de interés. Pero no serán ejecutados a pesar de que en mi país se le da menos importancia a la vida que aquí.

Monk reflexionó un instante.

—Esa mujer… —comenzaba a decir. El Nizam le interrumpió.

—¿Se refiere a la raní, la viuda de mi difunto hermano? —interrogó.

—Justamente, a la raní. ¿Es verdad que realiza un viaje alrededor del mundo?

—Sí, señor.

—Sin duda con objeto de distraerse de su pérdida… —insinuó Ham.

El Nizam asumió un aire particular de azoramiento.

—A decir verdad creo que no —replicó al cabo—. Es más probable que viaje para olvidar los malos ratos que le hizo pasar mi hermano.

—No comprendo —murmuró Monk súbitamente interesado.

—Mi hermano, o mejor dicho mi medio hermano, el Hijo del Tigre, fue lo que se llama la oveja negra de la familia —explicó el Nizam—. No sólo dio mucho que hacer a los Rajahs de su imperio sino así mismo al Gobierno inglés. Para serle franco diré que en diversas ocasiones ha tratado de sacudirse a los ingleses y a su protectorado. Por fortuna todo esto pasó… con su muerte.

Monk meditó lo expuesto más arriba.

—Ea, volvamos a mi pregunta anterior —dijo al cabo—. ¿Tiene algo que ver la partida de la raní con la desaparición del Oro y de las joyas?

El Nizam enrojeció visiblemente, y no contestó.

—¿Bien?

—La verdad sólo por eso estoy aquí —explicó el Nizam con manifiesta repugnancia.

—¿Posee alguna prueba?

—Ninguna. La raní ha sido siempre honradísima.

Como viera Long Tom venir un coche en dirección contraria, por el centro de la calle, se dispuso a darle un susto al chófer, reparó a última hora en que se trataba de un coche de la Policía y a poco más choca con la acera para dejarle paso. Luego observó, siguiéndole con la mirada:

—Me parece que hay novedad…

Y condujo a toda marcha. A poco todos vieron un coche parado, varias ambulancias, un corro de gente y diversos policías vestidos de azul que deambulaban entre ellos.

—Ahí hay un Banco. Sin duda le han robado —observó Long Tom.

Detuvo el coche frente al Banco y se apeó dispuesto a satisfacer su curiosidad. Un agente de Policía al cual reveló su identidad le proporcionó los informes deseados.

—Doc Savage sugirió esta mañana que se pusiera gente de guardia en ese Banco —le explicó—, y la idea era excelente, pero la gente poca, por cuyo motivo los ladrones han limpiado las cajas de caudales depositadas en los sótanos. Hay cuatro heridos.

—¿Se sabe a qué banda pertenecen? —le interrogó Long Tom.

—Son los hombres de Rama Tura —contestó el agente. Miró al Nizam y agregó:

—Sí, no cabe duda. Eran idénticos a ese mocito que llevan ustedes en el coche.

—Es un hombre decente —dijo Long Tom—. Respondo de él. Pero, dígame: ¿qué es lo que había de interés en ese Banco?

—EL dinero resultante de la venta de las joyas que había iniciado el mago. Es decir: se trata de los dos tercios de la suma destinada a obras benéficas, que asciende, según dicen, a más de dos millones de dólares.

Cuando llegaron al despacho instalado por Doc en el rascacielos, Monk había ponderado la cuestión y tenía su idea.

—¿Dijo usted que su fortuna ascendía a varios billones de dólares, no es eso? —interrogó al Nizam.

Este hizo un gesto de asentimiento.

—Así es.

Monk se rascó la cabeza de simio.

—Entonces, si realmente son suyas, las joyas traídas por Rama Tura a Nueva York son lo mismo que una gota en un cubo de agua. Tengo una idea.

Se acercó al aparato del teléfono y llamó a Londres, Amberes, París y Berlín. Su respuesta obtenida en el transcurso de una hora hacía honor al buen servicio de la red telefónica trasatlántica instalada.

—Esto —observó después—, va a costarle a Doc unos trescientos dólares.

—Mientras les saques provecho… —insinuó maliciosamente Ham.

—Hombre, Monk tornó a rascarse la cabeza —, te diré: Ahora sé por lo menos que Nueva York no ha sido el primer campo de operaciones de Rama Tura. Hace un mes se hallaba en París y poco antes había estado en Londres. En ambas ciudades ha vendido un puñado de joyas legítimas.

—¿Mediante el procedimiento que ya conocemos?

—Sí, mediante el mismo.

Súbitamente interrogó el Nizam:

—¿Quién se halla encargado de administrar en Jondore esos fondos?

Monk consultó una nota escrita que acababa de redactar. Como le era difícil de pronunciar el jondoreano deletreó los nombres que había obtenido.

El Nizam lanzó un silbido prolongado.

—¿Qué le choca de esos nombres? —deseó saber el químico.

—Los nombres, nada. Los que los llevaban —dijo sombríamente el Nizam,— murieron, todos, el mes pasado.

—¿De muerte natural?

—Por lo visto. Dos se mataron durante una cacería; los demás de enfermedades corrientes, al parecer.

—¿Ostentaban altos cargos?

—Eran todos Rajahs. Este cargo equivale al de Gobernador de uno de sus Estados, mister Monk, aunque poseen prerrogativas superiores, en realidad.

Monk hizo una mueca y se tiró de las rojas cerdas que ostentaba en lugar de cabellos, sin dejar de mirar fijamente a sus compañeros.

—Sean cualesquiera que sean los planes de Rama Tura me parecen infernales —murmuró—. Algo grande.

Ham agregó:

—Yo opino que la desaparición de las alhajas del tesoro de Jondore oculta algo trascendental.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Monk con el ceño fruncido.

—Me fundo para afirmarlo en esa muerte singular de los Rajahs —replicó el abogado.

—La verdad, no comprendo.. —confesó Monk.

Sonó el llamador de la puerta.

Monk se encogió de hombros, levantóse y se acercó a la puerta que se abrió al punto gracias a la influencia de la placa radioactiva que él llevaba junto al electroscopio.

AL mirar a la persona que acababa de llamar abrió la boca y dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Ca...ramba!

La dama no era muy alta y el manchado abrigo de seda, el sombrero y el velo ocultaban sus atractivos, si es que alguno tenía.

Pero, los tobillos finísimos hablaban muy alto en su favor. Miró a Monk, le pasó por delante y vió al Nizam.

—¡Kadir! —exclamó con acento entrecortado y se lanzó sobre él abriendo los brazos.

Monk se había hecho a un lado como para dejarla el paso franco. Luego le echó la zancadilla y la cogió en sus brazos antes de que cayera al suelo.

Con ligereza sin igual la volvió todavía en los brazos como si fuera un niño y le despejó del velo y del sombrero.

El Nizam lanzó un gruñido de fiera, de un salto cayó sobre Monk, levantó el puño cerrado y le derribó de manera imprevista.

—Es la raní —le dijo entre dientes—. ¡En Jondore morirías mil veces por el solo delito de atreverte a poner la mano sobre ella!

Ham miró a su compañero derribado y observó:

—¡Es un mal educado!

Monk se alzó del suelo. Tenía el rostro congestionado, blancos los nudillos de los apretados puños musculosos.

Y entonces sin que ninguno de ellos pudiera decir cómo había

ocurrido vieron tendido en tierra al Nizam de Jondore y sonó en la habitación el ruido de un puñetazo fenomenal.

Monk se inclinó y asió por el cuello de la chaqueta al hombre que acababa de derribar, le sacudió como si quisiera verle salir los dientes por la boca.

—Aquí estamos en los Estados Unidos —observó al propio tiempo—. Cuando se vapulea aquí a un caballero o se hace concienzudamente o no se hace.

Así diciendo arrojó al maltrecho Nizam sobre una silla donde el oriental permaneció un buen rato jadeando y descalabrado. Monk aguardó a que estuviera en estado de comprender la situación.

—La he detenido —le explicó entonces—, porque creí que podía enviarla Rama Tura con objeto de clavarle a usted en el brazo o en el cuerpo una aguja envenenada.

El Nizam reflexionó un momento antes de levantarse de la silla, todavía temblando. Puesto ya de pie unió los talones y dedicó a Monk un ceremonioso saludo.

—Lamento lo ocurrido —manifestó excusándose.

Long Tom dijo y por cierto que no le faltaba razón:

—Estos rozamientos despiertan rencores, en ocasiones y además estamos perdiendo un tiempo precioso…

La raní se había mantenido alejada durante la pendencia, sin decir nada. Una vez concluída todos le prestaron atención.

A decir verdad era digna de ella. Las mujeres orientales y muy especialmente las naturales de Jondore se marchitan después de cumplidos los veinte. Aquella tendría unos treinta sin embargo, y todavía poseía la tez y la frescura de rostro de una muchacha joven.

Monk que era amante de la belleza femenina exhaló ruidoso suspiro.

—Presento mis excusas a la más bella flor del Este —manifestó al propio tiempo inclinándose ante la dama.

Era aquella una galantería tan contraria a la educación de Monk, que incluso Ham demostró su sorpresa.

La raní le dirigió una sonrisa encantadora.

—Está perdonado —dijo—. Pocos hombres habrían dado muestras de tal rapidez de pensamiento.

Monk tenía cierto partido con las mujeres a pesar de su aspecto simiesco.

Pero era todo un hombre y tal vez estribara en ello el secreto.

—Díganos a que ha venido —suplicó a la raní.

Ella se estremeció. Todos lo vieron, y se apresuró a ponerse otra vez el sombrero y el velo como si pretendiera ocultarles el horror que expresaba su semblante.

—Rama Tura no es un falso mago como pensaba —confesó con seco acento—. Me he equivocado al juzgarle.

—¿Quiere decir que convierte realmente las piedras del arroyo en legítimas piedras preciosas? —pretendió aclarar Monk.

La raní tardó en responder. No meneó la cabeza, no hizo movimiento alguno.

—Lo ignoro —dijo al fin—. Rama Tura posee espantoso poder. Hace cosas increíbles.

Su acento era más seco si cabe y evidentemente le costaba penoso esfuerzo pronunciar cada palabra. Monk le trajo un poco de agua de la nevera.

Procedía del laboratorio. Doc y sus hombres la bebían destilada desde que, en cierta ocasión, se trató de envenenarles empalmando una cañería al conducto que suplía de agua al distrito habitado por ellos.

El falso Nizam, aquél a quien había Doc vencido, el mismo que se había tomado la droga para evitar un interrogatorio, continuaba durmiendo en el pasillo secreto, tras de la pared del laboratorio.

Pero su presencia allí continuó siendo un secreto para los ayudantes de Doc puesto que ninguna razón podía moverles a dedicarle un examen del oculto departamento.

La raní tomó el vaso con agradecimiento.

Ham se encargó a la sazón de interrogarla con suavidad. Le contrariaba ver llevar a Monk la iniciativa en aquel o en otros asuntos.

—Nosotros albergamos la sospecha de que se oculta algo de mayor envergadura tras del robo de las joyas —le dijo—. ¿Qué piensa usted de esto?

La pregunta produjo marcado efecto en la raní a pesar de no distinguirse sus facciones. Se volvió a medias como si tratase de huir.

Luego se encaró con ellos. Bajo el velo tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Detrás hay mucho, en efecto —replicó con voz apenas perceptible.

—¿Puede decirnos qué es? —interrogó Ham.

Ella se retorció las manos.

—Van a creerme loca —replicó—, pero, no puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Tampoco puedo explicarle esto —contestó la raní a quien todavía le costaba un esfuerzo pronunciar palabra.

Su actitud sorprendió más que a ninguno al Nizam. Se precipitó hacia ella, la asió por un brazo y le habló en el idioma de Jondore.

La raní meneó la cabeza. Para contestarle se sirvió de la misma lengua. El Nizam le hablaba ahora con aspereza. Ella continuó moviendo la cabeza.

Los tres ayudantes de Doc no comprendían nada y por ello se contentaron con presenciar en silencio la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

AL cabo el Nizam se encogió de hombros.

—Por lo visto Rama Tura se propone llevar a cabo algo horrible, mas la raní se niega a decirme lo que es. Esto no es propio de ella.

—Sin duda Rama Tura ejerce sobre ella su perniciosa influencia —sugirió Ham.

El Nizam y la raní volvieron a cambiar algunas palabras en jondoreano. El Nizam se mordía los labios, muy sorprendido al parecer.

—No se trata de Rama Tura —explicó a sus acompañantes—, sino de la inteligencia a quien aquel tunante obedece.

Ham hizo algo raro en él. Dejó caer al suelo su bastón.

—Rama Tura no es la inteligencia directora ¿Quién es, pues? —exclamó.

—Esto es justamente lo que se niega a decirnos la raní —replicó el Nizam.—. Dice que comprenderemos el motivo cuando sepamos quién es… si es que llegamos a saberlo.

Monk observó:

—¡En menudo lío estamos metidos sin querer!

—Yo quisiera saber lo que ha sido de Doc —dijo a su vez Long Tom.

La raní habló en idioma jondoreano. Lo que dijo movió a dar un salto a su cuñado.

—¡Doc Savage está preso! —gritó dirigiéndose a sus acompañantes—. La raní le ha visto entrar en el nuevo refugio de Rama Tura.

—Quizá puedan ustedes ponerle en libertad —dijo rápidamente la raní en lengua inglesa.

—Pero, supongo que su fuga les moverá a cambiar de refugio —observó Long Tom—. ¿O es que la han puesto a usted en libertad? —agregó con sarcasmo.

—Es posible que ellos no hayan descubierto aún mi huida —explicó la raní—, ya que me dieron una tableta de morfina la cual escupí sin que se dieran cuenta. AL fingirme dormida me dejaron y así he podido escapar.

—¿Podría mostrarnos el lugar donde se encuentran? —inquirió vivamente Long Tom.

—Puedo.

Monk asió al cerdo, Habeas Corpus, por una de las descomunales orejas y le arrastró hasta la puerta del piso.

—¡Partamos! —exclamó.

La raní les condujo a uno de los barrios comerciales más sucios de la ciudad ocupado por almacenes, pequeñas fábricas, y despachos por alquilar.

Cuando llegaron a él ofrecía un animado cuadro en el cual se cruzaban sin cesar coches y autos de transporte, camiones, tranvías, carros y toda suerte de vehículos velocísimos.

En sus aceras se charlaba sobre todo de dinero, de cuentas corrientes, pagarés, reembolsos, facturas y corretajes. Nadie les prestó atención.

En obediencia a una orden de la raní, Long Tom acercó el coche a una de sus aceras.

—El refugio se halla instalado en aquel edificio, que se eleva en mitad de la manzana —le dijo ella.

Era una soberbia construcción que constaba de ocho pisos. Tenía sucias las ventanas pero, también sucias estaban las ventanas de las demás casas de la manzana.

Su entrada, muy deslucida, era amplia y hubiera pasado por ella un coche de haberse construido con aquel objeto. Pero estaba cerrada por una puerta de metal que quizá fuera sólida.

—¿Está segura de que es aquí? —interrogó Monk.

—Segurísima —replicó la raní—. Voy a guiarle. Le llevaré a la parte de atrás del edificio que es por donde he escapado.

—¿Sabe exactamente donde se encuentra Doc?

—No.

Monk miró a sus compañeros.

—Propongo que entremos ahí dentro por la escalerilla de seguridad —dijo.

Long Tom que no obstante su cuerpo endeble era tan fuerte como el propio Monk, aprobó la idea con un gesto vehemente.

Ham sacudió la cabeza con menor entusiasmo como siempre que se trataba de secundar una opinión de Monk.

En consecuencia Long Tom volvió a meterse con el coche en mitad del arroyo, hizo alto junto al guardia encargado de dirigir el tráfico rodado, luego, muy lentamente, le dio la vuelta a la manzana. En el intervalo el guardia había abandonado su puesto con objeto de ordenar que se apartase de la acera un coche estacionado junto a ella.

Long Tom se abrió paso por entre el aluvión de vehículos en movimiento y pisó el acelerador. El coche —era la propia limousine de Doc— saltó como despedido por la catapulta de un lanza — aviones.

Sus neumáticos rechinaron mientras avanzaba, describiendo una vuelta completa en dirección de la acera.

La raní exhaló un grito de espanto. Monk la rodeó con los brazos en un gesto de protección. El coche tocó materia dura con un estampido igual al que hubiera producido al estallar una caldera de vapor.

Cedió la puerta metálica y el coche penetró en el interior del edificio.

Ni Monk ni sus compañeros se apearon. Permanecieron dentro del coche y miraron, curiosos en torno.

En ninguna otra parte hubieran estado más seguros que en el interior de aquella fortaleza móvil, protegida por planchas de acero y cristales irrompibles.

Incluso el gas no podía penetrar en él… siempre, naturalmente, que no agrietaran sus costados.

Sonó el disparo de un arma de fuego. EL proyectil rebotó sobre la capota del coche. Procedía de un pequeño baldón abierto en el

muro posterior de la casa.

Monk abrió la portezuela de la limousine bien armado del revólver ametralladora.

Este gimió. El sujeto que acababa de hacer fuego sobre el coche tornó a disparar dos veces seguidas, luego se quedó dormido de pie al parecer y tambaleándose descendió los peldaños que conducían al balcón.

Monk se apeó.

—¡Tomemos la plaza! —les gritó a sus compañeros por encima del hombro.

Ellos se echaron fuera, salieron de la limousine por ambas portezuelas empuñando las pistolas —ametralladoras. El balcón era, por lo visto la única entrada a la casa que allí había, y así todos corrieron hacia él.

La raní fue la última que salió de la limousine. Echó a andar detrás de ellos, titubeó, dio media vuelta y tornó a meterse en la fortaleza móvil.

Monk la estaba mirando por encima del hombro.

—Indudablemente tiene sentido común —gruñó para sí—. La lucha no se ha hecha para las mujeres.

Un oriental saltó fuera del balcón al ascender ellos sus peldaños; le acogieron a tiros de gracia y el hombre se perdió corriendo de vista.

La cosa no era de extrañar porque el estupefaciente de que estaban cargadas las ametralladoras tardaba unos segundos en producir su efecto.

La escalera era suficientemente amplia y así ellos llegaron a su cima casi a un tiempo.

—Extendeos —dispuso Monk—. No podemos arriesgarnos a que nos fríen a todos juntos.

Franquearon los umbrales de una puerta, ascendieron unos cuantos peldaños más y se hallaron en las regiones altas de la casa. Monk se dirigió sin vacilar a otra puerta que acababa de descubrir.

Entonces fue cuando comenzó realmente la pelea. En la oscura habitación que se hallaba al otro lado surgió inesperadamente una chispa prolongada de fuego acompañada de un ruido atronador semejante al que hubieran producido mil cohetes que estallaran en rápida sucesión.

Monk se tiró al suelo. Ni él mismo acertaba después a comprender cómo lo había hecho tan velozmente.

La cascada de proyectiles procedentes de la ametralladora deshizo a medias el marco de la puerta, se lo comió cual fiera hambrienta.

—¡Caramba! Es evidente que esta gente nos aguardaba! —comentó Monk a media voz.

Decía aquello porque se disparaba sobre ellos con una ametralladora pesada y esta especie de armas van montadas sobre un trípode que no se emplaza en un momento.

¡Plom! La explosión sonaba de un modo singular, blandamente. Ella engañó a Monk de momento pero, casi al instante percibió el olor penetrante de los gases lacrimógenos.

¡Crac! Esta segunda explosión se producía con la rapidez del rayo y asimismo fue acompañada de vivo resplandor.

Monk se dio cuenta de una gran fuerza que venía a estrellarse sobre su pecho; era un madero arrancado por una granada de la parte alta de la escalera.

La siguió gran cantidad de humo, polvo y escombros. Monk bajó corriendo la escalera y salió al balcón.

Junto a él estaban Long Tom, Ham y el Nizam de Jondore. Los tres presentaban leves heridas y magullamientos, pero se mantenían todavía vigorosos.

Cosas sorprendentes en realidad habíanle sucedido al gran patio donde dejaran el coche. De su techo habían caído grandes trozos de yeso y por las aberturas abiertas recientemente asomaban las bocas de otras armas de fuego.

Asimismo se había cerrado la puerta mediante una reja de gruesos barrotes de hierro que quizá habían sido allí colocados anteriormente para proteger la casa contra un posible asalto a mano armada. Tronó un arma de fuego y su proyectil le pasó tan cerca a Monk que le hizo caer al suelo al intentar esquivarlo.

Entonces volvió con sus compañeros a la semiderruída escalera. Pero ya no podía ofrecerles seguridad.

Monk le hizo una seña a Ham.

—¡Eh, tú, saca "las negras"! —le pidió.

"Las negras" eran bombas cargadas de humo denso y negro. Ham las extrajo una a una de su bolsillo y las arrojó delante de sí. AL

estallar esparcieron densa cortina de vapor que llenó en el acto todo el patio.

Protegidos por ella descendieron la escalera. Las continuas descargas les ensordecieron; las balas producían ruidos secos, espeluznantes, al caer en forma de granizada sobre el suelo y paredes del patio.

Así y todo lograron llegar junto a la limousine y Monk puso la diestra en el pomo de una portezuela.

—Diantre —exclamó—. Abrid las otras. Esta está cerrada, sin duda por equivocación.

Long Tom, Ham y el Nizam dieron una vuelta completa en torno del coche y poco después dejaron oír a Monk repetidas exclamaciones de sorpresa.

—¡Están cerradas todas! —le participaron.

Monk tiró hacia sí de la portezuela que tenía delante, dio con el puño cerrado sobre los cristales diciéndose al propio tiempo que era un simple, porque ni siquiera valiéndose de un cartucho de dinamita o de acetileno hubiera logrado franquear la entrada de aquella móvil fortaleza.

Inesperadamente vió moverse algo y pegó la nariz al cristal.

La raní continuaba ocupando el interior del coche.

—¡Abra! —le pidió Monk—. Somos nosotros.

Ella le vió, le oyó. Le miró a los ojos. Pero no abrió la portezuela.

Transcurrió un minuto antes de que el químico comprendiera la triste verdad.

—¡Nos ha engañado! —rugió al cabo—. ¡Ella es quien nos hace caer en la trampa!

Bramando tiró por segunda vez de la portezuela. Se asemejaba más que nunca a un gorila presa de un ataque de furor.

—Voy creyendo —se dijo— que la raní es la inteligencia que dirige toda la trama.

Fuera como fuere el caso era que no había manera de poder entrar en la limousine. El propio Doc Savage, había adoptado las medidas convenientes para que jamás ocurriera semejante cosa; ni tampoco había escape por la puerta.

Así y todo probaron salir, mas en vano. Un grueso candado pendiente de su cadena correspondiente sujetaba la reja al suelo

fuertemente.

Las balas seguían cayendo en el patio pero, gracias al humo surgido de las bombas ninguna de ellas había logrado producirles más que un continuo sobresalto.

—Situémonos debajo del coche —ordenó la voz de Ham tras de la cortina de humo.

—¡Excelente idea! —aprobó Monk—, debo de confesarlo.

La limousine tenía una amplia base, pero no suficientemente ancha, lo descubrieron entonces.. cuando pretendían instalarse bajo ella.

Así se acurrucaron muy junto unos de otros y asomaron melancólicos la cabeza para atisbar al exterior.

Monk acarició el suelo de hormigón.

—Confío —declaró—, en que no se les ocurrirá a esos tíos ponerse a jugar al billar con las balas. ¡Tendría gracia que quisieran hacer carambola a nuestra costa!

El Nizam comenzó a toser y a carraspear debido a los efectos del gas que comenzaba a descender de las regiones altas de la casa. Sus enemigos tosían también, pero sus toses eran producidas por el humo de las bombas.

Monk olfateó el aire, preocupado. Se preguntaba lo que tardaría el gas en tomar cuerpo y en moverle a verter lágrimas.

Simultáneamente se dio cuenta de un nuevo olor. Era éste distinto del otro y acababa de producirse. De haber estado ya en el aire se hubiera dado cuenta con tiempo de su presencia en el patio.

Aquel olor le tuvo perplejo un instante porque le era familiar. Luego recordó. ¡La representación de Rama Tura! Allí había olido por vez primera aquel aroma a incienso que llenaba el templo.

Y de pronto pensó en otra cosa muy distinta. En la multitud que invadía la calle.

—¡Socorro! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Socorro! ¡Que me asesinan! ¡Que venga la policía!

Era muy posible que el tiroteo hubiera pasado desapercibido o que los transeúntes le hubieran tomado por el zumbido incesante de un motor; asimismo la explosión podía achacarse a causas naturales pero, los gritos de Monk no podían dar lugar a error.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Por favor! —siguió aullando a más y mejor.

Bruscamente dejó de gritar. Una nueva voz se mezclaba ahora al alboroto promovido por sus gritos, voz irreal y no obstante dominadora.

¡La voz de Rama Tura!

—Debe ser una esperanza agradable la de suponer que la policía va a llegar a tiempo de salvarte —decía—, mas, no deja de ser una esperanza. Te cansas en vano.

La voz era impresionante. Su timbre le recordó a Monk el chirrido sobre la placa de un gramófono, de una aguja gastada.

Entre dientes preguntó a sus compañeros:

—¿Desde dónde habla ese hombre, camaradas? Decídmelo y le largaré unos cuantos tiros.

—Di. ¿No sientes algo raro? —le preguntó Ham.

Monk creyó que le hablaba en broma para no perder la costumbre mas, pensándolo bien se dio cuenta de que Ham tenía razón y de que en efecto, se sentía enfermo, Luego le zumbaron los oídos.

La voz de Rama Tura sonaba a la sazón con más fuerza y llenaba el patio persistente zumbido.

—Sin duda creeréis imposible que permaneciendo a cubierto pueda sin embargo sumiros en la inconsciencia gracias a la sola aplicación de mi poder de concentración —tornó a decir—, pero, voy a demostrároslo prácticamente.

Long Tom chillaba ya:

—¡Mi cabeza, ay mi cabeza…!

No concluyó y a juzgar por el ruido que hacía, dedujo Monk que trataba de salir de debajo del coche. Pero, por lo visto ello le costaba un gran esfuerzo.

Monk le dio un empujón. Pretendía ayudarle. Entonces se dio cuenta del esfuerzo que le costaba realizar aquel movimiento. Algo anormal le ocurría a su cuerpo de simio.

Le hormigueaban los nervios y aquel hormigueo singular iba en aumento, a la manera de pequeñas descargas eléctricas. AL propio tiempo se le entumecían los miembros, se quedaba sin fuerza.

Trató de decir algo, de poner sobre aviso a sus camaradas, incluso de hablarles, de preguntarles cómo se encontraban pero, no salieron las palabras ni tampoco oyó ruido alguno que le indicara lo que hacían.

Quiso gritar de nuevo sin lograrlo tras de lo cual la voz de Rama Tura, como un eco, pronunció palabras procedentes, al parecer de un pozo de pequeño diámetro y enorme profundidad.

—Estás perdiendo el conocimiento —decía.

Que lo estaba diciendo fue la última cosa que Monk recordó después.

CAPÍTULO XI

DISPERSIÓN

AL recobrar Doc el conocimiento resonaban aún en sus oídos aquellas mismas palabras. Sólo que en esta ocasión le parecieron más fuertes porque su proceso mental se desarrollaba de manera algo anormal todavía.

Sacudió violentamente la cabeza. El movimiento le produjo un dolor irresistible. No obstante, cuando hubo desaparecido, pudo pensar con mayor lucidez.

Recordó su encuentro singular con Rama Tuna y rememoró también las escenas borrosas de lo que le pareció un sueño. Tiros.

Una explosión. Gritos de timbre varonil. Aquellas vagas reminiscencias podían deberse y sin duda se debían a hechos recientes. Es más: era muy posible que hubieran contribuido a su despertar.

Así pensando bajó la vista. Le habían atado los pies de manera singular y sin duda muy eficaz. Para ello se habían servido de una larga barra de hierro agujereada en ambos extremos.

A cada uno de ellos iba sujeto el miembro correspondiente mediante alambres de hierro de manera que le quedaban las piernas separadas y por consiguiente inutilizadas de momento, ya que no podía hacer fuerza con ellas.

AL propio tiempo le habían ligado las muñecas a la espalda. Intentó separarlas una de otra, mas en vano. A pesar de su fuerza extraordinaria no pudo romper ni un eslabón de la cadena.

En cambio el esfuerzo hecho volvió a producirle aquel violentísimo dolor de cabeza. Apretando los dientes sacó con violencia de su sitio uno de sus brazos —hazaña que le era familiar — y el movimiento colocó delante de sí las esposas que le oprimían

las muñecas.

Entonces, sirviéndose de la punta de los dedos ejerció una presión violenta sobre los centros nerviosos que le eran accesibles y logró mitigar bastante el agudo dolor que sentía en la cabeza.

Había cogido la barra de hierro que mantenía sus pies separados y estaba pensando en tratar de doblarla hacia arriba cuando sonaron muchos pasos en la escalera.

Bronceados naturales de Jondore irrumpieron después en la pieza que era muy larga y hermosa, y provista de puertas a cada extremo. Los jondoreanos parecían estar muy disgustados.

Al pasar le dirigieron miradas centelleantes mas, a la sazón Doc estaba tendido en supina posición y había vuelto a colocar las muñecas a su espalda como si no hubiera recobrado aún el conocimiento.

Un oriental observó:

—El tigre muerto es el único que no hace daño. ¿Por qué debemos dejar que viva ese hombre… y los demás?

—Porque tal es deseo del mají, Señor de todas las cosas —replicó el otro.

—Pues Rama Tura quisiera mejor verlos muertos.

—El cachorro no se come el alimento de su padre —replicó el segundo jondoreano—, si no es tonto. Rama Tura es un sirviente lo mismo que tú y que yo.

—Lo mismo, no. Él hace uso de los poderes que le presta el mají.

En aquel mismo instante penetraron otros seis jondoreanos en la pieza, cargados con el peso de Rama Tura y de su féretro singular que parecía servirle de lecho y de litera a un tiempo.

Detrás llegaron otros compañeros llevando en brazos a Long Tom, Ham, Monk y el Nizam que al parecer no se daban cuenta de lo que les pasaba.

La raní marchaba entre ellos, sin que nadie la guardase. Se había bajado el velo y éste ocultaba la expresión de su semblante a las miradas indiscretas.

Sin duda Rama Tura había dado órdenes de antemano porque Doc Savage fue levantado del suelo, colocado a hombros de dos vigorosos jondoreanos que así y todo le manejaron con cierta dificultad y la procesión salió de la pieza por la puerta abierta en el extremo opuesto.

Cruzaron de esta suerte una segunda pieza, sortearon un espacio lleno de escombros, de yeso y de ladrillos, y se metieron por una abertura hecha recientemente en la pared.

Ella les dio acceso a otro edificio aparentemente vacío y descendieron una escalera.

En la calle se hallaban estacionados cuatro grandes camiones. La procesión marchó directamente en su dirección, penetró en su interior.

Doc oyó sonar los silbatos de la policía en la calle principal sita al otro lado del edificio así como en las dos laterales. Mas, les ahogó el trepidar de los automóviles.

Sin que nadie les molestara se alejaron de la casa, cosa que no sorprendió a Doc porque justamente recorrían a cientos aquella parte de la ciudad los camiones de transporte.

Aunque seguía fingiéndose inconsciente, y ello dificultaba hasta cierto punto su visión, no perdía ocasión de ver cuanto sucedía fuera y dentro del vehículo que le llevaba.

Rama Tura y la raní les seguían en otro coche y en distintos camiones iban también los prisioneros. Doc se encontraba solo en medio de un enjambre de jondoreanos que patentemente deseaban quitarle la vida, pues discutían la manera de hacerlo sin disgustar a su amo.

—No sería la primera vez que se disparara accidentalmente un arma de fuego —decía uno de ellos en defensa de su modo de pensar.

—Sí, mas, no olvides que el disparo de un arma de fuego se oiría en la calle —replicó otro quitándole las ilusiones.

—En ese caso ¿tendría yo la culpa de que una sacudida del coche me echara encima de ese hombre en el momento de tener empuñado un cuchillo?

—No, mas quizá Rama Tura pensara de manera distinta.

Poco después el propio Rama Tura debió dar órdenes adecuadas porque se separaron los camiones. El que llevaba a Doc Savage siguió avanzando con estruendo.

Tras de contar sus vueltas y de calcular la velocidad alcanzada Doc dedujo que debían estar a la sazón en el campo.

Le afirmó en su creencia el hecho de que hubieran dejado de oírse los ruidos del tráfico urbano. Además el camión penetraba

entonces en un camino mal empedrado.
El chófer desaprobó jurando a más y mejor el estado de aquella carretera.
De ambos lados del camión se elevaron crujidos, rechinamientos alarmantes. Actuaban los frenos. AL cabo el coche se paró.
Doc permaneció una hora larga en su interior. Transcurrido que hubo aquélla, llegaron los otros tres camiones y entonces fue sacado del suyo.
AL punto divisó en el camino a Monk y a sus camaradas atados y amordazados. De ellos únicamente Ham había recobrado el conocimiento.
Transcurrió más tiempo. Todos aguardaban algo, al parecer. Por fin apareció Rama Tura llevado en su caja por robustos jondoreanos.
Con Rama Tura llegó la raní velada siempre.
Rama Tura hizo un gesto, le indicó el camino del Oeste. El hecho interesó a Doc porque en el transcurso de la hora pasada en medio del camino había oído zumbar el motor de varios aeroplanos. En aquella dirección debía haber un aeropuerto.
Pero, la raní tenía algo en proyecto. Gesticuló, dijo algo con vehemencia manifiesta. Sus palabras no llegaron a oídos de Doc Savage.
Pero, se hallaba colocado de manera tal que sin esfuerzo distinguió el movimiento de sus labios —Kadir Lingh lo mismo que Doc Savage y sus hombres deben seguir presos— decía en idioma jondoreano.
Rama Tura la respondió conforme a su manera característica, es decir: sin mover apenas los labios por lo que no logró Doc entenderle. Evidentemente, sin embargo, aseguraba a la raní que los cautivos no sufrirían daño alguno.
—¡No deben morir! —dijo insistiendo la raní.
Esta vez Doc comprendió al punto la respuesta de Rama Tura porque le vió hacer un gesto de asentimiento.
La raní partió acompañada de dos orientales.
Rama Tura se acercó a él y le pegó un puntapié en un vacío. Su fuerza era sorprendente si se considera el aspecto esquelético de su persona.
—¡Vas a morir —le dijo a Doc—. Vas a morir ahora mismo.

Hasta aquel momento el hombre de bronce había simulado la pérdida del conocimiento, mas, lo doloroso del puntapié que acababa de recibir le movió a dar leves señales de vida.

Mas no abrió la boca. Por lo visto Rama Tura tenía en poco sus promesas… o si no todas, por lo menos la que acababa de hacerle a la raní.

Se inclinó sobre Doc y colocó junto a su rostro la máscara de su semblante.

Repentinamente dióse cuenta Doc Savage de que aquel hombre no era lo que parecía. El aspecto cadavérico de sus facciones se debía a un hábil maquillaje.

¿Cómo era, en realidad, el rostro que había debajo? No hubiera podido decirlo.

—Te has metido en asuntos que no te conciernen, hombre de bronce —tornó a decirle Rama Tura ahuecando la voz.

Doc siguió callado.

—Y ni siquiera sabes en qué consisten —siguió diciendo Rama Tura—. Voy a decírtelo, pues supongo que te interesará saberlo antes de morir.

Doc simuló interés.

Su expresión espoleó la vanidad del oriental, pues continuó de esta suerte:

—Se trata de grandes proyectos, hombre de bronce. De hechos tan grandes como los que narra en ocasiones vuestra historia. Me atrevo a asegurar que jamás has conocido otros, de tal envergadura.

Con objeto de que el oriental le revelara algo más, Doc replicó con indiferencia:

—Hablas sin duda por darle gusto a la lengua.

Rama Tura denegó con un ademán.

—¿Crees que miento? —murmuró—. Nada de eso. Tengo mi amor propio; tengo derecho a tenerlo ¿no? y por ello me hiere tu incredulidad.

Doc le miraba fijamente.

—Tú has adivinado que el robo de las joyas no es, en realidad el verdadero móvil de mis actos. Eres listo, pues, en efecto, no lo es Pero, no has adivinado, sin embargo, cuáles son mis proyectos, el plan combinado por mí y por mi maestro el mají.

Doc continuó clavando en él una mirada intensa, tratando de

mantener fijos en sus doradas pupilas los malignos ojos negros del oriental.

—Si los conocieras... ¡son fantásticos!— continuaba diciendo Rama Tura —. Es decir: te parecerían horribles, sin duda, porque ellos implican la pérdida de cientos de vidas y, tal vez de varios miles más adelante. ¿Qué? ¿No te horroriza tal idea? —interrogó.

Doc no dijo nada. Siguió mirándole.

—Lo que se oculta tras de mi actuación es..., ¡ah, no, no! no voy a decírtelo —dijo el oriental, evidentemente complacido de su astucia.

Doc le miraba siempre con fijeza. Y de pronto Rama Tura dejó escapar un grito; de un salto retrocedió unos pasos volviendo el rostro.

Acababa de comprender, súbitamente, lo que Doc trataba de hacer. ¡El hombre de bronce pretendía hipnotizarle!

Mas él dio varias zapatetas en el aire, lo mismo que si estuviera ardiendo la suela de sus zapatos, y se dio de cachetes en el rostro y en la cabeza, como para despertarse.

Casi le había atrapado el hombre de bronce y al solo pensamiento de su astucia enloqueció de rabia.

—¡Hola! ¿También tú sabes hacer cosas calificadas de extraordinarias por el mundo? —exclamó en son de burla y haciendo al propio tiempo una castañeta con los dedos—. ¡Bah! Nada te valdrán. En este momento eres como un niño en mis manos y ni siquiera niño parecerías si cayeras en las manos del mají, mi maestro.

Doc replicó en tono seco:

—Tal vez sé más de lo que supones...

Rama Tura dejó oír una risa despreciativa.

—Tengo en mi poder el dinero que trataste de defender —observó—, y en este momento, encerrado en camiones de transporte, se encamina a...

Se interrumpió, dándose cuenta, de pronto, de que estaba hablando otra vez de más. Enderezándose, llamó a sus hombres y a gritos, les dijo:

—No demoremos por más tiempo la muerte de estos hombres. Ea, manejad los puñales, respetando la vida del Nizam. Son órdenes superiores.

Los jondoreanos avanzaron en masa. Evidentemente habían estado aguardando con ansiedad que llegara el momento de poder dar rienda suelta a sus perversos instintos.

El lugar escogido para llevar sus armas era un cinto de cuero que les rodeaba las canillas y con objeto de cogerlas, varios de ellos se arremangaron la boquilla del pantalón.

Doc les demostró que podía moverse a pesar de que estaba maniatado de pies y manos. Un acróbata le hubiera envidiado la serie de rápidos saltos que dio en un instante.

Saltaba con todo el vigor de un salmón recién sacado del agua y se preparaba a hacer todavía más.

Buscaba la manera de situarse de espaldas al viento de manera que aquél soplara a sus enemigos. No es que soplara mucho en aquellos momentos, mas con un poco tenía de sobra.

Al cabo logró colocarse como deseaba.

Entonces asió por el extremo una de las perneras del pantalón que llevaba puesto, luego la otra y las abrió sin descoserlas, rasgándolas de manera que quedara la boquilla sin el dobladillo que la remataba.

Un polvillo amarillo surgió al punto de una costura; de la otra un polvillo azul. Doc se sacudió de manera que se mezclaran al caer.

El resultado de su acción fue sorprendente. Con un ¡Booch! especial, semejante por la luz y el sonido al fogonazo del magnesio, surgió de los polvos una llama verdosa, apagada, de la cual se desprendió una columna de humo de un bilioso matiz.

El primer oriental que penetró aturdidamente en ella dejó escapar un grito de dolor, y cayó cuan largo era. La piel de su rostro y manos cubrióse instantáneamente de ampollas.

De su diestra se escapó el cuchillo, que cayó cerca de Doc Savage.

Doc había rodado para apartarse de la nube de humo, gaseosa combinación de ácidos capaz de producir dolorosas quemaduras, se apoderó del cuchillo y se lo echó a Monk que estaba alerta y lo cogió; luego, Monk a toda velocidad, libró sus piernas de las ligaduras que las oprimían.

Sobre él se precipitó un oriental armado de cuchillo, mas, el químico, dando de momento, al olvido las reglas del arte, le asestó

un vigoroso puntapié en la barbilla.

A continuación puso en libertad al Nizam, Long Tom y Ham. Esa operación no era tan fácil como parecía pues por dos veces seguidas le embistieron los bandidos jondoreanos y tuvo que rechazar sus ataques derribándoles de un puñetazo; luego echar una llave a un individuo que pretendía hacer uso del revólver.

Entre tanto Doc Savage había continuado la singular fuga emprendida y a la sazón se hallaba tras de un árbol, tratando en vano de romper los eslabones de las esposas, que eran muy resistentes.

Al mirarlas con más detenimiento reparó en que estaban hechas de una aleación de metales. Por primera vez veía unas así.

Dio una voz, —tan educada la tenía que se impuso al alboroto— y ordenó a sus hombres que corrieran en torno a la columna de humo gaseoso procurando atraer a sus perseguidores en dirección de ella. Les dio la orden en lengua maya de la cual se servían siempre que no deseaban ser comprendidos.

Monk y sus compañeros le obedecieron al punto. Deseosos de apoderarse de ellos cuanto antes, varios de sus perseguidores penetraron en el seno del ardiente y acre vapor. Sólo tres lo rodearon. Los tres iban armados.

Removiendo la tierra con el pie, Doc acababa de descubrir una rama desprendida entre las hojas secas caídas al pie del árbol.

Esta rama era muy gruesa y no estaba podrida todavía, por lo cual no era fácil tarea el romperla. Doc lo hizo, sin embargo, valiéndose de sus manos esposadas que acababa de colocar delante de sí, mediante el juego de brazos que ya conocemos.

Con la misma facilidad que si se tratara de pequeñas ramillas, la dividió en tres partes iguales.

Por entonces los tres jondoreanos que habían rodeado la columna de humo se disponían a hacer fuego sobre los camaradas del hombre de bronce.

Doc arrojó sobre cada uno de ellos los pedazos de la desprendida rama.

Dadas las circunstancias logró dar en el blanco hasta cierto punto, ya que tocó a dos de los jondoreanos, mas así y todo, quedó decepcionado.

Long Tom y Ham se echaron sobre el tercero arriesgándose a

recibir un tiro y probablemente lo hubieran recibido de no ser por la oportuna intervención de Monk que desplegando una destreza sin igual, arrojó al aire el cuchillo que fue a clavarse en el pecho del oriental, junto a su corazón.

El hombre se desplomó.

Sus compañeros huían rápidamente de la nube de humo que el viento impulsaba en su dirección. Una vez que se hubieron situado a respetable distancia de ella, abrieron el fuego.

—¡Corred! —gritó Doc.

Manipulaba en el alambre pasado por ambos extremos de la barra de hierro que le tenía, sujeto los tobillos. Monk se paró a ayudarle. Los otros siguieron corriendo y se retiraron en obediencia a la voz de mando de Doc.

Este dijo, sombríamente:

—Monk, tú has arrojado el cuchillo de manera que se ha clavado en el pecho de un hombre...

Monk bajó la cabeza. Sabía muy bien que Doc les tenía prohibido quitar la vida de todo ser humano —era uno de sus principios invariables— y por ello rehuyó la mirada del hombre de bronce.

—¡Oh, no! —protestó. Luego cambió de idea, pues sabía que no podría mentir a Doc.

—Te diré: estaba excitado... —confesó.

Como Doc tenía ya libres los tobillos se levantó y echó a correr. En torno comenzaban a caer trozos de corteza arrancada de los árboles por el continuo tiroteo. A juzgar por el estruendo de las armas de fuego se hubiera dicho que se libraba una batalla en toda regla.

—Me parece que lograremos escapar —dijo Monk sin aliento.

Y así fue. O los hombres de Jondore no eran buenos corredores o no quisieren molestarse en perseguirles. Tras de cubrir aproximadamente a la carrera una media milla, llegaron, los cuatro, a una carretera muy transitada y allí aguardaron el paso de un automóvil. Long Tom se desprendió, generoso, de su reloj de pulsera, que no era de un gran valor, y Doc se sirvió de su muelle para abrir la cerradura de sus esposas.

El conductor de un coche que no quiso detenerse estuvo a punto de atropellar a Monk; por fortuna el que le siguió fue más amable y

se avino a conducirles a la ciudad. Doc no les acompañó.

—Tened cuidado, amigos —les advirtió—, porque lo mismo Rama Tura que ese mají (sea quien quiera) son muy astutos. Como vuelvan a poneros las manos encima os matarán sin dilación.

Monk replicó, gruñendo:

—Mira no seamos nosotros los que les echemos el guante...

Ham le reconvino.

—¡Déjate de fanfarronadas! —exclamó.

—¿Qué piensas hacer ahora, Doc? —quiso saber Long Tom.

Doc Savage respondió a la pregunta.

—Dentro de poco estaré con vosotros en el rascacielos —fue lo que dijo.

Se mantuvo inmóvil en mitad de la carretera viendo cómo desaparecía el coche que conducía a Long Tom, Monk, Ham y el señor de Jondore, y cuando le hubo perdido de vista se internó en el bosque.

Oyó tiros después de haber recorrido una media milla. Procedían del Oeste.

Lo menos contó veinte. Doc echó a correr a una velocidad que hubiera dado que pensar al corredor de cualquier Universidad.

Al cabo de un instante oyó zumbar los motores de un aeroplano, por lo menos debían ser dieciséis, mas, agrupados de tal manera que debían estar colocados en cuatro aeroplanos.

Vió los aparatos de vuelo poco después y les atisbó colocándose bajo la copa de un árbol con objeto de no ser visto desde arriba.. Eran cuatro grandes naves que pertenecían a determinada Compañía transcontinental.

Los cuatro pertenecían al mismo tipo y le parecieron ser los destinados al transporte de pasajeros que, ordinariamente suelen hacer el recorrido de Los Ángeles a Nueva York y viceversa.

Cuando los hubo perdido de vista reanudó la marcha. Ahora sabía ya lo que iba a encontrar.

En efecto: al aproximarse al aeropuerto descubrió el cadáver de un hombre.

Verlo y lanzar un suspiro de alivio todo fue uno, pues había temido descubrir muchos más.

Siguió andando y más adelante tropezó con varios heridos leves, pertenecientes, todos ellos, al personal empleado en el aeropuerto

de la ciudad. Lo ocurrido recientemente en él no podía ser más violento sanguinario y simple a la vez.

Los hombres de Rama Tura lo habían asaltado y tomado por fuerza los cuatro aeroplanos que necesitaban. En uno de éstos se había colocado el cargamento de un pequeño camión lleno de paquetes que ostentaba la estampilla de un Banco muy conocido.

La cosa bastó para que Doc comprendiera que se trataba del dinero procedente de la venta de las joyas iniciada por Rama Tura.

Doc indicó las medidas que le parecieron más convenientes para la persecución de los aeroplanos. Luego regresó a la ciudad.

Penetró en el rascacielos donde tenía instalado su cuartel general, por el garage secreto y el ascensor extrarrápido.

Apenas hubo sentado la planta en el pasillo del piso octogésimo sexto, se dio cuenta de que ocurría algo extraordinario. Estaba abierta la puerta del despacho y al otro lado vió al Nizam, a Ham y Long Tom muy preocupados.

—¿Qué hay? —les interrogó.

—¡Monk ha desaparecido! —le contestó Ham muy impresionado.

CAPÍTULO XII

LA SORPRESA DEL NIZAM

LA ansiedad que revelaba la voz del abogado cuando le anunció a Doc la noticia era sorprendente, considerando el hecho de que entre él y el químico desaparecido no se cambiaba nunca ni una palabra cortés.

Ello demostraba, pues, que, a pesar de estar riñendo de continuo, Ham tenía a Monk por su más caro amigo. La verdad era que cualquiera de los dos hubiera arriesgado la vida por salvar la del otro.

Es más: así lo habían hecho en varias ocasiones.

—¿Cómo ha ocurrido eso? —deseó saber Savage.

—¡Ah, no sé; ha desaparecido! —murmuró Ham.

—¿Habéis llamado por teléfono a su estudio?

—Ya lo hemos hecho —replicó pausadamente Ham—. ¡Por Jove! Espero que no le habrá ocurrido nada malo.

Long Tom dijo con un gruñido.

—La verdad es que no os entiendo. Os pasáis la vida peleando y, no obstante, en cuanto uno de vosotros cree que el otro puede hallarse en un brete, prorrumpís en llanto.

—Me voy en busca de Monk —exclamó Ham, sin hacerle caso—. Algo terrible le ha sucedido ¡estoy seguro de ello!

Doc le aconsejó, sin perder la calma:

—Aguarda hasta ver lo que sucede. Mientras no tengamos una base sobre la cual actuar, será inútil que hagamos nada.

Mirando al Nizam, agregó:

—Rama Tura me ha confesado que, en efecto, alberga grandes proyectos y no creo que haya mentido al decir esto. ¿Podría usted indicarnos si lo sabe, en qué consisten?

El Nizam ponderó la pregunta. Al ser descubierto por Doc iba correctamente vestido, pero la violencia de la lucha pasada le había puesto en un estado lamentable.

—Me han desposeído de mi fortuna —dijo al fin—. Nada más puedo decirle.

—Yo creo que se está usando para obtener dinero, mucho dinero, destinado sin duda a facilitar esos planes en proyecto —manifestó Doc—. Desde luego esta es una teoría mía. Hasta ahora nada prueba que haya sido robada por el mají y Rama Tura.

El Nizam se encogió de hombros.

—Esto me contraría —confesó—. ¿Qué le vamos a hacer?

Doc penetró en el laboratorio, abrió la puerta del hueco abierto entre los dos muros y a rastras sacó fuera de él a una persona ligada y amordazada, que parecía estar durmiendo.

Todos echaron de ver la reacción sufrida por el Nizam a la vista del prisionero... y la recordaron más tarde. Hasta aquel momento el Señor de Jondore habíase mostrado frío y en calma. De pronto pegó un bote y se echó a temblar visiblemente.

—¿Qué es esto? —gritó en su idioma nativo, aparentemente olvidándose de hablar en inglés de pura excitación.

—Este sujeto —le explicó Doc,— es el mismo que ha pretendido hacerse pasar por usted. Recordará que el hecho se verificó inmediatamente después de la llegada de usted en avión y de su captura llevada a cabo por los jondoreanos.

El Nizam continuaba temblando con violencia. Su piel bronceada iba adquiriendo plomizo matiz.

—¿Le conoce usted? —interrogó Doc.

El Nizam rodó por el suelo víctima de un repentino síncope.

Doc examinó la inerte figura del Señor de Jondore que hasta hacía poco había sido, asimismo, rico como un Creso, y se le escapó la misteriosa, fantástica, impresionante nota que ya conocemos.

Fue una cadencia que iba en aumento. Se elevó, se elevó semejante al gorjeo de un ave exótica, en la selva, para extinguirse después, súbitamente.

—Esto es algo con lo que no contábamos —observó.

Long Tom se tiró abstraídamente de una oreja. Era ésta muy grande y sólo un poco menos trasparente que una hoja de papel de seda. Pero no dijo nada.

Mientras miraba al desmayado Nizam, Ham confesó:

—Quisiera saber dónde está ahora Monk.

Doc administró un cordial al Nizam quien respondió a él de manera tan satisfactoria, que cabía albergar la esperanza de verle muy pronto restablecido.

A continuación se acercó al falso Nizam. Sirviéndose de una aguja hipodérmica le inyectó una inyección de determinada droga destinada a anular los efectos de la que primeramente le había privado del sentido.

—Este hombre —explicó a sus dos camaradas—, se ha tragado una droga que llevaba en la manga de la americana con objeto de perder el conocimiento y evitar de esta manera el ser interrogado. Es muy posible que se haya recobrado ya de sus efectos. Veremos cómo reacciona una vez salga de su desmayo por efecto de la inyección que acabo de aplicarle.

Mientras aguardaban a que el organismo de los dos jondoreanos absorbiera la química mezcla, Doc despojó de la chaqueta al falso Nizam para que no tuviera ocasión de hacer otra de las suyas y asimismo le quitó la mordaza.

Pero le dejó ligado de pies y manos.

Ham aguardaba paseando es torno de la habitación.

—Pero ¿y Monk? ¿No vamos a hacer nada por él? —dijo impaciente.

Doc le contestó:

—Todavía no es tiempo.

Ham se dirigió, sin responder, al recibimiento.

—¿Adónde vas?

—¡Voy en busca de Monk!

—Oye; no salgas.

Ham desapareció en el recibimiento.

—No. Me serviré del teléfono.

Long Tom y Doc Savage examinaron con atención a los dos Nizams, legítimo y falso, y repararon en que los dos recobraban los sentidos con una lentitud parecido. Casi a un tiempo volvieron a la vida.

Asimismo ¡cosa singular! fueron idénticas o casi idénticas sus reacciones.

Los dos abrieron los ojos, parpadearon, miraron en torno. Los

dos estaban despiertos, mas ninguno de ellos dijo una palabra.

Se disponía Doc a interrogarles cuando sonó un terrorífico aullido en el vestíbulo. Era Ham quien había lanzado aquel grito.

—¡Doc! ¡Mira esto! —exclamó con voz atronadora.

Doc salió con la velocidad de una flecha del laboratorio, cruzó la biblioteca y penetró en el recibimiento.

Pisándole los talones iba Long Tom. Ham se había detenido en mitad de la pieza y les señalaba con el dedo la puerta de la calle.

En su hueco estaba Monk, llevando bajo el brazo a su favorito Habeas Corpus.

—¿De dónde vienes? —inquirió el hombre de bronce.

—De la parte baja de la ciudad —replicó candorosamente Monk —. He estado en la casa donde acabamos de sostener la pasada lucha para ver de encontrar en ella a Habeas y ¡aquí le traigo, como veis!

Ham pareció presa, súbitamente, de un ataque de rabia que venía a reemplazar la ansiedad demostrada poco antes. Gruñendo iracundo corrió a un rincón y de allí, junto a la enorme caja de caudales, sacó uno de sus estoques que evidentemente había escondido mucho antes.

—¡Voy a sacarte las uñas de los pies y a ponértelas en las orejas! —dijo a Monk.

—¡Toma! ¿por qué? —interrogó Monk con acento de extrañeza.

Long Tom se encargó de responder.

—Por marcharte sin previo aviso. Ham ha estado derramando lágrimas de sangre con motivo de tu desaparición.

Ham enrojeció y su cólera le movió a decir algo, mas pensándolo mejor, guardó silencio. Tal vez en aquel momento no se le ocurría nada capaz de expresar sus sentimientos.

Monk sonrió complacido y murmuró:

—¿Conque le ha preocupado mi ausencia? Ya sé yo que me quie...

Ham no le dejó acabar.

—¡Calla o te rompo la cabeza! —gritó.

Y al mismo tiempo les dijo otra voz desde la puerta de la biblioteca:

—¡Soy yo quien me propongo rompérsela a todos como no levanten al punto los brazos!

Era la voz del Nizam, del legítimo. Su mano empuñaba una de las pistolas ametralladoras usadas por Doc y que aquél mismo le había cedido para que defendiera de un posible ataque de los hombres de Rama Tura.

Con un brazo sostenía al falso Nizam que continuaba esposado y sin pronunciar palabra.

Nadie se movió. Tampoco se levantó ningún brazo.

—Acaba de suceder algo imprevisto que cambia de manera notable la situación —les dijo el verdadero Nizam—. Levanten las manos y permitan que nos vayamos. Aseguro a ustedes que hablo en serio.

Naturalmente, lo mejor que cabía hacer era obedecer y Doc Savage obedeció. Pero Ham no quiso.

Estaba ya rabioso por el incidente de Monk, pues sabía que gracias a él le haría el químico el blanco de sus burlas y por ello se hubiera dejado arrancar un brazo antes que dejar comprenderle que le quería.

Gruñendo como una bestia salvaje se abalanzó, pues, sobre el jondoreano con el bastón levantado.

La hoja de este estoque se hallaba impregnada de una substancia, química muy parecida a la que formaba las "balas de gracia" y por ello producía instantáneamente un profundo sueño en la persona a quien hería, por pequeña que fuera la herida abierta.

Pero no logró herir en esta ocasión al Nizam, debido a la furiosa prisa con que había actuado.

El Nizam oprimió el gatillo de la pistola, El arma dejó escapar su gemido característico y Ham cayó al suelo.

Como el arma siguiera tronando, cayeron también Long Tom y Doc Savage en rápida sucesión. Después de dar con su cuerpo en tierra los dos se movieron sólo un poco.

*****

Ya de noche, cuando desde las ventanas del rascacielos se divisaba el bello espectáculo de las encendidas luces de la población, recobraron Doc y sus hombres el uso de sus sentidos.

El gruñido de Habeas Corpus, su queja lastimera, fue lo primero que llegó a oídos de Doc al despertar. Él había sido el primero que había abierto los ojos.

Trascurrido un instante despertaron los demás.

—¡La culpa de todo la tiene el falso Nizam! —exclamó al punto Long Tom—. Su vista ha conmovido al verdadero... sin que sepamos por qué.

—Eso es otra laguna que queda en el misterioso asunto —observó Ham.

Telefonearon a la policía y por ella supieron que no se había dado aún con Rama Tura ni con ninguno de sus hombres.

Doc obtuvo de ella que se ordenara la detención de los dos Nizams, falso y verdadero.

Luego mandó a buscar un periódico de la edición de última hora. Sus hojas contenían la descripción de varios asesinatos y de los comentarios que ellos sugerían al corresponsal especializado en tales noticias, así como una acusación eventual dirigida a la policía, a la cual se acusaba de poco eficaz o enérgica, según los casos, procedimiento que comenzaba a pasar de moda en la ciudad de Nueva York.

Fue justamente entonces, mientras leía, cuando Doc descubrió una tarjeta en el interior de un bolsillo de la americana que él no había puesto allí.

La encabezaba el emblema real de Jondore, consistente en una cabeza de tigre y dos lanzas rodeadas por una serpiente. La tarjeta decía sencillamente:

"KADIR LINGH"

En su dorso, con el mismo preciso y minucioso carácter de escritura que trazaba sin duda las letras poco usuales que formaban el alfabeto jondoreano, estaba escrito:

"Le ruego que deje de interesarse por este asunto. Si lo hace salvará las vidas de muchos seres.

Kadir Lingh."

Monk murmuró un poco después de leer la tarjeta. Luego miró a Doc Savage.

—Y bien, ¿qué hacemos? ¿Lo dejamos? —interrogó.

Doc dijo con acento seco:

—¿Te agradaría?

—No, ¡caramba! —replicó Monk sonriéndose—. Justamente ahora comenzaba a ser divertido.

—En el fondo de todo esto hay un plan terrible y trascendental al propio tiempo, que debemos tratar de descubrir —siguió diciendo

Doc—. Lleguemos, pues, hasta el fin.

—Con muchísimo gusto. Ese Rama Tura necesita que le sienten bien la mano y yo estoy dispuesto a hacerlo, aunque para ello deba correr tras de él hasta Jondore.

—Eso es: hasta Jondore —dijo, aprobando la idea, Doc Savage.

CAPÍTULO XIII

QUIEN ENGAÑA A QUIEN

Y así fue. Al cabo de tres semanas llegaban a Jondore. Es decir: no a Jondore sino a Benares la cual no se le parece ni siquiera está cerca de ella.

Pero sí se encuentra también en la India, al sur de Nepal, reino independiente y parecidísimo por su constitución política a Jondore.

En el trascurso de las tres semanas últimas, no había pasado nada revelador del paradero de Rama Tura o de su organización criminal como tampoco del verdadero Señor de Jondore, el ser más rico de la Tierra, o del ser misterioso que se había hecho pasar por legítimo Nizam.

Tampoco había vuelto a aparecer la viuda del difunto Nizam a quien se llamaba la raní.

Sin embargo, Doc les había buscado. El hombre de bronce había derrochado inútilmente dinero e influencia para hallar el rastro de su presa y había logrado enterarse de las gestiones hechas por la policía, gestiones encaminadas oficialmente al hallazgo y captura de Rama Tura, acusado de una veintena de asesinatos sobre poco más o menos.

Tampoco nadie había logrado hasta entonces descubrir un dato digno de interés mediante el cual se pudiera resolver el misterio del robo de las joyas de la corona jondoreana.

Rama Tura había desaparecido en unión de sus hombres, se había desvanecido en el aire como por obra del mismo influjo mágico que tanto se vanagloriaba de poseer.

Como Monk expresara esta idea delante de Ham, recibió una repulsa del abogado.

—¡Qué tontería! —exclamó, airado—. Todo eso es propaganda. Rama Tura no es capaz de operar milagros.

Fue al pedir el permiso que necesitaban para ser admitidos en el país de Jondore cuando tropezaron con la primera y más pequeña demostración de las dificultades que iban a tener que vencer para salirse con la suya.

Sencilla y simplemente se les negaba la entrada en el reino. La cosa fue pronto explicada.

El propio Nizam le había notificado al "Foreign Office" y también al Cónsul de los Estados Unidos, que bajo ningún pretexto se admitiera en el país a Doc Savage o a sus ayudantes, pues en el caso de ser apresados serían pasados en el acto por las armas.

La declaración demostraba que el Nizam les consideraba enemigos de la paz pública y en su calidad de Monarca absoluto sabría cumplir la amenaza.

Doc habló extensamente del caso con los oficiales ingleses y dedujo de la conversación entablada que aquellos consideraban a Jondore como un barrilillo de pólvora colocado en sus posesiones del Asia, pólvora a la cual podría prender fuego un chispazo encarnado por el propio Doc Savage.

En consecuencia los ingleses encargaron de su vigilancia a varios agentes secretos. Mas como esta vigilancia no se ejercía encubiertamente, Doc invitó a los agentes a que le acompañaran a todas partes e incluso comieron con él en diversas ocasiones.

Por ello se encontraban a su lado cuando tomó pasaje a bordo de un aeroplano costero y con él estaban en el momento de la subida a bordo de un transatlántico que debía conducirle directamente con sus ayudantes a los Estados Unidos.

Por ello no estaban ya junto a él cuando el capitán les dejó en la costa tras de pasar del buque a una potente canoa automóvil aquella misma noche.

Habeas se quedó a bordo, camino de Nueva York.

La elección de aquel vapor no había sido casual. Doc le había elegido entre otros porque pertenecía a un armador amigo.

Así, cuando los ingleses, por medio de la radio, interrogaron —el buque sé hallaba a la sazón en mitad del Océano,— si llevaba a bordo a Doc Savage, se les informó de que formaba parte de la lista de pasajeros. Esto era verdad, ya que todavía no habían sido

borrados sus nombres de dicha lista.

Jondore se halla enclavada en un hermoso valle, sumamente fértil, accesible únicamente por el aire y por tres pasos montañosos, desfiladeros imponentes en los cuales se han abierto estrechos senderos.

Es decir que ni en automóvil ni en ferrocarril puede penetrarse en el interior de aquel reino porque no existen unos ni otros y como sistema de locomoción se utilizan los burros de carga, los yaks, o los poneys resistentes del Himalaya.

Ahora bien: en el transcurso de cuatro días cuatro diferentes mercaderes montados en burros pasaran por uno de los desfiladeros mencionados más arriba sin llamar ¡cosa sin igual! la atención de los guardias colocados allí de vigilancia.

Los mercaderes montados así como los que iban a pie no solo eran muy comunes en el valle sino que además eran bien recibidos porque pagaban grandes impuestos.

Tal vez a esto se debiera la benevolencia demostrada con los cuatro mercaderes mencionados cuyos pies descalzos, y andrajosos vestidos les diferenciaban muy poco del resto de sus congéneres.

La noche subsiguiente a la admisión del último de los cuatro los halló reunidos a torno de la diminuta llama azulada de una hoguera encendida en un angosto cañón. Las noches son muy frías en las montañas que rodean a Jondore.

Uno de los mercaderes inició la conversación. Era un mocetón bien plantado, pero un tanto giboso que cojeaba de la pierna derecha.

Tenía la tez casi negra y el cabello corto, negro como la endrina, tan rizado que parecía un puro caracol.

Su vestido andrajoso a pesar de los muchos remiendos contrastaba de manera notable con el limpio y nuevo turbante que cubría su cabeza.

Dirigió la palabra a un sujeto calvo, rechoncho, ancho de hombros, que tenía la tez amarilla, negros los dientes por el continuo masticar de las hojas de betel y vestía de harapos. Montados sobre la nariz llevaba unos grandes lentes.

—¿Te han molestado, Monk? —inquirió.

—No, Doc —replicó el químico disfrazado—. Las palabras que me has enseñado en idioma jondoreano me han abierto todas las

puertas.

Monk estaba realmente muy cambiado por haberse afeitado las gruesas cerdas rojizas que le cubrían el cuerpo.

Doc tornó a decir, dirigiendo esta vez la palabra a Ham y a Long Tom:

—¿Y a ti, Ham? ¿Y a ti Long Tom?

Los dos estaban trasformados en dos indios grasientos, gracias las almohadillas empleadas como relleno, al maquillaje y a la pintura de sus cuerpos.

Tan perfecto resultaba su disfraz, que era dudoso que se hubieran reconocido uno a otro de no estar sobre aviso.

—Yo quisiera saber qué vamos a hacer ahora —insinuó el abogado.

—Vamos a dirigirnos a Dacal, la capital del reino jondoreano —manifestó Doc Savage,— y ya veremos de hacer algo por el camino.

Lo que Doc quería decir al manifestar que verían de hacer algo, se hizo palpable a la tarde siguiente, cuando entraron en un pueblecito.

No era cosa extraordinaria que los mercaderes viajasen en grupo para entrar en Jondore porque los montañeses eran bandidos además.

El pueblo se componía de cabañas de piedra colocadas en hilera, frente a un camino polvoriento que debía convertirse en un barrizal en las raras ocasiones en que llovía.

También se mezclaban a ellas yurts o tiendas de piel levantadas por los montañeses en las afueras del poblado y la inevitable combinación de templos y monasterios que eran los edificios más notables.

El pueblo tenía varias posadas y ellos eligieron la que les pareció menos sucia y mal oliente a pesar de diferenciarse poquísimo de las restantes.

Ham que era el más remilgado de los cuatro hizo varios aspavientos al protestar contra la costumbre del país en obediencia de la cual se instalaban las caballerías en patios, bajo las ventanas de los dormitorios.

—Se hace para mayor comodidad de sus propietarios —le explicó Doc,— ya que de esta manera pueden asomarse a la ventana y asegurarse de que no han sido robados.

—¡Bello país! —exclamó Ham con acento de ironía.

Como la comida que servían en la posada era imposible, guisaron la suya en el patio entre las patas de burros y yaks que se mostraban curiosos en exceso.

Otros viajeros hicieron lo propio.

Nuestros amigos mantuvieron bien abiertos los ojos y así repararon en que muchos viajeros se marchaban inmediatamente después de haber comido.

Doc dirigió la palabra a uno que se disponía a partir.

—En verdad me parece que esta posada no es de tu agrado, oh, hermano —le dijo en el idioma del país—, y no me choca. ¿Me permites una pregunta? ¿Es que vas en busca de mejor alojamiento?

El viajero le examinó de una ojeada y aparentemente no vió nada de alarmante en el jorobado y cojo jondoreano de inofensivo aspecto que tenía delante porque le repuso: —Tonto es el corderillo que al penetrar en la cueva del león y ver a éste, se queda en ella a dormir.

—¿Qué has visto aquí?

—Cuando no conoce al león es probable que el corderillo no sepa a quién tiene delante —replicó el viajero—. Sin duda habrás llegado hace poco a Jondore.

Espoleó sin piedad a su cabalgadura y partió al trote largo.

Doc volvió junto a sus ayudantes.

—Por lo visto sucede algo extraordinario en este pueblo —les comunicó,— quedaos pues aquí y no perdáis de vista a nuestros burros.

Se apartó de ellos, cojeando, y moviéndose como la persona que ha pasado buena parte de su vida a caballo. No distaba mucho de la posada cuando se dio cuenta de que algo ocurría en efecto de extraordinario.

Ver por la calle a hombres armados era una regla más que una excepción en Jondore porque era un país poco civilizado y sus habitantes muy independientes, pero a la sazón abundaban con exceso y en ocasiones divisó varios grupos que murmuraban, excitados, en voz baja.

Doc trató de acercarse a uno de ellos, pero le maldijeron y amenazaron con sus palos.

En Jondore se tenía en poco a los mercaderes y sobre todo a

aquellos que llevaban sus mercancías en burro.

En todas partes hay un lugar donde se obtienen informes y estos lugares son aquellos donde se bebe.

Doc buscó uno en el cual se servía no solamente el té con manteca rancia tan popular en el Himalaya, sino también una bebida fortísima derivada del maíz fermentado.

Por la sencilla operación de aflojar los cordones de su bolsa se hizo popular en extremo. Pero no consumió nada más que el té con manteca y una ración de queso sin que ello pareciera extraño a los concurrentes a la taberna.

AL cabo de una hora empleada así supo algo digno de interés.

Aquella noche había reunión en el ayuntamiento, emplazado en el monasterio, a la cual debían asistir un regimiento de soldados —cada pueblo de Jondore posee uno de ellos— y los notables del pueblo.

—Se susurra que va a tratarse en la asamblea de la vuelta del mají —dijo un concurrente y enseguida se calló temiendo sin duda haber hablado de más, lo cual era, por lo visto peligroso.

Doc Savage había oído bastante y tan pronto como pudo salir de la taberna sin llamar la atención, la abandonó y se encaminó al monasterio.

AL aproximarse a él procuró avanzar por la parte más oscura del camino.

El monasterio era un gran edificio, el más ornamental de la población, a pesar de que no excitó la admiración de Doc, y tenía una puerta pequeña, en forma de arco que se había abierto en un ángulo.

Doc se escondió tras de él pues le pareció el punto más a propósito para escuchar sin que le vieran, ya que estaba sumido en densas tinieblas, y así pudo oír la conversación de los dos guardias que custodiaban la entrada.

—Esta vuelta del mají significa una gran cosa para Jondore —decía uno de ellos a la sazón.

—Tus palabras destilan verdad y sabiduría —murmuró el otro—. Sin embargo, sé de varios perros que permanecen inactivos, bostezando incluso, después de habérseles mostrado un hueso. Ellos se niegan a seguir al mají, a pesar de ser como es maravilloso taumaturgo, océano de sabiduría.

—Sí, hay muchos perros así —concedió el otro guardia.

—Pero prevalecerá la voluntad del mají —siguió diciendo el primero,— aun cuándo esos perros hayan de morir, de manera que…

Le cortó la palabra un aullido procedente del interior del monasterio. Luego un tiro y otro.

Por la puerta de entrada salió un hombre. Era un blanco en calzones de montar, botas altas, chaqueta de cuero que —cosa incongruente,— se tocaba con una boina de cuero que hacía juego con la chaqueta. Este individuo llevaba dos revólveres a estilo cow —boy pendientes de unas fundas muy bajas.

Los dos guardias, sobresaltados, le dejaron paso franco. Luego levantaron a una los rifles.

El blanco volvió la cabeza, sorprendió su acción y sacó los dos revólveres.

Se había detenido por lo que ahora se volvió y disparó las dos armas.

Los dos guardias cayeron al suelo.

El pueblo había estado tranquilo. Mas, de pronto estalló. De todas las casas salieron aullando hombres armados.

Un aluvión de seres gesticulantes, alborotadores, salió del interior del monasterio. Doc se mezcló a ellos, galopó con ellos en pos del blanco puesto en fuga. El grupo corría sediento de sangre, dispuesto a matar al fugitivo.

Este volaba delante de él, revólveres en mano. Era excelente tirador. Por tres veces seguidas los enrabiados habitantes del pueblo lograron echarle mano, mas él hizo uso de sus armas.

AL cabo llegó a un punto donde un grupo nutridísimo de enemigos, literalmente había bloqueado la calle.

Tronaron las armas del blanco. Tronaron las armas de los habitantes del pueblo. Eran muchos hombres contra uno solo.

El blanco giró sobre sí mismo, trató de escabullirse, mas se lo impidió la avalancha de jondoreanos que procedían del monasterio. Poco después todos se habían enzarzado en la disputa. En el grueso de la melée se hallaba Doc Savage fingiendo acosar al fugitivo aunque, en realidad, se interponía entre él y sus enemigos todo cuanto le era posible. Ahora entró en acción, se sirvió furiosamente, de los pies y manos.

Aprovechando la oportunidad que se le ofrecía extrajo del bolsillo una de las bombas llenas de humo, la dejó caer al suelo y su negro contenido envolvió a la multitud. Así logró deshacerse de ella.

Segundos después, Doc aparecía en el límite del campo de batalla, en pos de sí arrastraba al hombre blanco, que llevaba la ropa desgarrada. Era un sujeto delgadísimo, de aspecto frágil. Doc se lo echó a la espalda y echó a correr.

El hombre blanco guardaba silencio. Se sostenía la cabeza con ambas manos y del corte que le habían hecho en ella fluía un hilo de sangre.

Ham, Monk y Long Tom le salieron al encuentro, caballeros en sus burros.

Habían emprendido la marcha tras de oír el tiroteo.

Doc levantó al hombre blanco, saludó a sus ayudantes y les hizo seña de que guardaran silencio. No quería que su falta de práctica con respecto al idioma jondoreano revelara que no eran mercaderes como parecían.

Ellos convencieron a los burros de que debían emprender carrera y dejaron el pueblo.

AL cabo, el hombre blanco se decidió a romper el silencio.

—Habéis sido muy buenos conmigo, muchachos —dijo—. Como vulgarmente se dice, me habéis sacado las castañas del fuego.

Doc no respondió.

—¡Por Jove! —murmuró el blanco—. Suponía que hablabais el inglés. Mi jondoreano es deficiente. En fin: ¿lo sabéis o no lo sabéis?

—Poco —replicó Doc en el mismo idioma, pero dándole a la palabra la acentuación propia del jondoreano cuando habla en un idioma que no es el suyo.

El hombre blanco inquirió con aire de curiosidad:

—¿Qué te ha movido a ayudarme, muchacho?

Doc simuló que se hallaba eligiendo las palabras adecuadas para una respuesta.

—El dinero, tal vez —dijo, al cabo, en mal inglés.

El blanco se echó a reír. No parecía sorprendido.

—Bien. Quedarás satisfecho —le prometió después—. ¿Te agradaría hacerme un servicio?

Doc titubeó.

—No sabe —dijo luego—. Habla. Tal vez luego yo sabré.

—Soy agente secreto al servicio de Inglaterra, ¿comprendes?

—Uh —dijo Doc.

—Enviado aquí para investigar todo cuanto concierne al mají. ¿Sabes quién es el mají?

—Uh —tornó a decir Savage, con gran vehemencia.

—¿Qué sabes de él?

—Poco —Doc hizo una pausa como si estuviera eligiendo la palabra, la más expresiva de que podía echar mano para expresar su pensamiento—. Asunto misterioso.

—Oh, sí, muy misterioso —afirmó, riendo, el hombre blanco—. ¿Es esto todo lo que sabes?

—Uh —Doc afirmó con un gesto.

—Bien. Pues estamos iguales. Acabo de llegar a Jondore y he oído que se reunía una asamblea en el monasterio, por lo cual he tratado de oír lo que en él se decía, pero esos tunantes me han sorprendido.

—Servicio. Yo no sabe —dijo Doc.

—¡Ah! ¿Deseas que te hable del servicio que espero de ti? —El blanco iba delante de Doc montado sobre uno de los burros y se acomodó bien—. Pues, mi deseo es llegar a Dacal, la capital de Jondore, para decirle allí una palabrita al Nizam. Mejor le metería un balazo en el turbante, ¿comprendes? pero, antes quiero recordarle la transformación que sobre Dacal y sobre su palacio puede operar una flotilla de aviones de bombardeo.

—Uh —dijo Doc complacido.

—Por ello iba a pedirte que me acompañases a Dacal —siguió diciendo el blanco, con visible ansiedad—. ¿Querrás? Ten presente que necesito quien me guarde y que te pagaré espléndidamente.

Doc guardó silencio un buen rato para hacerle creer que ponderaba la proposición.

—Uh —dijo, al cabo.

Después continuaron cabalgando sin dejar el sendero pedregoso, con objeto de poder avanzar más deprisa. Durante largo rato oyeron sonar a su espalda el rumor originado por la persecución.

El ladrido de los perros que les seguían evidentemente la pista, les hicieron pasar muy malos ratos, hasta que Doc echó pie a tierra y distribuyó pimienta corriente, en cantidad —llevaban unos

cuantos cucuruchos llenos de ella entre su mercancía— sobre el camino.

Después de la operación dejaron de ser perseguidos.

Transcurrieron unas dos horas antes de que el hombre blanco hiciera una observación respecto de los tres ayudantes de Doc que no habían dicho palabra en todo el tiempo.

—Están muy callados. ¿Acaso son mudos? —dijo.

—Hablar mucho marea —replicó Doc en su imperfecto inglés. Un sol matinal bañaba de resplandores la cima desigual de las montañas cuando divisaron Dacal, la capital del reino jondoreano. Era una distante imagen irreal envuelta en una niebla gris.

Horas después, al atravesar una región sumamente fértil y bella, comparable únicamente al paraíso, cuyos árboles aparecían cargados de frutos, junto al camino, oyeron el golpear de unos cascos y a poco surgió ante su vista un pelotón de hombres a caballo.

Aquellos eran altos, delgados y les dirigieron ansiosas miradas.

—Diríase que van de caza —murmuró Monk que iba a retaguardia, y, por consiguiente, no podía ser oído de su patrón.

Los jinetes eran soldados, al parecer, según se desprendía de su atavío.

Todos vestían lo mismo: sueltas hopalandas azules, calzones amplios y botas de fieltro. Se cubrían la cabeza con grandes turbantes ornados de plumas.

Cada uno de ellos iba armado de pistola y de una espada corta; pendientes del arzón de manera que golpeaban suavemente las patas delanteras de sus caballos, llevaban los rifles.

Doc se sirvió para examinarles de un viejo anteojo igual a los que llevaban los mercaderes para escudriñar los desfiladeros en busca de posibles bandidos.

—No creo prudente penetrar en el seno de una tormenta cuando puedo capearla —murmuró, en idioma jondoreano.

Y se guardó, abstraído, el anteojo.

Su patrón le miró como queriendo adivinar lo que había dicho.

Curiosamente pasó la vista en los distantes soldados.

—¿Quieres prestarme tu anteojo, mocito? —le rogó.

Doc espoleó su cabalgadura, la acercó al hombre blanco y le tendió el anteojo. Al propio tiempo ocurrió algo inesperado. El

burro que montaba pegó un bote y fue a caer sobre el que montaba el hombre blanco.

Doc extendió ambos brazos, para evitar, sin duda, una caída, y se asió fuertemente a su patrón. Segundos después ambos rodaban por el duro suelo del camino.

Doc se quedó tendido en el punto donde cayera lanzando gruñidos de dolor.

El hombre blanco se puso en pie de un salto y con gesto significativo se asió un brazo. La manga de cuero de la chaqueta y la de hilo de la camisa ostentaban un corte visible. El hombre levantó las dos, enrollándolas, y apareció la pequeña herida de la cual surgía un hilo de sangre.

—¡Ha estado en un tris que no me hayas rebanado el brazo con tu cuchillo! —dijo a Doc.

Este rebuscó por debajo de sus ropas y sin que el otro reparase en ello logró desenfundar el cuchillo de su vaina y se lo guardó en el pecho.

Luego se puso en pie. Se las había compuesto de tal suerte que el otro creyó que era cierto que le había hecho el corte sin querer.

—Me rodea un mar de amargura del cual no creo poder salir jamás —murmuró en la lengua del país el hombre de bronce.

El hombre blanco tomó el anteojo y con él examinó el vistoso grupo que formaban los soldados.

—Soldados de Kadir Lingh, el Nizam —observó después—. Estamos de suerte.

Doc dio muestras visibles de alarma.

—Malo ser esto —gruñó en mal inglés.

—No, no —se apresuró a decir su patrón—. Esos hombres no osarán molestarme y yo me cuidaré de que no te toquen. Vamos a darles el alto.

Doc y sus hombres aguardaron, representando bien su papel de asustadizos comerciantes de un país donde sucede siempre lo impensado, mientras que su patrón se adelantaba, caballero en el burro y detenía al grupo de soldados en marcha, que se acercaba.

El encuentro de uno y de otros se verificó a cierta distancia del camino, de manera que ni Doc ni sus hombres pudieron oír lo que se decía. Lo que vieron fue que la conversación parecía engreír al hombre blanco.

Este les hizo seña de que se acercaran y él mismo avanzó hacia ellos seguido del escuadrón uniformado.

—Todo va bien —les dijo cuando estuvo junto a ellos—. Uno de estos soldados sabe hablar en inglés.

Los soldados les rodearon. Tenían el rostro sombrío. Ninguno de ellos les dijo palabra.

El blanco masculló unas palabras en idioma jondoreano, que según confesión propia apenas sabía hablar, y con la rapidez del rayo los soldados sacaron los rifles y apuntaron con ellos a Monk, Ham, Doc y Long Tom.

El hombre blanco dijo en inglés, a la sazón:

—Si, como creo, sabes lo que te conviene hacer, ríndete, Doc Savage y que se rindan también tus hombres.

—¡Traición! —balbuceó Long Tom, atragantándose.

—¡Mosca muerta! —exclamó Monk, lanzándole una mirada fulminante.

Ham murmuró:

—Pues, señor, no comprendo.

Doc guardó silencio. No parecía sorprendido.

Amenazados como estaban por numerosas armas de fuego hicieron lo más prudente, dadas las circunstancias: se dejaron desarmar, y permitieron que se les ligaran las muñecas, tras de lo cual los soldados se dispusieron a tirar de ellos mediante cuerdas que llevaban pasadas por el cuello.

El hombre blanco se acercó a examinarles.

Había cambiado de montura con uno de los soldados y, a la sazón, cabalgaba en un hermoso caballo de raza.

—El hombre cuerdo y paciente sabe que todo camino tiene un fin —dijo, con acento totalmente distinto del empleado hasta entonces.

Aquella voz hueca, apagada, que carecía de matices movió a dar un salto de sorpresa a Monk y sus compañeros.

—¡Caramba! ¿Habéis oído?

Monk echó a andar, trató de alcanzar al hombre blanco desafiando audaz los rifles con que se le apuntaba, pero el último espoleó a su caballo.

Monk retrocedió a disgusto y miró a Doc Savage.

—¡Esa voz, esa voz! —murmuró—. Ese hombre no es blanco. ¡Es

Rama Tura!

El hombre blanco se rió en sus narices.

—Sí, soy Rama Tura —declaró—. Confiesa que soy buen actor.

Doc le contemplaba sin dar muestras de temor o de ansiedad.

—Eres muy listo, en efecto —dijo, pausadamente,— pero, ya lo sabemos. Es más: te digo que una parte de esta comedia es verdadera: tu huída de los habitantes del pueblo, en el ayuntamiento.

Rama Tura frunció el ceño y lanzó toda sarta de maldiciones que no iban dirigidas a Doc, sino a los jondoreanos que habían tratado de asesinarle.

—Fui a verles con objeto de convencerles de que debían aceptar un gobierno del mají —manifestó,— pero esa camada de cerdos se lanzaron sobre mí.

—No me extraña —dijo Doc.

Rama Tura se sonrió levemente. A decir verdad se parecía poquísimo al cadáver viviente de Nueva York.

—Me has salvado la vida —dijo a Doc Savage—. Y te la debo, mas, ten en cuenta que yo no pago deudas. No es ésta mi costumbre.

—Te diré: me debes más de lo que te imaginas —replicó Doc con su indiferencia habitual.

Rama Tura demostró visible interés. Pero Doc no dijo más. No entró en detalles ni se molestó en explicarle lo que había querido decir.

CAPÍTULO XIV

UN AGUJERO NEGRO

ERA noche cerrada. Fuera debía haber luz todavía porque era de día: el día siguiente. Pero, el punto donde Doc y sus ayudantes se hallaban a la sazón pasando el tiempo —tiempo que, en su opinión, transcurría con mayor lentitud cada vez—, era noche cerrada. Todo estaba oscuro allí.

Y no sólo imperaba la oscuridad en aquel lugar, sino que, además, era repelente.

Tenía la culpa de ello lo que sembraba el suelo, sin que constituyera una amenaza. Doc no tenía fósforos y, por consiguiente, no lo había visto, pero lo había palpado.

Eran huesos humanos, a juzgar por los cráneos; una capa de polvo especial alfombraba también el suelo.

Aquella capa era de procedencia desagradable, a pesar de que Monk, sin duda para hacer rabiar a Ham, inició un monólogo interminable disertando consigo mismo respecto al tiempo, más o menos largo, que le lleva convertirse en polvo al ser humano en un punto tan seco como aquél.

El calabozo tenía una forma circular y era suficientemente amplio para que, uniéndose por las manos, no consiguieran abarcarle dos de ellos. Sus paredes eran de piedra, lisa, pulida, resbaladiza como el cristal.

Allá en lo alto y lo bastante elevada para que no pudieran alcanzarla encaramándose unos sobre otros, en forma de pirámide, había una puerta.

Por fortuna no les habían obligado a franquearla impulsados de un puntapié, como era de esperar, sino que se les había permitido descender al agujero negro mediante una cuerda.

Luego habían hablado por los codos. Habían sugerido ideas a cientos al tratar de explicarse lo que se ocultaba tras de las maquinaciones de Rama Tura.

Sólo que ninguna de las conjeturas hechas tenía una base sólida y, por consiguiente, no constituían por sí mismas una prueba concluyente.

En cambio, se pusieron de acuerdo respecto a un punto determinado.

—¿Es Rama Tura europeo o jondoreano? —había interrogado Monk.

—Las dos cosas —fue la contestación de Doc—. Es mestizo, en mi opinión.

Todos iban pobremente vestidos, cubiertos de harapos que les habían prestado sus perseguidores. A todos se les había despojado de su ropa, incluyendo el famoso chaleco de Doc lleno de bolsillos secretos.

Una vez desvestidos, habíaseles dado un baño, o, mejor dicho, se les había arrojado dentro de un abrevadero.

Doc Savage se inmovilizó de pronto. Escuchaba. Llegaban a sus oídos los sonidos errantes del guardián que se paseaba al otro lado de la puerta, sobre sus cabezas, y asimismo, otro sonido más débil, una especie de murmullo que se originaba a distancia y que era, probablemente, producido por los fieles dentro de un templo.

También, de vez en cuando, sonaban gongos y campanillas, mezclados a una musiquilla oriental bastante agradable en conjunto.

¡Clang! Se había abierto la puerta del pozo.

A través de los gruesos barrotes de su reja se filtró un tenue resplandor. Un rostro amarillo apareció al otro lado, se oprimió sobre la reja, miró hacia abajo.

Luego surgió tras de ella un brazo provisto de una tea —ésta consistía, simplemente, en un trozo de madera aguzada en uno de sus extremos.

AL caer aquélla al pozo, iluminó con su luz a los prisioneros. Entonces se apartó el rostro de la reja y se cerró la puerta.

—Lo mismo sucede cada dos horas —gruñó Monk,— sobre poco más o menos.

—Bien. Manos a la obra —exclamó Doc.

Monk hizo un gesto de sorpresa que, naturalmente, pasó desapercibido.

—¿Conque tienes un plan? ¿Por qué no lo decías?

—Ahora debe anochecer ahí fuera —le explicó Doc—. De día es difícil poder escapar sin ser visto. Además, anoche estábamos muy cansados. EL descanso nos ha hecho bien.

—Bueno, ¿y cómo vamos a salir de aquí?

—Mediante tu ayuda.

Se expresaba en voz baja porque no era imposible que hubiera por allí oculto un micrófono de tipo ultra sensible. Rama Tura no desconocía los aparatos modernos, tenían sus razones para creerlo así.

Ahora bien: con objeto de disimular cualquier sonido que el micrófono pudiera captar, si es que lo había, Ham y Long Tom comenzaron a cantar.

Entonaban canciones marineras haciendo alarde de mucha voz y de poquísimo oído.

Doc y Monk se situaron en mitad del pozo circular, cara a cara, fríamente unieron las manos por encima de la cabeza.

A continuación, y sin soltarse, anduvieron hacia atrás cada uno de ellos hasta tocar con los pies en el muro. En esta posición sus cuerpos formaban puentes de un extremo a otro de la cisterna.

No era fácil tarea la que pensaban emprender. Pero, tampoco era imposible de realizar.

Los dos se habían descalzado, y aunque resbaladizas como el cristal, los muros de la cisterna estaban muy secos. Así comenzaron a ascender por la pared, manteniendo su puente humano.

En el espacio de cuarenta minutos cayeron y se levantaron once veces consecutivas. Mas, al cabo, lograron llegar a la abertura.

El resto fue fácil de ejecutar. Doc Savage palpó en la oscuridad, tropezó con los barrotes de la puerta y se asió a ellos con los dedos de los pies.

—Ya está bien, Monk —dijo al químico—. Dime ahora si debo ayudarte y trataré de hacerlo.

—No te molestes. Probaré a caer de pie —murmuró su compañero—. Ya estoy habituado.

Debajo, Long Tom y Ham atronaban el espacio con sus voces. Sin embargo, se mantenían alejados de la puerta.

Doc aflojó la presión muscular de sus manos, cedió el puente y cayó Monk al suelo con un gruñido tremebundo y un golpe sonoro. Doc continuaba asido a la reja con los dedos de los pies. Poco después se servía de sus manos.

La operación hubiera sido llevaba lo mismo a cabo, no obstante su aparente dificultad, por cualquier acróbata de circo medianamente hábil.

Doc aguardó. Cabe suponer que le habían despojado de su reloj pulsera, mas gracias a su entrenamiento especial se daba perfecta cuenta del tiempo transcurrido.

Sin embargo, era muy posible que su guardián aguardara una hora, o más, para reaparecer ante la reja.

Transcurrieron siete, doce minutos, quizá. Luego rechinaron los goznes de la puerta, —una combinación de hierro y de madera,— se abrió el panel y el guarda hizo exactamente lo que había hecho poco antes; Acercó el rostro a la reja para sondear el pozo con la mirada.

Se mantuvo así un buen rato e inesperadamente separó las manos de la reja y dejó caer los brazos. Estos pendieron, inertes, junto a sus costados.

Era dudoso el que otra persona se mantuviera en pie detrás de él mas, si la había, no se dio cuenta de nada.

Sin embargo Doc, que volvía a asirse a la reja mediante los dedos de los pies, le tenía cogido por cara y cuello. La presión que ejercía sobre la nuca del hombre había operado el milagro.

Una vez que le hubo hecho perder el conocimiento le registró los bolsillos.

Al otro lado de la reja había un cerrojo moderno, de construcción americana, del cual tenía el guardián la llave.

Doc, segundos después, había abierto la reja.

Profunda oscuridad reinaba en el pasillo subterráneo, situado bajo el ala Norte del castillo del Nizam, Señor de Jondore. Y desde él oyó la misma melopea entonada durante todo el día.

Esta clase de cantos se perciben en todas las ciudades de Oriente, mas, sobre todo en el interior, menos civilizado.

En ocasiones mezclábanse a él los chirridos de las ruedas de algún carro.

Pero, era muy significativo el que no se oyera reír en las calles.

EL guardián a quien acababa de sorprender se asemejaba a una bola de manteca que pesara trescientas libras y tuviera un rostro aplastado y pequeño.

Sus ropas —iba envuelto en un albornoz a la moda de Arabia— constaban de la tela suficiente para levantar una pequeña tienda de lienzo.

Doc se apoderó de él así como del turbante con que se cubría la cabeza.

A continuación ató el extremo del albornoz a un tobillo del hombre, le asió por ambas muñecas y le dejó caer, sobre el pozo, a la manera de una cuerda.

—¡Arriba, Monk! —ordenó en voz baja a su camarada.

Monk llegó a su lado tras de haber trepado por la cuerda improvisada, gruñendo y gimiendo como si estuviera a punto de morir.

Entonces Doc tiró del prisionero y de su albornoz.

Monk cesó al instante de gruñir.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Y Long Tom y Ham? Ellos suponían que les subiríamos también.

—Pues se han engañado. Van a quedarse en el pozo —replicó tranquilamente Doc.

Monk tragó saliva varias veces, luego siguió diciendo, con voz ahogada:

—¡No comprendo! ¿Acaso no vamos a salir todos de la ciudad?

—No por cierto. No podemos hacerlo ahora, después de tantos sudores como nos ha costado llegar a ella.

Monk reflexionó un momento.

—Así, tú… —dijo. Y no acabó.

—Voy a dar una vuelta por ahí —le explicó Doc—. Mejor lo hará una persona que cuatro. Probablemente es centro de todas las cosas este palacio y si logro apoderarme del Nizam le obligaré a cantar. Él nos revelará el misterio.

—¡Hum! —dijo Monk, con muy poco entusiasmo.

—Ponte el turbante y el albornoz de este mocito —le ordenó el hombre de bronce—, y colócate junto a la puerta. Todavía llevas la piel teñida y mientras no se encienda luz en el pasillo podrás pasar sin dificultad por el guardián.

Monk comenzó a hacer objeciones.

—¿Y si viniera alguien y se le ocurriera mirar por la reja? —interrogó—. ¿No crees que nos echaría en falta al momento?

—No. Vería al guardia dormido y disfrazado con tus ropas. No temas. Long Tom y Ham cuidarán de que no recobre el conocimiento. Con las ropas sobrantes pueden hacer un lío semejante a otra persona dormida. Y esto completará la lista de los cuatro, ¿no te parece?

Monk hizo todavía otra objeción:

—Pero, yo desconozco el enrevesado idioma del país.

—En el caso de que alguien te dirija la palabra haz un gesto de afirmación o, por el contrario; niega con un gruñido —le sugirió Doc—. Esto parecerá natural. Ya habrás reparado en que el guardián es poco hablador.

Monk trataba de seguir argumentando cuando Doc le dejó.

Rápidamente avanzó por el pasillo sin hacer ruido porque continuaba descalzo.

Esto no llamaría la atención en Jondore.

En su extremo estaban de guardia dos soldados. Los dos le parecieron despabilados y, desde luego, le era imposible pasar por en medio de ellos porque cerca se hallaba una gran lámpara encendida.

Doc se apartó del radio que iluminaba. A espaldas de los guardias distinguió la encendida habitación. Era una pieza circular. Innumeras columnas le servían de sostén a su techo. AL fondo divisó una puerta abierta.

Mientras aguardaba se hizo más profundo el silencio.

—¡Guardias! —clamó una voz en jondoreano:— ¡Pronto, aquí!

La voz sonaba con imperio, como si la persona que hablara se hallara detrás de la puerta.

De común acuerdo los dos guardias se echaron el rifle a la cara y avanzaron a paso de carga en dirección de la abierta puerta.

—¡Deteneos! Era sólo una sombra —tornó a decir la voz autoritaria.

Los soldados saludaron, giraron sobre sus talones y volvieron a su puesto.

Doc les contempló atentamente. Ya no estaba en el pasillo, sino dentro de la habitación, situado detrás de un pilar, en la sombra.

Los guardias no sospechaban, al parecer, que se trataba de una

estratagema urdida por Doc. Creían a pie juntillas que les había hablado la persona que tenía autoridad sobre ellos.

Así y todo vigilaron el pasillo con más cuidado y al cabo de unos minutos, al convencerse Doc de que estaban ya tranquilos, se apartó de allí sin hacer ruido.

Además de la que acababa de ver había otras dos puertas en la sala, ambas abiertas, y Doc penetró al azar por una de ellas.

Se encontraba en un nuevo pasillo oscuro. Después de haberle recorrido se halló dentro de una segunda pieza muy espaciosa y de pronto retrocedió.

Había oído humor de pasos acompasados. Poco después surgió ante su vista un pelotón de hombres armados que marchaban de cuatro en cuatro con aire marcial. Iban precedidos de dos jondoreanos con antorchas encendidas.

Rama Tura iba a la cabeza de la procesión.

Inmediatamente detrás de él marchaba Kadir Lingh, Señor de Jondore.

Unos cincuenta hombres armados desfilaron por delante de Doc. Mezclados con ellos divisó a otras personas vestidas con más lujo que le parecieron altos dignatarios de la corte a juzgar por su aire majestuoso.

La comitiva cruzó la cámara con el aire resuelto de quien sabe a donde se encamina.

Doc había salido de su prisión en él fondo del pozo movido por el afán de ir en busca del Nizam y de saber de sus labios la razón de su proceder poco común en Nueva York. Por ello se unió ahora al desfile, guardando una distancia prudencial.

El grupo se dirigió en línea recta a los establos de palacio, donde los palafreneros tenían ya los caballos de la brida. Montado, el escuadrón le pareció a Doc mucho más numeroso, casi un pequeño ejército.

Había oído decir que, en ocasiones, un hombre puede competir en velocidad con un caballo siempre y cuando este último se mantenga al paso.

Los caballos que tenía delante no iban al paso, sin embargo. Trotaban, galoparon, luego y emprendieron carrera. Eran de raza.

Al cabo de tres horas de marcha distaba de ellos una milla. De haber sido de día todavía se hubiera encontrado más atrás.

Cinco horas después había perdido otra media milla. Estaba convencido de ello cuando tropezó inesperadamente con los caballos a los cuales varios soldados tenían de las riendas.

Los jinetes habían echado pie a tierra y en esta operación debieron emplear varios minutos porque Doc les oyó a distancia. Paseaban o mejor se encaramaban monte arriba.

Habían dejado a los caballos en un desfiladero rocoso cuyas paredes le parecieron verticales en la oscuridad. Su suelo era de roca dura, tan dura que cortó los pies de Doc a pesar de no ser muy tiernos.

En ocasiones le parecía recorrer un sendero; en otras, marchaba saltando de roca en roca. El aire era frío. Sus dedos rozaban, a veces, un polvo helado como la nieve. En la lejanía —Doc sabía a la sazón que había salido del desfiladero y que continuaba ascendiendo— brillaban las luces de la ciudad.

Sólo que el alumbrado no era igual a las de una ciudad europea o americana porque sus calles carecían de faroles. Doc prestó toda su atención al camino y al pico recortado que se erguía sobre su cabeza. Realmente la necesitaba toda.

Pero, ¡calle! ¡Aquello no era un pico! Su contorno había cambiado bruscamente debido tal vez a su distinto punto de vista. Doc se detuvo a observarlo.

Era semejante a negro cubo geométrico, a un dado gigante que permanecía en pie sobre un vasto tablero de piedra. Además tampoco cabía llamarle pico porque detrás de él continuaba elevándose el terreno.

La nota singular de otras ocasiones rasgó el aire de la montaña, se apagó casi al punto de haberse iniciado. Doc estaba excitado. Por ello la había dejado escapar. Ahora comprendía lo que era aquella mole.

Jamás la había visto hasta aquel momento y tampoco que él supiera se habían sacado de ella fotografías después de la ejecución de dos fotógrafos que trataban de hacer circular unas cuantas fuera de Jondore. Pero, a veces la censura no puede ejercerse sobre todas las lenguas y los viajeros la habían descrito en sus narraciones.

Aquel bloque de piedra, negra, al cual ningún hombre blanco se había acercado hasta entonces lo suficiente para poder decir qué clase de piedra era —probablemente ajena al país— era la tumba

del mají.

La tumba del fantástico taumaturgo, que, al decir de la mitología, había existido cientos de años atrás, viviendo por espacio de muchos siglos a pesar de que no sabe decirnos cuántos.

El mají, la palabra sonaba en inglés como en el idioma jondoreano.

En los dialectos distintos que se hablaban en el país, según la región, Jagí, Gení o Giní.

Pero ningún blanco había puesto sus manos pecadoras sobre aquella tumba.

Ella constituía un misterio. El culto del mají adorado por una buena parte de la población jondoreana la había guardado siempre del contacto de manos impuras.

A medida que avanzaba la tumba parecía cada vez mayor a Doc. Era muy brillante y tan pulida que a pesar de no haber luna centelleaba semejante a un gran bloque de negro cristal.

La cabalgata penetraba a la sazón en la tumba por una puertecilla casi redonda. En su interior se hallaban ya Rama Tura y el Nizam, Doc dedujo de ello que se hallaba presenciando el final del desfile.

Veloz como un rayo se lanzó en dirección de la puerta y al llegar junto a ella se detuvo a escuchar. De su interior no salía ni el más leve rumor.

Entonces pasó al otro lado convencido, de que era él el primer hombre blanco que traspasaba sus umbrales.

CAPÍTULO XV

LA MAGIA DEL MAJÍ

EL aire le pareció más cálido dentro del pasadizo y el humo de las antorchas de resina le irritó la garganta. A sus oídos llegaban, exagerados, pequeños sonidos que juzgó debían ser las toses de los jondoreanos transmitidas por aparatos acústicos instalados dentro de la tumba, tal vez.

EL pasillo tenía una longitud casi rectilínea y al avanzar descubrió otros laterales, en ángulo, que asimismo corrían en línea recta.

Pero, no abandonó por ello el que seguía. Andando de puntillas llegó junto a la puerta arqueada y desde allí atisbó el interior de la tumba.

Esta alcanzaba una extensión impresionante que le recordó a Doc el interior de la cúpula del capitolio de Washington salvo la ornamentación.

Las cuatro antorchas de resina apenas bastaban a iluminarla.

Doc vió en su centro dos cosas.

Era la primera un objeto muy grande, una especie de primitivo candil, que tenía un asa colosal. Para alcanzarla se hubieran necesitado una veintena de hombres puestos, unos sobre otros, sobre una plataforma.

En la parte de aquella lámpara colosal oscilaba azulada llama, alimentada sin duda por un recipiente lleno de aceite.

La segunda cosa situada detrás de la primera, era un objeto plano, oblongo, de unos cuatro pies de altura por diez de longitud.

Ambas cosas eran de oro puro.

El grupo se aglomeró en torno del bloque rectangular de amarillo metal.

Rama Tura —a la sazón se había quitado el color blanco de su piel y aparecía como el jondoreano más puro de raza— se adelantó unos pasos y levantó la tapa del bloque. Luego retrocedió de un salto y se postró de rodillas.

Todos le imitaron. Repetidas veces apoyaron las frentes en el suelo, luego levantaron los ojos y contemplaron fijamente el adorado sepulcro.

Un olor singular, casi agradable, invadió la atmósfera. Doc lo reconoció al punto. Era el mismo aroma que había acompañado los aparentes milagros de Rama Tura en Nueva York.

Después de su aparición y sin que nadie se hubiera movido o hecho el menor ruido en el ínterin, Rama Tura comenzó a murmurar una lenta, monótona salmodia. Sus palabras equivalían a un canto.

Vaga neblina comenzaba a surgir del interior hueco del bloque de oro. Esta neblina era amarilla. Se espesó, se espesó hasta convertirse en una nube densa. El fantástico aroma era cada vez más pronunciado.

Inesperadamente surgió de labios de los presentes una exclamación ahogada.

Del interior del sepulcro se alzaba una figura con lentitud impresionante.

Exteriormente era el cuerpo embalsamado de un hombre.

La sobrenatural aparición permaneció inmóvil un momento y después se hundió y desapareció en el interior del sepulcro.

Rama Tura se puso de pie, se acercó a la alta urna de la cual surgía la llama azul y la frotó vigorosamente con ambas manos. El resultado fue instantáneo.

Brilló un relámpago de sorprendente claridad; sonó un trueno pavoroso como si se hubieran desgarrado las entrañas de la tierra.

El relámpago cegó de momento a Doc. Cuando recuperó el uso de la vista, y no obstante el dominio que ejercía sobre sus nervios, pegó un brinco al mirar en dirección del bloque amarillo.

En pie sobre él vió una figura parecidísima al cuerpo del hombre embalsamado, incluso en las ropas.

Consistían éstas en una capa larga hasta los pies tejida de un material dorado, tal vez fuera de oro, puro —turbante y una mascarilla funeraria del mismo metal.

—Soy el mají —anunció el aparecido en idioma jondoreano—. ¿Qué me queréis?

Decir que los espectadores habían enmudecido sería emplear una pobre expresión.

Transcurrieron dos minutos bien cumplidos sin que nadie dijera una palabra.

AL cabo tornó a adelantarse Rama Tura.

—Estos infelices dudaban de que pudieras volver a la vida, oh, mají, Señor de todo lo que crece y respira, de lo que es fluido y sólido —dijo con zalamería—, y les he traído aquí con objeto de que pudieran verlo por sí mismos.

—No beben siempre los caballos conducidos al abrevadero —observó el aparecido con voz atronadora, impresionante.

—Es mucha verdad —se apresuró a contestar Rama Tura—. Pero, estos hombres serán, gustosos, tus esclavos. Lo que quieren es asegurarse de que es a ti a quien van a servir, oh mají, porque ahora el mundo no es lo que era antes. Está lleno de supercherías y así no siempre son las cosas lo que parecen.

Sucedió a la explicación un momento de silencio al cabo del cual volvió a sonar la voz atronadora del mají.

—Me levanto de una tumba en la que llevo cincuenta siglos de permanencia —dijo—. ¿Hay alguien que lo dude?

Nadie lo dudaba aparentemente o si lo dudaba no se atrevía a decirlo.

Sin que al parecer se fijara en el grupo que tenía delante volvió a decir el mají:

—Veo entre vosotros al actual Señor de mi amado país de Jondore. Que se adelante.

Kadir Lingh, el Nizam de Jondore desde la muerte de su hermano avanzó unos pasos, separándose así de los presentes. No parecía estar muy entusiasmado.

—Tú eres de mi sangre —le dijo el mají.

Kadir Lingh no se dio prisa en replicar.

—Así parece —dijo al fin.

—¿Eres mi esclavo? —le preguntó el aparecido con su voz de trueno.

Otra vez titubeó Kadir Lingh.

—Lo soy —dijo.

—Está bien —replicó el mají—. En premio a tu obediencia te daré honores y riquezas, larga vida y más poder que a tus antepasados.

Saludóle el Nizam inclinándose hasta el suelo.

—Lo celebro —dijo.

Pero, no parecía estar contento.

—Desde mi tumba envío, de vez en cuando, a mi otro yo, a mi doble, al mundo y allí él observa lo que pasa. Siempre vuelve deprimido —siguió diciendo el mají—. No está bien que sucedan las cosas que suceden y tampoco lo está que el blanco oprima aún a su hermano de color. Últimamente mi doble ha regresado con la noticia de que ya es hora de que me levante y conduzca a mi pueblo, que le coloque en el lugar que se merece.

Aquí hizo una pausa con objeto sin duda de que los presentes pesaran sus palabras.

—Prometo a quienes me ayuden poder, riquezas y larga vida —siguió diciendo después—. ¿Queréis hacerlo vosotros?

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Bien —dijo el mají—. Podéis iros. Que se quede el Nizam pues deseo hablar con él.

Con excepción de Kadir Lingh todos desfilaron por delante del sepulcro deseosos de salir cuanto antes de la impresionante presencia del mají. El último en partir fue Rama Tura, el creador de piedras preciosas.

Kadir Lingh se volvió para asegurarse de que todos se habían marchado y cuando estuvo seguro de ello hirió el suelo con el pie y le habló al mají en idioma inglés.

—¡Estás llevando muy lejos esta comedia maldita! —exclamó furioso—. Ten presente que no lograrás engañarles siempre con tus patrañas.

Doc Savage se había retirado hasta uno de los pasillos laterales en el momento de salir los circunstantes de la tumba, mas, había vuelto a tiempo de ver y oír lo que sucedía a la sazón en el interior de la gran cámara sepulcral.

La faz del mají estaba oculta por la dorada mascarilla, pero, se le oyó reír.

—¿Insistís todavía en negar que poseo poderes extraordinarios, poderes como no ha conocido hombre alguno? —interrogó.

Kadir Lingh contestó en la lengua del país:

—Sé quien eres. Sé que no eres…

—¡Habla en inglés! —dijo el otro interrumpiéndole—, no sea que vaya a oírte algún imbécil. Pocos naturales de Jondore conocen ese idioma.

Kadir Lingh continuó diciendo en lengua extranjera:

—Te he estado ayudando hasta el extremo de permitir que engañaras a Doc Savage en Nueva York y en pago de ello me prometiste renunciar a tus locos proyectos…

El mají no respondió.

—Te daré el dinero necesario para que pases con lujo el resto de tus días —prosiguió Kadir Lingh—. Será la mejor manera de que renuncies a ellos.

—¡Estúpido! —rugió el mají—. Tú no eres quien debe dictarme órdenes.

—Te he prestado mi ayuda —gritó airadamente Kadir Lingh—, para evitar que sumases en la desgracia al país de Jondore. Pero, ya no lo haré más. Está decidido.

El mají prorrumpió en una carcajada maligna, estridente, ensordecedora.

—Tú harás lo que yo te mande —dijo—. Mi poder es más grande que el tuyo y domino más que tú sobre el país. Sólo te restan fieles unos cuantos pueblos. Uno de ellos es aquél en que a poco si encuentra la muerte mi fiel servidor Rama Tura de no haberle librado de ella Doc Savage. Este y sus ayudantes deben morir. Esto más te ordeno.

—¡No morirán! —Kadir Lingh se encocoró.

Balanceándose sobre la punta de los pies entonó el mají.

—¡Tienes que obedecerme!

—No —replicó decididamente Kadir Lingh—. Revelaré al mundo tu identidad, lo que tratas de hacer y los que has hecho ya.

Hizo una pausa, miró ceñudo al otro, y pareció adoptar repentinamente una resolución.

—Mejor aun —dijo—. Voy a cogerte ahora mismo, a llevarte conmigo y a desenmascararte. Diré a todo el mundo lo que haces para engañar a las gentes.

Y así diciendo dio un salto y se lanzó sobre el mají. Trataba de apoderarse de él.

Pero, sin duda el Mají esperaba algo similar porque alzó los brazos y replicó a la acometida de Kadir Lingh con una patada violenta. Esta le dio de lleno en el estómago y le lanzó, jadeando, gesticulante, al suelo.

El mají sacó entonces un enorme puñal incrustado de pedrería y descendió de la tumba, cayendo sobre el indefenso Kadir Lingh.

Doc Savage abandonó su escondite. Corrió como jamás había corrido hasta entonces. Pero, el suelo era resbaladizo y muy grande la distancia que le separaba del Nazim.

No iba a llegar a tiempo de impedir que le asestara a Kadir Lingh la puñalada con que le amenazaban aquel desconocido del dorado ropaje y la mascarilla funeraria.

Pero lanzó un grito sonoro, imperativo.

El mají levantó la vista, luego dio un gran salto pero, no sobre Doc ni tampoco precisamente para separarse de él sino hacia el dorado sepulcro de donde saliera. AL alcanzarle se situó de pie otra vez sobre él.

Simultáneamente brilló un relámpago cegador, sonó un estampido semejante a un cañonazo que dejó vibrando los oídos de Doc así como el relámpago le había cegado.

Y después ya no vió al mají. Había desaparecido sin saber cómo.

Kadir Lingh, Nizam de Jondore se puso en pie de un salto, mas estaba aturdido y no le dijo nada.

Doc corrió junto al sepulcro y miró dentro. Muy grande era su sangre fría, con todo retrocedió porque en el sarcófago yacía el mismo cuerpo embalsamado que poco antes se había levantado de él de aquella manera tan impresionante.

Una leve mascarilla de oro le cubría las facciones, así y todo su semblante tenía una marcada semejanza con el del mají.

Aquel cuerpo encerrado en el bloque de oro no era el de un ser vivo. Doc estaba seguro de ello.

Se sacó de debajo de la ropa una piedra que traía a guisa de proyectil y se valió de su borde aguzado para arañar can él el áureo bloque. La gran lámpara daba luz suficiente para observar lo que iba a aparecer debajo.

Aquel bloque no era de oro. Era de plomo o de una substancia similar, dorada.

Mientras se aseguraba de esto irrumpió en la tumba todo un

enjambre de hombres de color.

Los recién llegados iban vestidos de escarlata y por el corte de sus trajes dedujo Doc que debían ser sacerdotes de un culto cualquiera, probablemente los guardianes de la tumba.

No llevaban armas de fuego pero iban armados de grandes alfanjes, de finísima hoja cortante como una navaja de afeitar, y llegaban a cientos..

Kadir Lingh, Nizam de Jondore, se aproximó a Doc Savage.

—Vamos a morir —le dijo—, por suerte puedo decir que estoy en muy buena compañía.

Doc le replicó:

—Quítese la ropa y pruebe a echársela encima al primer grupo que se nos acerque a fin de cegarle de momento y de ganar tiempo.

Poco después la horda caía sobre ambos. Por fortuna no se sirvió de los alfanjes, sino para arrinconarles tras de lo cual bajaron inesperadamente las armas y se liaron unos y otros a puñetazos.

La lucha de esta especie era justamente una especialidad de Doc Savage.

Pero aun así sus fuerzas tenían un límite. Cuarenta hombres son suficientes para derribar a un elefante o al león más feroz siempre que demuestren hallarse armados de valor.

Además Doc no podía echar mano de ninguna de las armas inventadas por él para su defensa y que de usual empleaba con tanto éxito.

Ellos le enterraron, como hormigas ante una gota de jarabe, y luchó sin cansarse, rodeado de los enemigos a quienes derribaba sin sentido. Mas, por cada hombre que caía surgían una docena y más hombres se acercaban a la carrera a la cámara sepulcral desde todos los pasillos. La cosa no tenía remedio.

Así y todo aun no cedió. Cuando estuvo tan agotado que ya no pudo moverse le asieron por los miembros mediante unas tenazas a propósito.

La tumba estaba llena de hombres a la sazón y no sólo de sus guardianes sino también de los que formaban la cabalgata que él había seguido.

Esta había vuelto al oír el alboroto armado. Sólo faltaba Rama Tura.

Uno de los guardianes de la tumba —el de más categoría por lo

visto,— se acercó en silencio al candil gigantesco donde ardía la llama azul. Y no sin cierto temor la frotó con las manos.

Brilló otra vez un relámpago seguido por el trueno correspondiente como por arte de magia apareció el mají puesto de pie sobre el bloque amarillo.

—¿Qué me queréis? —dijo con su voz tonante.

—Queremos saber lo que hemos de hacer con nuestro prisionero —murmuró el guardián temblando.

—Determinar cuántos alfanjes pueden clavarse en su cuerpo —ordenó el mají.

Todos se reunieron en torno al hombre de bronce hablando animadamente entre sí como si estuvieran deseando utilizar sus cuchillos.

—Colocaos en línea con excepción de los que sujetaban a ese hombre de bronce —siguió diciendo el mají—. Lo mismo da que seáis primeros o últimos en herirle porque en ello no hay nada de honroso.

En obediencia a la orden ellos formaron una procesión de hombres provistos de armas blancas de todas clases. Por lo visto en Jondore estaba de moda llevar arma blanca así como lo está en América el ir armado de revólver.

El primero de entre ellos que se acercó a la ligada persona de Doc, se dedicó a examinarle sin darse prisa.

—¿Será un honor ser el primero en herirle? —inquirió.

La pregunta no obtuvo respuesta. Ni debía recibirla jamás. En el pasillo acababa de sonar ruido de pasos y un hombre penetró corriendo en el interior de la tumba.

Venía excitadísimo. Al llegar delante del mají trató de postrarse de hinojos, mas como no había moderado a tiempo la velocidad que traía, dio un tropezón y resbaló.

Primero cayó de bruces, luego dio media vuelta y quedó de espaldas.

El incidente hubiera movido a risa a los presentes de no traer el mensajero malas nuevas a juzgar por su expresión.

En voz baja, gutural, rapidísima, dijo algo en idioma jondoreano.

Al mají no le agradó, sin duda, la noticia, porque lo demostró asestándole un puntapié en los riñones, luego se acercó a Doc hecho

una furia.

—¿Qué has hecho de Rama Tura? —le interrogó entre dientes.

—Lo que acabo de hacer es una jugada —replicó Doc Savage—. Quiero hacer valer mi vida y las de mis tres ayudantes.

—Tus amigos —profirió vivamente el mají,— van a ser ejecutados. Tal es la orden.

—Bueno. Supongo que sabrán valerse por sí mismos —fue la réplica de Doc Savage.

CAPÍTULO XVI

EL AUXILIO DE LA DAMA

MONK pensaba lo mismo; creía, que lo mismo él, Long Tom y Ham no obstante continuar dentro del pozo que él estaba guardando, sabrían valerse por sí mismos.

Hasta entonces así lo habían hecho aunque debía confesar que él había pasado un mal momento cuando un oficial tocado con un casco, que debía ser capitán de la guardia real o algo por el estilo, se le había aproximado para dirigir una mirada fulminante al interior del pozo.

Por fortuna era demasiado orgulloso o se hallaba de mal humor para favorecerle con la palabra, circunstancia a la cual se mostraba Monk extraordinariamente agradecido.

La confianza es un gran elixir, sobre todo para aquellos que no tienen que mantener una estricta vigilancia en contra de sus intoxicantes cualidades.

Y Monk no había estado nunca o por lo menos no se había notado que se dejara llevar de un sentimiento de inferioridad.

Por ello mismo recibió un golpe en la cabeza. Esto le sucedió cuando llegaba al extremo del pasillo y se preparaba a iniciar una media vuelta para volver al punto de partida, y pasar por delante de la celda en la cisterna.

Hasta cinco minutos después no pudo ver qué era lo que le había dado el golpe, porque se lo habían asestado por la espalda y además porque había sido muy violento.

La persona que acababa de derribarle iba envuelta en largo ropaje, se perdía dentro de él.

Ahora se escurrió a lo largo del pasillo, tras de quitarle a Monk la llave del cerrojo que abría la celda, valiéndose del tacto porque

envolvían densas tinieblas aquel lugar subterráneo.

Una vez que hubo abierto la puerta el desconocido, echó por la abertura una cuerda.

—¡Hola, hola! —exclamó Long Tom cuando la cuerda cayó delante de él.

—¡Vamos, no te estés ahí parado! —le dijo Ham—. La cuerda se ha lanzado para que trepemos por ella.

Y así lo hicieron sin que la operación les costara un gran esfuerzo.

Tan oscuro estaba el pasillo, que hasta que habló, no se dieron cuenta de que su salvador no era Monk como pensaban.

—¿Dónde se hallan vuestros compañeros? —deseó saber—. ¿Dónde se hallan Monk y Doc Savage?

Ni Long Tom ni Ham se hubieran mostrado más sorprendidos de haber sido inesperadamente atacados a martillazos.

—¡Pero si es una mujer! —exclamó el segundo.

Long Tom la asió rápidamente por un brazo conforme a la teoría de que conviene actuar primero y preguntar después, y la arrastró en dirección de la luz más cercana que casualmente se hallaba tras del ángulo del corredor donde se había derribado a Monk.

Entonces le vieron. Simultáneamente se colocó Ham a su lado de un brinco y le tomó el pulso.

Monk se incorporó, de un tirón libertó la mano de la, presión que sobre ella ejercían los dedos del abogado y se palpó con sumo tiento el cráneo.

—No sé qué es lo que tengo en la cabeza —murmuró sin haber recobrado por completo los sentidos—. No sé qué es lo que tengo en la cabeza.

—Ya veo que te vas dando cuenta de lo mal que la tienes —replicó Ham sin compasión.

Entre tanto Long Tom había acercado la mujer a la luz.

—¡Mira quién es! —exclamó.

Monk le dirigió una mirada escudriñadora.

—¡La raní! —balbuceó después.

El rostro encantador de la dama daba muestras de alarma y su aspecto revelaba que había pasado unas semanas angustiosas.

—¿Dónde se halla Doc Savage? —interrogó.

—¡Ah, que me registren! —replicóle Monk—. Parece ser que

trata de descubrir algo.

—Esto quiere decir —explicó Ham a la dama con seco acento,— que todavía nos obstinamos en resolver el misterio complicado que nos ocultan ustedes.

—Él, Doc —agregó Tom—, ha ido a encontrar al Nizam para dirigirle unas cuantas preguntas.

—Si ha seguido a Kadir Lingh... —La raní se retorció las manos en lugar de acabar la frase comenzada—. Así, debe estar en la tumba del mají. ¡Vaya usted a saber lo que puede ocurrirle allí!

Les asió por un brazo y como no había otra cosa que hacer, ellos la siguieron. No confiaban del todo en ella porque les había engañado en Nueva York, mas como la situación era seria en extremo y les había sacado de la prisión en la cisterna a pesar de que lo mismo hubieran logrado evadirse sin su ayuda, les pareció bien dejarse llevar.

—¡Dense prisa! —díjoles la raní—. Desde la tumba del mají se ha dado la orden de que se os ejecute sin pérdida de tiempo y por ello debemos estar lejos de aquí antes de la llegada de vuestros verdugos.

La noticia les movió a poner en juego las piernas y corrieron pasillo adelante en pos de la dama. AL llegar a la puerta de salida descubrieron dos hombres tendidos junto a ella. La raní les señaló con un ademán.

Salieron al exterior sumido asimismo en tinieblas y oyeron las patadas dadas por los caballos que aguardaban al amparo de la oscuridad.

La raní les escoltó hasta que se vieron junto a los nobles corceles.

—Son rápidos como el viento —les dijo—. Yo quería que huyerais con ellos de la ciudad. Ahora nos serviremos de ellos para ir en busca de Doc Savage.

AL montar Monk en su corcel descubrió a la silla un gran paquete.

—¿Qué es esto? —interrogó a la raní—, ¿provisiones?

—En parte sí —replicó la dama—. El resto, las ropas que os han quitado al capturaros.

—¡Usted piensa en todo! —exclamó el químico, admirado.

Tras de montar todos se encaminaron, lentamente al principio, y

buscando las calles más retiradas, a la puerta de la ciudad, y una vez franqueada aquélla espolearon los caballos y corrieren todo lo deprisa que se lo permitió el camino que iban siguiendo.

—¿Sabe dónde se halla la tumba del mají? —interrogó Monk a la raní.

—Perfectamente —replicó ella.

Ham espoleó su corcel y una vez que estuvo a su lado la asedió a preguntas.

—¿Qué se oculta detrás de todo esto? Sabemos que es algo muy malo, algo capaz de producir la muerte de muchas personas. Pero nada más. Aquí nos quedamos atascados.

—Pues no puedo decírselo —replicó prontamente la raní.

Ham exclamó con voz aguda:

—¿Por qué no? ¡Qué falta de sentido común!

—Voy a explicárselo —concedió ella—. Quizá no le satisfagan mis razones, pero para mí son suficientes.

—Prosiga.

—Amo a Jondore —siguió diciendo ella,— no quiero verlo desgraciado. Tampoco deseo ver desgraciadas a ciertas personas.

—Pero esa razón es poco convincente.

—Hasta hoy Kadir Lingh y yo habíamos creído que sabríamos valernos por nosotros mismos tocante a la solución del problema. Hoy comenzamos a dudarlo —siguió diciendo la raní sin hacer caso de la interrupción—. Y si os engañamos en Nueva York fue con el fin de que conocierais la verdad, la causa de nuestra futura ruina y la del país.

—Pues no me convence.

—Me lo figuro. Si supiera la verdad me comprendería.

La voz de la raní tembló visiblemente, llena de emoción.

Ham comenzó a decir:

—Si quisiera decirnos...

—¡Ni una palabra más! —replicó ella atajándole.

Y así lo hizo a pesar de hacer Ham lo que pudo para tirarle de la lengua mientras cabalgaban. Nada nuevo sabía cuando penetraron en la accidentada región de los picos rocosos y de los profundos cañones impresionantes.

Al cabo la raní les señaló con el índice un cuadrado bloque de piedra que se alzaba sobre la cima de la montaña.

—¡He ahí la tumba del mají!

—Es curiosa —observó Monk elevando hasta ella la mirada.

—Es una maravilla, la construcción más fantástica del mundo —agregó su compañera.

—¿Por qué? —quiso saber Ham.

—Vale más que lo ignores —fue la réplica que obtuvo.

Dejando los caballos en el llano, emprendieron la ascensión de la montaña procurando no hacer ruido hasta que al cabo y a gran altura divisaron la tumba que se alzaba sobre sus cabezas. Entonces la raní les movió a hacer alto.

—La tumba tiene una puerta que, en ocasiones se halla guardada; en otras, no. Pero sí está siempre llena de gente. La custodian los descendientes de los antiguos sacerdotes encargados de velar por ella.

—Lo cual significa que debemos andar con cuidado —gruñó Monk.

—Eso es.

Avanzaron pues, adoptando infinitas precauciones y al llegar a unos cincuenta pies de la puerta, descubrieron dos hombres armados.

—Dejadlos a mi cargo —dijo Ham.

El se había traído consigo a Jondore dos de sus estoques, costumbre que había contraído siempre que salía de viaje, y que la raní había metido en el hato de sus ropas que llevaba pendiente de la silla de su caballo.

Se adelantó a sus compañeros empuñando uno de ellos. Luego, lo pensó mejor sin duda y volvió por el segundo. Eran sus armas favoritas y jamás las dejaba de su mano.

Una vez que se hubo apoderado de las dos, avanzó otra vez, pero no se acercó mucho a la entrada de la tumba. Mientras marchaba blandió una de ellas y la arrojó lejos de sí, a la manera de una jabalina. Luego arrojó la otra sin pérdida de tiempo.

Años hacía que se servía de ellas; que practicaba el arte de la esgrima por espacio de horas y horas, y así era capaz de realizar cosas sorprendentes.

Cada vigía quedó herido en una pierna. Cada uno de ellos lanzó un gruñido de sorpresa, pero sin alzar mucho la voz.

A un tiempo se inclinaron los dos para ver qué era lo que les

había herido.

Ambos cayeron de bruces y al parecer, se quedaron profundamente dormidos.

Ham aplicó el oído, permaneció inmóvil, escuchando un momento. Los gruñidos no habían llamado la atención. Simultáneamente Monk y sus compañeros surgieron a su lado y todos reanudaron la marcha.

Esta se verificó sin más incidentes y alcanzaron la gran puerta arqueada detrás de la cual estaba el gran bloque dorado y la lámpara votiva donde ardía la llama azul.

Tras de examinar el interior de la tumba de una ojeada, se aseguraron de que no había nadie en ella y avanzaron.

El sarcófago estaba cerrado y de momento les desconcertó la ornamentación que ostentaba porque no pudieron descubrir, a primera vista, dónde acababa la tapa.

Entonces se acercaron al gigantesco candil que era mucho más espectacular.

—¿Qué es esto? —interrogó Monk a la raní.

—Es la lámpara del mají —dijo ella con voz velada y ronca—. Apartaos de ella. Fue construida por el mají en persona y lleva ardiendo muchos siglos.

Monk lanzó un resoplido de desprecio.

—Bah —dijo—. En mi calidad de químico sé conocer cuando veo arder la llama corriente que produce el aceite vegetal. Esta lámpara está alimentada por un alcohol propio del país, si no me engaño.

Miró la lámpara con el ceño fruncido.

—Ahora mismo voy a ver de qué metal está hecha —declaró—. Parece de oro.

Sin vacilar se acercó a ella y la frotó vigorosamente, rascó en ella con la punta de una uña.

Resultado de ello fue un relámpago seguido de un trueno aterrador.

Monk corría y se hallaba a veinte pasos de distancia de la lámpara cuando sus ojos, cegados por el súbito resplandor, distinguieron los objetos que le rodeaban. Lanzó en torno una mirada escudriñadora.

Sus compañeros también se habían retirado, creyendo en

principio que acababa de explotar una bomba.

Monk olfateó el aire. Estaba lleno de un olor singular que no era el usual de un explosivo sino un aroma totalmente distinto.

¡Era el mismo que solía acompañar a las sesiones de Rama Tura!

—¡Huid de aquí! —les gritó la cuñada del Nizam—. Ese aroma acompaña siempre a la magia del mají.

Los tres ayudantes de Doc Savage titubearon. Puesto que habían llegado tan lejos, les parecía mal partir sin saber nada de lo que querían.

Luego, bruscamente, comprendieron. Hombres de color, los guardianes de la tumba y los soldados uniformados del Nizam, irrumpían ya en el interior de la tumba.

Iban armados, sin embargo les atacaron sirviéndose únicamente de las manos debido, quizá, a un temor supersticioso que les vedaba echar mano de las armas de fuego.

Tal vez lo tuvieran por un sacrilegio. El procedimiento les hubiera salido mal de no haber venido en tan gran número.

De todos modos, Ham, Monk y Long Tom, hicieron uso de sus pistolas ametralladoras —que formaban parte de los útiles devueltos por la raní— y llenaron la cámara funeraria de sonoros estampidos y de las cápsulas de los proyectiles llenos de la materia química productora de sueño.

Monk daba voces estentóreas. Los proyectiles picaban un poco al entrar en la carne de sus contrarios. Las pistolas gemían a intervalos como bestias enfurecidas y de momento sus asaltantes retrocedieron, fueron contenidos.

Luego brilló un nuevo relámpago, sonó un segundo trueno y la figura sobrenatural del mají, apareció, de pie, sobre el sarcófago que tenía ahora su tapa levantada.

EL imprevisto espectáculo sobrecogió a los ayudantes de Doc, sobre todo cuando la aparición levantó el brazo y les señaló con el dedo.

Profundo silencio sucedió a su actitud.

Entonces se dejó oír la voz atronadora del extraño individuo.

—¡Vais a quedaros sin fuerzas! —les advertía.

Y a continuación sucedió la cosa más asombrosa que jamás les aconteciera.

Efectivamente, ¡se quedaron sin fuerzas!

Monk en particular luchó por levantar los brazos sin conseguirlo. Aturdido se miró de arriba abajo presa de una cólera inútil.

Probó a elevar la pistola ametralladora, lo probó haciendo acopio de todas sus energías. Únicamente consiguió levantar el brazo una pulgada.

—¡Dian… tre! —exclamó.

Ham dijo con voz ahogada:

—¡No puede ser esto! ¡No puede ser!

No es que sintieran dolor o malestar alguno excepto el olor que se exhalaba ahora de la tumba y que les llenaba la nariz. Podían pensar claramente, se comprendían unos a otros, pero no podían hacer el más ligero movimiento ofensivo.

Detrás se quejó la raní con voz ahogada.

—Bien decía yo —declaró—, que si veníamos aquí nos sucedería algo malo. Esta es la tumba del mají.

—¡Yo soy el mají! —tronó la voz de la aparición.

A continuación cayó sobre ellos la horda de hombres de color.

CAPÍTULO XVII

LA CAVERNA DE ALADINO

SIN embargo, no se les quitó la vida, cosa que dejó muy sorprendido a Monk y a sus compañeros. Un grito del mají lo había impedido.

Así y todo se les ató fuerte, seguramente.

Después de esto se ordenó a los soldados que salieran de la cámara, lo cual hicieron de manera que solamente quedaron en ella sus guardianes usuales.

Estos parecían conocer perfectamente el lugar y lo que en él iba a ocurrir, porque se echaron encima de Monk, Ham, Long Tom y la raní, y les llevaron junto al sepulcro del mají.

La luz azulada que alumbraba la cámara a la sazón, le daba una apariencia espectral. Levantó un brazo y con el índice tendido señaló a la raní.

—Vas a morir por lo que has hecho esta noche —manifestó con voz de trueno—. Me has sido muy cara y lo mismo lo hubieras sido en el futuro. Pudiste beneficiarte de mis proyectos, pero ya no tienes derecho a ello.

La raní guardó silencio.

El mají dijo unas palabras en el idioma del país que los ayudantes de Doc apenas lograban comprender y uno de los guardianes de la tumba avanzó unos pasos y con visible temor frotó la lámpara maravillosa.

Sucedió a la friega el relámpago y trueno consabidos.

Sólo que en aquella ocasión no apareció la figura inesperada de ningún ser humano. En vez de esto se abrió la tierra y de la ranura pareció desprenderse una losa. La luz de la lámpara les permitió distinguir los gastados peldaños de una escalera.

Precedidos por el mají descendieron aquellos peldaños y pasaron por una serie interminable de habitaciones tan notables como pocas veces había visto Monk. Ellas formaban parte, probablemente, de los cimientos echados para la construcción del enorme bloque negro que constituía la tumba del mají.

Que aquellas habitaciones eran de una desmesurada extensión, fue lo primero en que repararon.

Luego percibieron otras cosas que les interesaron más.

Eran verdaderos almacenes atestados hasta el techo de aeroplanos desarmados, de naves veloces aéreas ultra modernas.

También había armas de fuego, cañones ligeros de campaña, rifles, bayonetas, ametralladoras, pistolas, así como cajas de municiones en número extraordinario.

—¡Es todo un arsenal! —observó Monk atragantándose.

—¡No mires eso! —le ordenó el mají.

Monk se quedó confundido y no poco asustado cuando se vió incapaz de examinar aquellos objetos almacenados en la larga serie de habitaciones.

No encontraba la palabra adecuada para expresar lo que sentía a la sazón.

Jamás había obedecido una orden al momento, como ahora la estaba obedeciendo.

AL cabo penetraron en una pequeña cámara vacía que ocupaban dos prisioneros. Monk les miró y reconoció al punto.

Eran Doc Savage y Kadir Lingh.

A juzgar por las trazas se había sometido al primero a un proceso más o menos largo de tortura.

Su cuerpo maravilloso no estaba seriamente destrozado, pero le habían pegado y abierto cortes en la piel que a continuación se habían rellenado de sal. También le habían aplicado hierros candentes si no mentían las ampollas que ostentaba.

Monk y sus compañeros fueron depositados rudamente en el suelo tras de lo cual el mají inició una media vuelta y se colocó junto a Doc.

—Bien. Ahora supongo que ayudarás a Rama Tura —dijo entre dientes.

Doc replicó:

—Sí, mas ya sabes lo que a cambio de ello te pido.

El mají le hizo una leve inclinación de cabeza.
—¿La libertad de la raní y de tus ayudantes? Bien. Te será concedida. Pero tú permanecerás aquí, serás nuestro huésped por espacio de un año.
Doc Savage guardó silencio.
—Voy en busca de Rama Tura —siguió diciendo el mají—. Una vez que le hayas sacado del estado miserable, quedarán tus amigos en libertad y se les escoltará hasta la frontera.
El mají salió acompañado de los guardianes de la tumba, cerró tras de sí una pesada puerta de hierro.
Doc estaba bien atado. Por ello le costó trabajo volverse y encararse con Monk.
—Ven tú aquí —le rogó. Monk hizo un esfuerzo terrible sin que por ello lograra apenas cambiar de posición.
—No puedo, Doc —declaró gimiendo—. Ese individuo me ha echado un maleficio sin duda.
—Acercaos vosotros —dijo Doc a los demás. Todos se hallaban lo mismo que Monk.
Sin ayuda ajena emprendió, pues, la tarea difícil de variar de postura.
La tortura ejercida sobre su persona le había agotado y lo menos le costó tres minutos avanzar una docena de pies.
Después de haberlo hecho logró mirar fijamente los ojos de Monk.
—Monk, ya estás bueno —le dijo vivamente.
Sin apartar de él la vista, tornó a repetir la frase.
Monk pestañeó. Consiguió incorporarse.
—¡Ah, caramba! ¡Has deshecho el encanto! —exclamó.
—¡Qué encanto ni qué narices! Estabas hipnotizado. Rueda hasta aquí y nos desataremos uno a otro.
Monk se apresuró a obedecer.
—¡Hipnotizado yo! ¡No puede ser! Comienzo a creer que el mají es una especie de taumaturgo.
—Casi, casi. El hipnotismo no tiene secretos para él.
Monk trabajaba a la sazón en las ligaduras de Doc.
—Pero ya en otras ocasiones se ha tratado sin éxito de hipnotizarme —tartamudeó.
—Nadie puede hipnotizarte cuando tú no deseas ser

hipnotizado. ¿Recuerdas el aroma, el vapor que invadía el aire antes de que Rama Tura o el mají operasen una de sus maravillas?

Monk replicó:

—Sí, mas no veo lo que tenga que ver con esto.

—Se trata de una droga en forma de vapor —le explicó Doc,— que afecta al cerebro como el suero de la verdad. Este impide que un hombre pueda decir mentiras; aquél le hace incapaz de resistir a una sugestión hipnótica.

Los dedos romos del químico eran fuertes. Era capaz, en ocasiones, de realizar una hazaña propia de las gentes de circo, hazaña consistente en doblar entre sus dedos una moneda de plata.

A la sazón desprendía de las muñecas de Doc las cuerdas que le sujetaban.

—¿Conque hipnotismo, eh? —gruñó—. Esto explica un sinfín de cosas.

Doc se sacudió de encima las ligaduras y comenzó a desatar las que le oprimían los tobillos mientras Monk se acercaba rodando a Long Tom.

—Oye: ¿también era una ilusión la transformación de un guijarro en una piedra preciosa operada por Rama Tura en Nueva York?

Doc replicó.

—Aquí el Nizam me ha contado su historia. Óyela porque vale la pena.

Y así diciendo Doc se libertaba sin pérdida de tiempo de sus ligaduras.

—El mají ha tratado —dijo rápidamente,— de levantarse contra los ingleses a quienes profesa un odio a muerte y con objeto de comprar armas y municiones es por lo que se ha apoderado de la fortuna del Nizam. Mas, no atreviéndose a vender las joyas en pública subasta, por temor de llamar la atención de sus enemigos, las hizo tallar de nuevo, anuló el tallado anterior y envió a su lugarteniente Rama Tura al extranjero con objeto de que allí las vendiera. Como procedimiento eligieron la actuación de Rama Tura en la forma que hemos visto.

Doc se puso de pie y comenzó a desatar a Kadir Lingh. Long Tom ya estaba libre sólo que aun no podía moverse porque continuaba hipnotizado.

—Rama Tura se valía del aroma particular que ya conocemos —siguió diciendo—, para hipnotizar con él a los concurrentes al espectáculo. Es también hábil hipnotizador. El hecho es corriente, aquí, en el Este. Y por ello su auditorio se inclinaba a creer lo que él quería. ¿Te acuerdas de los fotógrafos asesinados? Pues les mataron porque sus fotografías demostraban que Rama Tura era un impostor.

—¿Mataron por la misma razón a los dos médicos del hospital de Nueva York? —quiso saber Monk.

—Rama Tura les quitó de en medio para que no supieran lo que le impulsaba a dar las representaciones de Temple Nava —repuso Doc—. Temía que la raní les hubiera puesto en antecedentes.

Los cuatro hombres se hallaban desatados en aquellos momentos.

Doc sacó de su estado particular a Long Tom y a la raní, diciéndoles sencillamente que ya no estaban sujetos al encanto.

La raní balbuceó:

—Pero yo no entiendo cómo ha logrado sacarnos de él.

Ham replicó en lugar de Doc:

—Doc ha estudiado también el hipnotismo. Pasó algún tiempo en la India dedicado a esta práctica.

—¡Oh! —la raní pareció aturdirse levemente—. Pero en Nueva York, mientras estaba en el departamento de Rama Tura, me pareció ver un ser fantástico, un monstruo gigantesco.

—Producto del influjo hipnótico que ejercía Rama Tura sobre usted —le explicó Doc—. Una de las posibilidades del hipnotismo adelantado es, justamente, la de hacer ver lo que no existe a determinada persona.

—¡Yo le haré ver cosas que existen a ese mají en cuanto le eche la vista encima! —prometió Monk.

—Yo te aconsejo que te mantengas separado de él —le dijo el hombre de bronce.

—¿Sí? ¿Por qué razón?

—Porque continúas todavía sometido a los efectos de la droga olorosa y al mero contacto con la presencia del mají volverías a quedar en su poder.

—¡Vaya cosa! —balbuceó el químico.

Todos se dirigieron a la puerta.

A Ham se le ocurrió una idea repentina.

—Doc —dijo rápidamente—. ¿Qué es lo que has hecho a Rama Tura?

Doc hizo una demostración rara en él; casi se sonrió.

—Supongo recordarás —contestó,— que mientras representaba su papel de hombre blanco, saltó mi burro sobre el suyo, caímos juntos al suelo y al levantarse de él ostentaba un corte en un brazo.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Bueno, pues no fue mi cuchillo como él creyó lo que le produjo la cortadura sino que aquélla era en realidad la señal o rasguño de una aguja hipodérmica que le clavé y que a la sazón le ha producido la ceguera. Hasta ahora nadie ha sabido curarle de ella y únicamente yo puedo hacerlo porque sé cómo ha sido producida.

Así hablando llegaron a la puerta.

—¿Así te diste cuenta de que el hombre blanco era, en realidad, nuestro enemigo? —murmuró Ham perplejo.

—Sí. Su disfraz no era perfecto —replicó Doc con el rostro sombrío—. Siendo menester hacer algo para que sus servidores no nos privaran de la vida se me ocurrió la hazaña. A la sazón ejerzo un control de su vista.

Ellos abrieron la puerta.

Tan simple acción desencadenó el pandemonium. Los dos guardias estaban preparados y a pesar de que Doc les gritó con su voz de ventrílocuo imitando a la perfección, la de Rama Tura que no dispararan, apenas logró contenerles.

Long Tom apoyóse en el hombro la pistola y disparó. El estampido que acompañó al disparo ocasionó más daño que el mismo proyectil porque originó un concierto de alaridos en todas las habitaciones de piedra.

—¡La tumba está llena de enemigos! —exclamó Monk.

—Tratemos de descubrirlos —dijo Doc.

Los dos guardias habían perdido ya el conocimiento. Monk se apropió de las armas de uno; Long Tom de las del otro y corrieron en dirección de los peldaños de la escalera que debía conducirles a la cámara abovedada.

—Debe hacer mucho tiempo que se ha construido esta tumba —observó Long Tom después de reparar en lo gastados que estaban

aquellos escalones.

—Su historia es maravillosa de veras. Ya te la relataré cuando tenga tiempo —le prometió el hombre de bronce.

Todos ellos llegaron, al cabo a los últimos peldaños de la escalera que finalizaba en la cámara funeraria.

Doc se detuvo. Les señaló un complicado mecanismo instalado en las alturas.

—Es el que abre la ranura del suelo —dijo—. Ya habréis reparado en que un poco más allá, bajo el bloque del sarcófago hay otro mecanismo mediante el cual el mají ha movido el cuerpo embalsamado. El truco es muy sencillo. Mediante el mecanismo en cuestión desciende la losa que sostiene el cuerpo del difunto mají.

Monk no pudo más.

—No entres en detalles que no hay tiempo —advirtió a su jefe.

—¡Aguarda! —le rogó Doc—. En otra parte, probablemente a la vuelta de ese rincón debe estar el aparato que descarga la droga aromática en el interior de esta tumba. Tenemos que destruirlo.

—No veo el porqué…

—Pues con el objeto de poder entrar aquí sin peligro cuando volvamos en compañía de los soldados que le han estado fieles a Kadir Lingh.

Así diciendo se lanzó adelante. Su pierna herida le producía un dolor insoportable y aunque intentaba disimular su debilidad, le hacía cojear un poco.

—¡Doc! —exclamó apenado Monk—. ¿Estás herido?

Doc replicó:

—Ese aparato debe ser…

—Yo lo destruiré —le prometió el químico—. Sé bastante en materia de química para identificarle al punto.

Ham y Long Tom tomaron los rifles y corriendo salieron de la cámara.

Monk fue en busca del aparato productor del fuerte aroma que tornaba las mentes de los hombres susceptibles de ser dominadas.

Justamente había sido inventado para este fin.

Doc Savage, la raní y Kadir Lingh aguardaron el regreso de Monk. Estuvieron aguardándole unos diez segundos que les pareció un siglo.

Trascurridos éstos el químico apareció de nuevo. Venía trotando.

—¡Ya lo hallé! —les anunció desde lejos con acento de triunfo.

—Y bien: ¿lo has…?

Monk dirigió a Doc una sonrisa.

—Sí —dijo interrumpiéndole—. Lo he destruido y ya no volverá a funcionar. Pero ¡salgamos de aquí cuanto antes!

Y todos se apresuraron a obedecer. Subieron la escalera y desembocaron en la cámara funeraria que estaba vacía para su desencanto. Del pasillo pasaron a ser rodeados por la oscuridad del exterior donde quizá alboreaba ya.

AL franquear el umbral de la puerta redonda les recibieron a tiros.

Ham y Long Tom se tiraron al suelo con objeto de responder al tiroteo que procedía de los peñascos del exterior a la eminencia donde estaba erigida la tumba.

Los tiradores se retiraron al sendero, muy sorprendidos y por él descendieron a una invisible trinchera o refugio.

Doc corrió en unión de sus hombres hacia los peñascos… y se quedaron allí atascados. Según manifestó Kadir Lingh no había otro sendero y como los tiradores de rifle les tenían bloqueados, no había escape.

Entonces hicieron lo único que había que hacer: aguardaron.

Del interior de la tumba se escapaban guturales murmullos originados, evidentemente por la persecución de que eran objeto.

No transcurriría mucho tiempo sin que sus enemigos se dieran cuenta de que ellos habían huido y fueran a buscarles al punto donde estaban.

Doc bajó a rastras por el sendero armado de dos grandes pedruscos.

Albergaba la idea de desalojar de él a los tiradores, mas no pudo lograrlo porque ante ellos se extendía un pequeño claro iluminado a la sazón por la luz de la luna.

Les arrojó las piedras y como en respuesta silbaran las balas de manera harto desagradable en torno de su persona, volvió junto a sus compañeros siempre arrastrándose.

Monk sugirió después que les hubo dado cuenta de lo ocurrido:

—Quizá pueda yo descender por el desfiladero. Voy a probarlo, pues no podemos estar así mucho tiempo.

—Aguarda —le dijo inesperadamente Doc—. ¡Escucha!

Todos aplicaron el oído. No se oía nada... que era lo que importaba.

—¡Anda! Todo ruido ha cesado dentro de la tumba —exclamó Monk—. Ya no se oyen gritos ni algarabía.

Doc guardó un instante de silencio durante el cual se percibió su grito muy débil e impresionante en aquellas circunstancias y a la luz de la luna.

—¡Monk! —exclamó luego.

—¿Qué? —replicó el químico que se disponía a descender al desfiladero.

—Oye: esa droga olorosa puede causar la muerte de una o varias personas dado el caso de no ser bien administrada —manifestó Doc—. Por lo menos así actúan otras materias químicas tan potentes como esa. De manera que si de una vez se soltara una buena cantidad de ella, mataría probablemente a todos los ocupantes de la tumba.

—¡Huum! —hizo Monk.

—¿Qué es lo que has hecho después de descubrir los recipientes llenos del vapor y del aparato destinado a derramarle en pequeñas dosis dentro de la cámara funeraria? —interrogóle Doc Savage.

—¡Toma! Pues destruir los recipientes y dejar que su contenido se desparramase por el suelo.

—Pues no me cabe duda que con ello les has matado a todos —replicó Doc con acento sombrío.

—¡Ca...ramba! —Monk no parecía estar muy apenado—. Hay que reconocer que ha sido una catástrofe accidental.

CAPÍTULO XVIII

EL DIFUNTO MAJÍ

FUERA lo que quisiera, lo ocurrido en el interior de la tumba no pareció excitar la curiosidad de ninguno de ellos, sobre que después de comunicarles Doc que probablemente transcurrían algunas horas antes de que se hubiera disipado del todo el perfumado vapor.

En el ínterin sostuvieron un tiroteo espaciado con los tiradores situados al extremo del sendero y aun cuando no podían descender hasta él, tampoco los otros podían subir.

AL cabo salió el sol entre raudales de una luz rojiza que les recordó por su matiz sangriento los sucesos de la noche anterior y, de helado que era el aire, se fue recalentando poco a poco de manera harto desagradable.

—Bueno, ya podemos entrar en la sepultura —manifestó Doc—. En el caso de que todavía quede en su interior algún perfume supongo que le oleremos a tiempo.

Long Tom y Ham se quedaron en el sendero para guardarles las espaldas y en la tumba penetraron Doc, Monk, Kadir Lingh y la raní.

Con razón podía llamársela tumba, pues se la había construido para albergue de la muerte y a la muerte albergaba a la sazón.

Varios servidores del majá habían logrado llegar casi hasta la puerta de entrada y estaban desparramados por el pasillo, un grupo más nutrido se hallaba dentro de la cámara funeraria, otros abajo.

Incluso Monk, que, tratándose de sus enemigos, albergaba ideas homicidas, se mostró impresionado por el espectáculo que ofrecían.

—Lamento —confesó,— haber provocado este accidente.

El majá y Rama Tura habían estado unidos en vida; de la misma manera lo estuvieron en la muerte, pues, entre los cuerpos de los

dos apenas quedaba el espacio de un brazo extendido.

La raní se colocó delante del difunto mají.

—Vale más que no sepáis quién era —dijo trastornada.

Doc insinuó con mucha dulzura:

—Sabemos quién es. Me lo ha dicho Kadir Lingh y mis hombres no hablarán siempre que convenga guardar silencio. El mundo nada sabrá de esto, sino lo que ya conoce.

La raní reflexionó un instante; luego se apartó.

Monk se acercó al cuerpo del mají, se inclinó sobre él y examinó el áureo color de su piel. No, era una capa de oro sino una pintura grasa dorada la que lo cubría.

Luego le miró a la cara y se rascó la cabeza.

—¡Toma, toma! —murmuró—. Este mocito es el falso Nizam que trató de engañarnos en Nueva York.

Kadir Lingh respondió inesperadamente:

—Es el mismo que trató de hacernos caer en una trampa allá, en América, pero no le llamemos falso. Era, realmente, el verdadero Nizam de Jondore.

Monk puso la cara de aquel que no puede pasar una píldora demasiado grande para su garganta.

—¿No lo es usted? —interrogó.

Kadir Lingh meneó la cabeza.

—No podía serlo mientras viviera ese hombre —replicó.

—¡Uf, vaya lío! No le comprendo.

—Ese hombre —repitió Kadir Lingh señalando al difunto mají—, era mi hermano, el legítimo Nizam de Jondore a quien el mundo tenía por muerto sin que en realidad lo estuviera.

Monk abrió una boca de a palmo. Sin cerrarla confesó:

—Ya voy comprendiendo.

—Mi hermano odiaba a los ingleses que, en realidad, imperan en Jondore ya que para hacer cualquier cosa debemos obtener su permiso —siguió diciendo Kadir Lingh—. Pero ellos le tenían vigilado. Él necesitaba dinero para la compra de armas y a pesar de ser el hombre más rico de la tierra no podía adquirirlas porque los ingleses llevaban una cuenta de sus gastos, recelosos de que pusiera por obra sus proyectos. Por ello concibió la idea brillante de…

—…de fingirse muerto —concluyó Monk—, y de robar su propia fortuna para convertirla en dinero contante y sonante que debía

originar una revuelta. Ya entiendo.

Doc Savage se apartó de ellos, dejando que Kadir Lingh y la raní le explicaran al químico que se habían prestado, durante algún tiempo, a secundar los deseos del difunto Nizam por diversas razones, la principal de las cuales era la de ser el esposo de la raní, a quien creyó amar en otro tiempo y a causa de las costumbres orientales que mantienen a la esposa bajo el dominio del marido.

También Kadir Lingh había tenido sus razones para secundarle y por ello cometió el error de creer en su palabra, allá en Nueva York.

En el despacho de Doc Savage, después de descubrir a su medio hermano en la habitación secreta donde estaba prisionero, el difunto le había prometido renunciar a sus proyectos si Kadir Lingh se lo llevaba consigo a Jondore.

Pero no había hecho honor a su palabra.

Desde el punto donde se hallaba situado Doc, a la sazón, oía los tiros que en ocasiones disparaban Ham y Long Tom en defensa propia, desde el sendero.

Entonces corrió abajo, a las habitaciones que hacían las veces de arsenal y allí abrió una caja, levantando de paso el polvo gris depositado en el suelo.

Provisto de una ametralladora y de las municiones necesarias volvió al sendero, instaló en su centro la ametralladora, la cargó de cartuchos y la disparó sobre el sendero, obteniendo instantáneamente un resultado que no esperaba.

Los tiradores pusieron pies en polvorosa… ya fuera porque tuviesen miedo, ya porque se les hubieran acabado las municiones.

Era evidente que con la ayuda de las armas sacadas de la tumba Doc y sus hombres podrían abrirse paso hasta la capital del país, donde recibirían pronta ayuda de los soldados fieles al Nizam.

Antes de iniciar el descenso del sendero, Monk se detuvo a contemplar la negra tumba del mají.

—Doc —dijo,— hace poco decías que tiene una historia maravillosa. Cuéntamela ahora.

—Voy a referirte lo que sé de labios de Kadir Lingh.

—¿Sí? Veamos… —dijo Monk.

—¿Recuerdas el cuento de Aladino y de la lámpara maravillosa? —le preguntó Doc—. ¿Cómo frotaba Aladino la lámpara y aparecía el Genio?

—Sí, mas...

—Esa tumba del mají y lo que dentro encierra —siguió Doc diciendo—, se remonta a muchísimos siglos atrás. Es mucho más vieja que el cuento de Aladino. Es creencia popular que el viejo mají, antiguo Señor de Jondore, frotaba la lámpara gigante instalada en la tumba y al punto se abría una caverna llena de riquezas.

—Es más que probable —repuso Monk—. Por lo menos a mí me ha parecido antiquísimo el mecanismo que abre esas habitaciones. Tal vez fueran, realmente, una caverna en otro tiempo.

—Dice Kadir Lingh que es la verdadera cueva de Aladino —dijo Doc Savage.

—¡Hum! ¿Quién podría afirmarlo? —observó Monk.

Luego, rascándose la cabeza de cuadrúmano, agregó:

—Bien, pues ¡dejemos al Genio en posesión de la cueva de Aladino!

FIN

Título original: *The Majii*